

Johana Connor

El recuerdo de la
Bestia
Oráculos V

EL RECUERDO DE LA BESTIA
Oráculos V

Johana Connor

EL RECUERDO DE LA BESTIA. ORÁCULOS V

Primera Edición Diciembre de 2019

SC: 1912082643770

ISBN: 9781672863179

Sello: Independently published

© Edición, diseño y portada **Jonaira Campagnuolo**

<http://desdemicaldero.blogspot.com>

© **Johana Connor**, 2019. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

DEDICATORIA

A mi Rosa, la primera lectora de estas historias fantásticas...

QEPD

ÍNDICE

[Capítulo 1. El «bicho raro» del barrio](#)
[Capítulo 2. El ángel protector](#)
[Capítulo 3. El recuerdo de la bestia](#)
[Capítulo 4. La misión](#)
[Capítulo 5. Incomodidades](#)
[Capítulo 6. El animal depravado](#)
[Capítulo 7. Una mano amiga](#)
[Capítulo 8. El medallón del jaguar](#)
[Capítulo 9. Me cautivas](#)
[Capítulo 10. Una presencia en la montaña](#)
[Capítulo 11. Te busco](#)
[Capítulo 12. Problemas](#)
[Capítulo 13. Mi ángel de la guarda](#)
[Capítulo 14. El embrujo](#)
[Capítulo 15. El camino](#)
[Capítulo 16. El anhelo](#)
[Capítulo 17. La llegada](#)
[Capítulo 18. Repique de tambores](#)
[Capítulo 19. La bestia](#)
[Capítulo 20. Latiendo al mismo compás](#)
[Capítulo 21. Una dura prueba](#)
[Capítulo 22. Una noticia perturbadora](#)
[Capítulo 23. El plan](#)
[Capítulo 24. ¿Quién eres en realidad?](#)
[Capítulo 25. Miedos](#)
[Capítulo 26. La orden de los espíritus](#)
[Capítulo 27. El acuerdo](#)
[Capítulo 28. El renacer de la bestia](#)
[Capítulo 29. La mentira](#)
[Capítulo 30. Ser único e irrepetible](#)
[Capítulo 31. Buscando apoyo](#)
[Capítulo 32. La invocación](#)
[Capítulo 33. La orden del cacique](#)
[Capítulo 34. La guerrera](#)
[Capítulo 35. Llamada](#)
[Capítulo 36. El cambio](#)
[¿Te gustó?](#)
[SOBRE LA AUTORA](#)

Capítulo 1. El «bicho raro» del barrio

Gregory descargó toda su energía en aquel golpe, pero, a pesar de lograr que la bolsa de arena se doblara, no llegó a moverla muchos centímetros en la barra de hierro donde se hallaba colgada.

Había perdido la fuerza sobrenatural que nació con él. Esa que durante su adolescencia lo había vuelto un paria, tanto en su familia como en la sociedad que lo rodeó. Esa fuerza que siempre debió esconder como si se tratara de una enfermedad infecciosa y mortal y que lo mantuvo apartado de los demás para que nadie descubriera que era un «bicho raro» que había heredado un demonio del infierno.

Esa misma fuerza lo llevó a La Costa, a conocer unas tierras que le habían sido vetadas. A bañarse en las tibias aguas caribeñas y ver nacer indetenibles los frutos sobre una tierra oscura, llena de vida. En aquel paraje pudo dejar libre al espíritu que llevaba dentro, aprendió a correr con él y amar al mundo con su corazón salvaje. Halló nuevos familiares, todos amigos sinceros que lo guiaron y rieron con sus torpezas y ocurrencias.

Fue feliz, hasta que todo le fue arrebatado, y cayó de nuevo en aquel mundo simplista e intolerante donde había pasado sus primeros años. Huyó a Caracas semanas atrás para no apearse de nuevo a nada, ni a nadie. Tenía miedo de seguir perdiendo. Allí, ya todo estaba perdido.

Siguió golpeando la bolsa para desahogar la sensación de asfixia que tenía atorada en el pecho y no lo dejaba vivir en paz. La bestia se había ido, pero parecía regresar en ocasiones y arañaba su alma exigiendo libertad. Gregory se desesperaba con la sensación de angustia y miedo que lo embargaba cuando ella aparecía de repente, y se iba con la misma facilidad, como si estuviera hundida en aguas turbias y saliera de forma imprevista a tomar oxígeno antes de ahogarse de nuevo.

Era duro y difícil de soportar, pero había decidido superarlo solo. No quiso quedarse en La Costa, con sus hermanos, a pesar de que ellos se lo habían pedido casi de rodillas. No deseaba encariñarse con ninguno, ni con sus chicas.

Pero en ese lugar ya no era el «superdotado», sino un igual. Las estrategias que había utilizado para defenderse en el pasado de las burlas y el acoso no le servían, la bestia no estaba allí para ayudarlo. Le tocaba el turno al hombre de demostrar su fortaleza, aunque sus barreras estuvieran destruidas.

Golpeó la bolsa tantas veces como le fue posible hasta que sus brazos ardieron por el ejercicio y los nudillos comenzaron a sangrarle, y hasta que su labio inferior no soportó más ser mordido para evitar que rugiera de impotencia, emitiendo ahora un bramido humano, débil y asustadizo, que no era capaz de trazar un límite entre él y el mundo cruel que lo rondaba. Ese que nunca lo aceptaría, ni siquiera, luego de haber recobrado su humanidad.

Siempre sería el monstruo que atemorizaba con su sola presencia. Ese que debía ser humillado para que aprendiera cuál era su lugar, conservando la mirada clavada en el suelo. Pero no aceptaba su destino. Nunca le habían preguntado qué esperaba o qué deseaba de la vida, solo le imponían, y ya estaba harto de ser el títere de otros.

Miró con rabia contenida la bolsa magullada mientras las llamas que ardían bajo su piel se sofocaban y su respiración se ralentizaba. Había pasado horas en aquel gimnasio, ejercitándose.

Respiró hondo antes de comenzar a quitarse la venda con la que había cubierto uno de sus puños, viendo como esta había quedado manchada. No era la primera vez que eso ocurría. Su tío le había advertido que parara antes de que reventaran sus manos, pues, estaba harto de tener que limpiar los equipos cuando él terminaba sus brutales prácticas de boxeo.

Antes de marcharse, limpió la sangre que había quedado en la bolsa, creyendo que de esa manera nadie se enteraría que de nuevo no había respetado el límite impuesto. Se hallaba concentrado en eso cuando escuchó unos pasos apresurados acercándose y eran amortiguados por la goma de unas zapatillas.

Cuando se giró hacia la persona que se aproximaba, esta se hallaba cerca de él. Era más pequeña, pero su mano había volado lo suficiente para estrellar su puño huesudo en su rostro, con una energía impactante, capaz de hacerlo tropezar con la bolsa de arena.

Sacudió la cabeza para recuperarse del golpe, sintiendo un hilo de sangre bajar por la comisura derecha del labio inferior. Gruñó para demostrar su furia, fastidiado de que su tío lo humillara siempre delante de otros creyéndose con el derecho de tener que encaminar su personalidad ahora que él se había convertido en un humano común.

Esta vez lo enfrentaría para dejarle en claro que también debía respetarlo. A pesar de que eso le haría perder la posibilidad de contar con un lugar gratuito y seguro donde refugiarse mientras intentaba recuperar su vida.

Sin embargo, quedó de piedra al descubrir que no había sido su tío quien le propinó aquel golpe, sino una chica. Una joven de anatomía delgada que apenas le llegaba a los hombros y vestida totalmente de negro, haciendo juego con sus grandes e hipnóticos ojos. Su cabello rubio lo llevaba atado en una trenza descuidada que descansaba sobre uno de sus hombros.

Ambos compartieron una dura mirada. La de él, enfadada e incrédula. La de ella, fiera y espantada. Por un momento había quedado estupefacto, pero el dolor en su mandíbula y las risas de los sujetos que esa tarde habían asistido al gimnasio de su tío le recordaron que había sido humillado y debía defenderse.

Se irguió desafiante y se acercó a la chica sombreándola con su altura y musculatura, logrando que ella retrocediera un paso.

—¿Qué demo...?

—Vuelves a molestar a mi hermano y te juro que acabaré contigo —advirtió la joven, con la mandíbula apretada por la rabia y señalándolo con un dedo que temblaba de forma casi imperceptible.

Gregory relajó un poco las facciones al notar el temor de ella y dio una ojeada rápida por los alrededores encontrando solo a los clientes de su tío, no había nadie más. La chica no había ido acompañada por algún grupo de impertinentes fracasados que hacían vítores a los que se atrevieran a enfrentar al «bicho raro» del barrio, alentándolo a atacarlo de nuevo.

Se hallaba sola y, aunque parecía dispuesta a cortarlo en pedazos y asar su carne para echársela a los perros, era evidente que estaba aterrada. Sus pupilas oscuras refulgían por las lágrimas almacenadas en sus ojos y su cuerpo temblaba de forma sutil. Por alguna extraña razón él podía sentir su miedo.

—¿Tú hermano? ¿De quién hablas? —preguntó irritado.

—No te hagas el imbécil. No me das miedo —aseguró, aunque retrocediendo otro paso—. Tengo los medios para librarme de tu poder, así que no pierdas tu tiempo. No tomarás el alma de mi hermano. Ni la mía. Mejor regresa al infierno.

Gregory alzó las cejas con incredulidad, sin saber si demostrar diversión o seguir enfadado.

La joven lo encaraba con desafío, aunque teniendo en claro que si él se decidía, podía acabarla; pero su actitud altanera no se debía a una burla, ella no estaba allí para reírse de su debilidad recién adquirida. Esa chica lo amenazaba porque entendía lo que él había tenido dentro de su alma, a la bestia de la montaña, y pensaba que aún la poseía con intenciones demoníacas.

¿Acaso ella pertenecía a una de las cofradías de santeros de La Costa?

La repasó de pies a cabeza con el ceño fruncido, comprendiendo que sería imposible. Los santeros solían vestirse de blanco para conservar la pureza que su santo le obsequiaba, no de negro, y los collares que poseerían serían de semillas de colores, fabricados según la exigencia de su «casa», no tendrían dientes de animales ni un amuleto de protección como el que usaban los brujos que practicaban magia negra.

La miró con fijeza, perturbándola, y recordando a la maldita secta de Los Yoruba, quienes habían llevado el terror a sus tierras hacía tan solo tres meses atrás.

—Ya estás advertido —dijo la joven y retrocedió de nuevo sin dejar de vigilarlo—. Sabes a qué atenerte.

Gregory no pudo moverse mientras veía como ella se alejaba, desafiándolo, provocándole sensaciones nunca antes experimentadas. Sin embargo, cuando la rubia le dio la espalda para dirigirse a las escaleras, la rabia volvió a embargarlo. Más aún cuando escuchó las risas contenidas de los demás.

Se apresuró por alcanzarla y dejarle en claro que nadie lo amedrentaría, pero su tío lo interceptó atravesándose en su camino para detenerlo.

—Déjala. No te conviene molestarla.

—¿No me conviene? —repitió, irritado, y resopló con burla—. A ella no le conviene fastidiarme y lo hizo.

Intentó esquivarlo para seguirla, pero el hombre volvió a pararlo sosteniéndolo de un brazo.

—Déjala, Gregory. Esa chica es problemática.

Él se sacudió su agarre con rudeza.

—Yo también —masculló, antes de correr hacia la joven.

Bajó de dos en dos los escalones, pero, antes de llegar al primer rellano, donde ella se hallaba, tomó la baranda y dio un gran salto al tramo que seguía a un lateral del suyo hasta caer delante de la chica.

Ella tuvo que pararse de forma repentina para no chocar con él, observándolo con terror. Gregory sonrió con suficiencia.

—Ya estoy en el infierno, preciosa. Y tú, también —pronunció con sarcasmo, haciendo que ella tragara grueso y lo mirara con odio—. No sé quién es tu hermano, ni qué le hice, pero si fue uno de los que vive molestándome por diversión, seguiré dejándolo en su sitio por siempre. No soy el tipo débil al que todos pueden joder.

Ella apretó la mandíbula y lo repasó de pies a cabeza con desprecio.

—Eso es lo que eres —apuntó, pasando por su lado para seguir.

Gregory la sostuvo por un brazo para obligarla a encararlo y continuar la discusión, pero al tocarla, por su mente pasó a gran velocidad un conjunto de imágenes que lo abrumó.

Todas se trataban del rostro de la chica, en el que se remarcaban diversas emociones. La vio furiosa, con semblante altanero y desafiante. También la notó asustada, llorando con desesperanza o con nerviosismo, aunque además, feliz, riendo con estridencia o dedicándole miradas dulces; de esas que se clavaban en el alma y regalaban dicha. No pudo evitar suspirar al verla con rostro enfebrecido, sabiendo que había quedado satisfecha con sus atenciones, pero su corazón comenzó

a palpar con aceleración al ver cómo la angustia poco a poco la dominaba. Su cara horrorizada y dolida fue su última visión y se fue alejando hasta ser consumida por una intensa luz azulada que se la llevó consigo.

Una amarga sensación de pérdida lo embargó. La misma que sintió cuando la muerte recayó en La Costa robándose su estabilidad.

La soltó enseguida, como si la piel de la joven le quemara la palma, siendo él quien retrocedía en esa ocasión, asustado por aquella experiencia.

La chica parecía también afectada. Se tuvo que sostener de la baranda al bajar un escalón mientras se tambaleaba. Sus ojos angustiados no se apartaron de él, ni siquiera, cuando fue retirándose con lentitud.

Gregory podía captar el miedo y la ansiedad que ella sentía y quiso socorrerla, pero algo lo mantenía inmóvil y respirando con agitación. La bestia se agitó por un instante en su pecho, angustiándolo, anhelando salir, pero casi enseguida desapareció, dejándolo confuso y triste.

Al llegar abajo, ella dio media vuelta y corrió a la salida del edificio. Él siguió en ese lugar, observando contrariado su huida.

—No hagas caso de sus amenazas. —Su tío habló a su espalda—. No vuelvas a acercarte a ella ni a su hermano y el asunto no pasará de allí.

—¿Quién es? —quiso saber, sin apartar sus ojos húmedos de la puerta cerrada. Las emociones colisionaban dentro de él, produciéndole un sinfín de sensaciones.

—La hija de la bruja Malena Hinojosa. Está loca al igual que su madre. —Su tío interrumpió su campo de visión al pararse frente a él—. Olvida esta ofensa y no te le acerques. Es lo mejor.

—No puedo —dijo, y se limpió con el dorso de una mano la sangre que había salido de su boca.

—Es peligrosa y terminará metiéndote en un problema serio.

—Fue ella quien se metió en un problema serio. Ahora que asuma las consecuencias —aseveró, dándole la espalda a su tío para subir y marcharse a su habitación, ubicada en el tejado de aquel viejo edificio.

Capítulo 2. El ángel protector

Entró a las carreras en su habitación apartando de un manotazo la cortina que fungía de puerta. Su respiración estaba agitada y sus ojos brillaban por el miedo. Pensó que no sería capaz de hacerlo y en realidad, no sabía de dónde había sacado el valor para acercarse a ese joven. El aura que lo rodeaba era tan oscura y densa que le producía terror. Algo muy oscuro vivía en su alma y lo hacía peligroso.

—Espero estés satisfecho —reclamó con rabia hacia la imagen del arcángel Miguel que descansaba sobre un altar ubicado junto a su cama. La figura de cerámica se hallaba rodeada de flores y velones blancos.

La chica caminaba de un lado a otro estrujándose las manos entre sí, recordando la mirada furiosa del sujeto que había asediado y las imágenes que volaron por su mente cuando él la tocó. Apretó los ojos con fuerza mirando de nuevo las diversas facetas de su rostro en su mente: temeroso, furioso, preocupado, alegre, e incluso, ahogado por el deseo. Sentía aquellas emociones parte de sí, como si le pertenecieran y formaran parte de su vida.

—No debí hacerlo, no debí... —repetía con angustia.

—¡Trini, ¿qué hiciste?! —reprochó su hermano Luis Alberto, entrando al cuarto con fiereza—. ¿Te volviste loca? Me dijeron que habías amenazado al «raro» en el gimnasio.

Trini lo miró irritada. Luis Alberto era su contraparte, un chico demasiado alto para sus catorce años. La superaba por una cabeza a pesar de que ella tenía cuatro años más que él. Su piel negra y cabellos cortos y rizados en nada se asemejaban a los rubios y lisos que poseía la chica; los de él los había heredado de su madre, quien siempre sostuvo que ambos habían salido de su vientre aunque ella fuera tan diferente físicamente.

En silencio pensaba que la habían recogido de la basura en algún momento de su infancia, sin atreverse a expresarlo, pues su madre se volvía una tigresa cuando alguien sugería aquella idea.

—¿Estoy loca? Acabo de salvarte de futuras represalias. No puedes meterte con el demonio y pensar que saldrás ileso.

—¡No seas idiota! —bramó el muchacho y la señaló con un dedo—. Si llego a tener problemas con el Topo por tu culpa, me las pagarás.

—¿Qué? —rebatió indignada—. Ese hombre tiene un demonio en su alma. Es peligroso y tú lo molestaste.

Luis resopló con burla.

—¡Qué estúpida! Ese imbécil es un debilucho que tiene varias deudas con el Topo, solo fui a advertirle que se fuera del barrio o la banda le caerá encima.

—¿Acaso eres un mensajero del Topo? ¿Tan bajo has caído?

—¡Cállate, idiota!

—¡No! Cállate, tú —advirtió, y lo señaló—. Dijiste que te alejarías de esos delincuentes y que te esforzarías por estudiar y salir de este barrio. ¿Qué pasó? ¿Por qué ahora trabajas para el cobarde del Topo?

—¿Salir de aquí estudiando? —expresó el chico con burla—. Qué ingenua, hermanita. Si de verdad creyeras eso, irías a la universidad para estudiar y no a conseguir clientes que confíen en tus hechizos mediocres.

Ella gruñó y tomó un almohadón de la cama para lanzárselo en la cabeza. Luis lo esquivó y se carcajeó poniéndola más irritada.

—¡Vete de mi habitación!

—Lo haré, pero te lo advierto, si el «bicho raro» no se va del barrio por tu culpa, me las pagarás. Esa es la prueba que debo pasar para que me admitan en la banda.

—¿Por qué quieres unirse a esos criminales? —indagó asqueada.

Luis se aproximó a ella para hablarle con seriedad.

—Porque es la única forma de ser alguien en este basurero. Aquí, si no estás con la banda, eres blanco fácil, y yo no voy a dejar que me jodan. ¿Entendiste?

Luego de un intenso debate de miradas, el chico salió de la habitación, dejando a Trini sumida en un volcán de rabias e inconformidades. No sabía que seguía haciendo allí, defendiendo a quien odiaba ser defendido, arriesgando su vida por personas que no le prestaban ni la más mínima atención.

Se sentó en el borde de la cama para sosegar la lava de emociones negativas que se agitaba en su interior. Había acudido al gimnasio a enfrentarse al chico de la familia De Sousa, que recién había regresado al barrio luego de haber estado por años lejos de ese lugar, porque su ángel de la guarda se lo había indicado. Miró con rencor la imagen del arcángel Miguel, no era la primera vez que el ángel le pedía favores difíciles. Cuando comenzó a negarse a sus pedidos, en su adolescencia, este fue desapareciendo, molestándola muy poco, pero desde hacía un mes empezó a agobiarla de nuevo, no solo en sueños, sino a cualquier hora del día.

Aunque físicamente ella era muy diferente a su madre, había heredado de esta sus dotes espirituales. Tenía mucho talento para leer las cartas, realizar hechizos menores que aprendió viendo y ayudando a su madre y se comunicaba con los muertos. Aunque, en realidad, con algunos pocos, con los que se dejaban ver con facilidad, porque aquel era un trabajo difícil y perturbador que detestaba. Pero con su ángel de la guarda mantenía una relación especial.

Lo único que recordaba de su infancia era su consagración al arcángel Miguel. Su madre le había regalado la imagen cuando apenas era un bebé y cada cumpleaños de ella hacía un ritual de ofrecimiento al ángel, haciéndolo su espíritu protector. Desde muy niña ella recordaba que él la visitaba como un hombre alto y rubio cubierto por una luz azulada. La consolaba en las noches tormentosas y la acompañaba en la soledad, jugaba con ella como si fuera un amigo y escuchaba sus penas y miedos, empujándola a actuar de maneras correctas.

En la escuela había cometido el error de contarles sobre su protector a sus amigas, siendo objeto de burlas. Situación que empeoró al entrar al liceo, donde no solo era acosada por aquella perturbadora presencia, sino por la enorme diferencia física que existía entre ella, su madre y su hermano. Todo eso la volvió una chica retraída y enfadada, y la enemistó con su ángel. Pero desde hacía un mes él se aparecía exigiéndole cosas que ella no comprendía, atormentándola, llevándola en sueños a un paraje selvático que la ponía melancólica, mostrándole lugares paradisíacos que luego reconoció a través del noticiero que veía su padastro en televisión, cuando mostraban los terribles hechos ocurridos en La Costa, una zona costera ubicada en el centro norte del país.

Al descubrir que el paraje de sus sueños existía, pero que estaba sumido en un drama sin precedentes, donde la tragedia y lo paranormal parecía ser el menú del día a día, rechazó seguir escuchando las peticiones de su protector. Sin embargo, ese día, él la atormentó tanto que no pudo evitar seguir sus instrucciones y averiguar sobre el joven de la familia De Sousa, recién llegado de La Costa.

Sin pretenderlo, fue testigo del acoso y la amenaza que le hizo su hermano al sujeto cuando

este regresaba de la universidad. Él no respondió a su ataque, pero ella vio cómo su aura se oscurecía atrayendo unas energías poderosas que la asustaron. Ese joven tenía aprisionado en su alma un demonio terrible y ancestral, algo con lo que no se debía jugar. El temor la hizo preocuparse por su hermano y abordar al sujeto para evitar que en un futuro actuara en contra de Luis Alberto, pero su esfuerzo no solo fue repudiado por el chico, sino que le mostró a Trini una situación que la alarmaba: su posible relación con el joven De Sousa.

Tembló al recordar las imágenes que el contacto le había producido en su mente. El rostro de él se repetía una y otra vez de distintas maneras, produciéndole un oleaje de emociones que la trastornaban. Debía olvidarse de ese sujeto y alejarse de él. La fiera que lo rondaba era muy peligrosa, más temible que los espíritus que merodeaban a su madre.

Observó con recelo la figura del arcángel Miguel.

—¿En qué lío me has metido? —le reprochó, lanzándose de espaldas a su cama para calmar sus angustias.

Capítulo 3. El recuerdo de la bestia

La azotea del edificio donde estaba ubicado el gimnasio de Paolo De Sousa, el tío de Gregory, poseía un espacio techado donde él había asentado su residencia. Unos pocos muebles y una cama era su único mobiliario, no tenía televisión, ni otro tipo de comodidad. Solo se distraía con su teléfono móvil, con el que podía escuchar música, jugar o navegar por internet aprovechando el WiFi libre que ofrecía el café ubicado en la planta baja. Si debía utilizar el baño, tenía que ir al gimnasio. Arriba solo contaba con el placer de la soledad, ya que nadie, a excepción de su tío, subía a esa planta.

Prefirió quedarse allí y no en la casa de su familia, que también le pertenecía al ser el único hijo de su madre, porque deseaba estar solo para enfrentar sus penas y desdichas. Su tío había tenido una familia numerosa y todos lo trataban con diferencia por los cambios que él había experimentado en su adolescencia. Más aún, luego de la muerte de su madre, ya que no había nadie que lo protegiera y lo justificara. Todos respiraron aliviados cuando Baudilio y Pablo se lo llevaron a La Costa años atrás, pero se aterraron al verlo regresar.

Para evitar penosos inconvenientes, aceptó la propuesta de su tío de quedarse en aquel lugar, aunque poseía cientos de carencias. Ese sitio, para él, era un hogar perfecto. Podía dormir bajo el abrigo de la luna cada noche, como si estuviera en medio de la selva, sintiéndose libre. Allí no solo podía ser él mismo, sino que no lograría lastimar a nadie si la bestia decidía regresar, como venía amenazando desde hacía semanas.

Su teléfono móvil sonó mientras él apreciaba el brillo de las estrellas y recordaba la mirada ansiosa de la rubia que lo había golpeado esa tarde. Respiró hondo y tomó el aparato para responder la llamada.

—Ey —saludó a Jonathan.

—Ey, ¿qué haces?

—Nada.

—Aquí en La Costa también puedes hacer eso —reclamó su hermano, evidenciando que no estaba conforme con su lejanía. Gregory volvió a llenarse los pulmones de aire.

—¿Qué ocurre?

—Jesenia me atormenta día y noche para que vaya a buscarte.

—Dile que estoy bien y que tengo novia.

—Si le digo eso, irá a verificar si la chica merece su aprobación. Luego de Mary, no quiere arriesgarse.

Gregory sonrió con poco ánimo. Aunque la relación entre Mary, la novia de Deibi, y Jesenia había mejorado considerablemente luego de lo ocurrido hacía tres meses, el trato entre ellas en ocasiones era tirante. Ambas mujeres poseían caracteres fuertes y ninguna se dejaba apabullar por la otra. Por eso, Jesenia le había exigido que la novia que él se buscara debía ser una chica dulce y amable, no intolerable como ellas.

—No quiero regresar, Jonathan. No me siento bien —reconoció, con su mirada melancólica fija en el cielo. Recordó a Albert y a los conflictos que se vivieron en sus tierras.

—Ninguno está del todo bien, pero juntos tratamos de enfrentar las pérdidas. Así como esa maldita sensación que nos embarga.

Gregory tragó grueso y se pasó una mano por el rostro.

—¿Crees que ella volverá? —preguntó en referencia a la bestia.

—No lo sabemos. Baudilio no logra dar con una solución o ve algo en los oráculos que pueda ayudarnos. Lo que sentimos podría ser un recuerdo que quedó grabado en nosotros, pero es demasiado... vivo —alegó con inseguridad.

A Gregory le ocurría igual, no sabía cómo definir lo que experimentaba cuando el recuerdo de la bestia acudía a él.

—La selva hace que todo sea más difícil.

—Son nuestras tierras, Gregory. Necesitas de ella, tanto como ella necesita de ti.

—Pero, no quiero aferrarme a nada más.

Jonathan guardó silencio un instante para respirar hondo y frotarse el puente de la nariz. Baudilio había tenido razón, el miedo de Gregory era aferrarse a ellos y luego perderlos como había ocurrido con Albert.

—La muerte es inminente, hermano, pero la afrontamos mejor si estamos juntos.

—No vamos a estar siempre juntos.

—Eso no lo sabemos, Gregory. El para siempre puede ser hasta mañana o dentro de muchos años. ¿Prefieres perder lo que podamos disfrutar en ese tiempo por tu miedo a la muerte?

El chico apretó la mandíbula con enfado.

—No le tengo miedo a la muerte.

—Entonces, a perder. Defínelo como quieras.

Gregory se puso de pie en medio de un suspiro y caminó hacia su cama.

—Denme algo de tiempo.

—Te daremos todo el que quieras, solo necesitamos que entiendas que no estás solo. Somos tu familia.

El chico se estremeció por esa aseveración, sintiéndose un estúpido por querer estar apartados de las únicas personas que sabían comprenderlo y lo aceptaban tal como era; pero le resultaba difícil estar en La Costa, solo, mientras sus hermanos construían sus vidas junto a sus mujeres. No hallaba su lugar, a pesar de haberse esforzado por encontrarlo.

—Volveré a La Costa... pronto.

—Por ahora, eso será suficiente.

Se despidieron y Gregory lanzó el móvil en la cama sin apartar su mirada entristecida de las lejanías. Pasando la extensa alfombra de edificios y avenidas, se notaban unas montañas distantes. Su casa.

Debía superar sus traumas antes de volver a ella.

—¿Y? —quiso saber Deibi, que estaba parado tras Jonathan.

El moreno se giró, enfrentándolo no solo a él, sino a Javier y a Gabriel que esperaban ansiosos su respuesta sentados en los escalones de la entrada de su casa.

—Dijo que volverá pronto, pero necesita tiempo.

—Siente a la bestia —dedujo Gabriel, al recordar que Jonathan había mencionado las investigaciones que estaba realizando Baudilio. El moreno asintió con la cabeza.

—Se pregunta lo mismo que nosotros, si ella volverá.

Todos respiraron hondo y estuvieron pensativos hasta que Javier se atrevió a romper el silencio.

—¿Y lo hará?

Los guerreros compartieron una mirada incrédula entre sí, llena además, de ansiedades y

confusiones.

La pérdida de la bestia había sido tan repentina que no les dio tiempo a prepararse, a pesar de que lo habían deseado. Aún no sabían si sentirse aliviados o preocupados, pues no tenían seguridad si la necesitarían en un futuro cercano o no. Luego, parecía que volvía, desestabilizándolos emocionalmente.

Ya estaban hartos de tantos sobresaltos, querían paz. Sin eso les resultaba imposible seguir adelante, como familia y como sociedad.

Capítulo 4. La misión

Despertó agitada antes de que llegara el alba y luego de haber corrido con desesperación para escapar del demonio que la perseguía en sueños. Trini se limpió el sudor del rostro y se sentó en el borde de la cama tratando de sosegar sus temblores. Aquella pesadilla la había sentido tan real que le dolían las muñecas y la piel le ardía.

Había estado en una selva, la misma que le había mostrado su ángel protector, pero en esa ocasión estaba en medio de una construcción en ruinas, cubierta por hollín y aún humeante, desprendiendo un vapor maloliente que la asfixiaba. La rodeaban fantasmas, nunca había visto a tantos y tan sufrientes, pero lo que más la desesperó fue haberlo encontrado allí, tumbado en el suelo y con el rostro húmedo por el llanto, de cara al cielo. Era el joven de la familia De Sousa, el del aura oscura.

Sufría, su dolor era tan amargo que parecía llegarle a ella a través de la distancia. Notó que su pena la afectaba porque sintió lágrimas bajarle por el rostro y un vacío profundo asentarse en su pecho. Trini lloraba por una pérdida y por una derrota que no comprendía.

Le atemorizaba acercarse a él, porque sabía que su tragedia la absorbería y no la quería. Su madre le había enseñado a no ser empática con los espíritus, pues cuando estos acudían a ella, era porque no podían asumir sus tragedias y buscaban a alguien de afuera que tomara sus encargos. Cualquier gesto sería entendido como un compromiso y una vez que se eso ocurriera, no tendría vuelta atrás. Los espíritus no perdonaban, ni olvidaban. Ellos se cobrarían su falta con severidad si no cumplía al pie de la letra con lo que exigían.

Por eso, retrocedió, a pesar de que eso la hacía sentirse más desdichada. Alcanzó a dar un par de pasos antes de que apareciera su ángel protector, o eso creyó ver. El sujeto que emergió de la vegetación era un hombre muy similar en lo físico al arcángel Miguel e igualmente estaba cubierto por una luz azulada, pero este parecía tener más edad y su rostro poseía algunas diferencias notables. Él la tomó por las muñecas, con fuerza, y la sacudió gritándole un rotundo «NO» que sonó infernal y vino acompañado de un terrible rugido que desató un desafortado fuego a su alrededor.

Ella corrió aterrada al sentir que las llamas la quemaban. Se soltó del agarre del ángel y huyó sintiendo que un animal inmenso la perseguía, rugiendo sobre su cabeza. Despertó antes de que la vegetación selvática se la tragara y la entregara a la fiera.

Trini se puso de pie observando con soberbia la imagen del arcángel. Se aproximó al altar y apagó la vela que estaba encendida.

—Te lo mereces, por asustarme —masculló, sin dejar de mirarlo con reproche.

—Apagarle la vela a un santo es peligroso —acusó su madre al entrar en la habitación.

Malena Hinojosa era una mujer negra de abundantes cabellos rizados, muy bella y joven, pues solo contaba con treinta y cinco años. De su cuello colgaban infinidad de collares hechos con semillas de colores, que la etiquetaban como una poderosa conocedora de los santos y de los muertos.

—Sin una buena razón, esa afrenta podría salirte muy cara —continuó la mujer, deteniéndose frente a su hija con toda la soberbia y la arrogancia que su investidura le exigía.

—Juega conmigo —fue la única respuesta de la chica e intentó mantenerse erguida. No estaba

acostumbrada a demostrar debilidad, ni siquiera, ante su madre, a pesar de que sabía que Malena Hinojosa era una mujer de cuidado.

—Los santos no juegan, niña. Su sabiduría es superior a nosotros.

Trini sonrió con superioridad y se cruzó de brazos. Le gustaba ganarle una partida a su madre.

—¿Así me pidan que vaya a La Costa?

Malena perdió toda su altivez. Cada vez que su hija mencionaba aquel maldito lugar, su cara se transformaba en una máscara de miedo y angustias.

—Dijiste que ya no te pedía eso —mencionó la mujer con amargura. El corazón le retumbaba en el pecho agitándole temores pasados, unos de los que había huido hacía tantos años y que pensó que jamás la alcanzarían de nuevo.

Había construido infinidad de barreras alrededor suyo y de su hija para que la tragedia no la tocara, pero ella pretendía revivir cada cierto tiempo, evitando que se olvidara de ese asunto.

—Y así fue, pero ha vuelto a insistirme.

Malena dio una mirada compungida hacia la imagen del arcángel. Ella mejor que nadie sabía que ignorar sus peticiones era peligroso y que no podía seguir impidiendo la misión de su hija. Desde hacía muchos años él la llamaba, retrasar el encuentro no sería bien recibido por sus protectores.

Volvió a erguirse, asumiendo un semblante neutro, sin dar muestra de sus debilidades.

—Enciende la vela y pídele perdón a tu ángel. Esta tarde ofreceremos un banquete en su nombre —ordenó, dándole la espalda para salir de la habitación.

La chica se irritó y la detuvo.

—No quiero. No me gusta lo que me pide.

—María Trinidad Hinojosa —la regañó su madre utilizando su nombre completo y se aproximó a ella observándola con una fiereza que asustó a la joven—. Harás lo que te indique. Sabes que no puedes negarte.

Trini sintió arder en su pecho la rabia. Odiaba las imposiciones, pero le tenía miedo a su madre y al enfado de los espíritus. Era consciente de que no había nada más doloroso que un castigo impuesto por alguno de ellos.

Luego de dedicarle una mirada desafiante, Malena salió de la habitación dejando a su hija sumida en la ira. Al estar sola en la sala, se acarició el pecho por encima de los collares, pensando que así podía aliviar el dolor que le laceraba el corazón. Un sufrimiento que llevaba dieciocho años molestándola, la edad que tenía su hija, y que no había podido quitarse de ninguna manera. Solo consiguió que aquello endureciera aún más su alma condenada.

Trini se sentó en su cama luego de que su madre se machara. Los ojos se le habían humedecido por las inconformidades. En aquel hogar se sentía presa y apabullada, no le era permitido tomar decisiones por su cuenta, pues su madre, los santos y los espíritus eran quienes siempre marcaban la pauta de sus acciones. Cuando se rebelaba, era víctima de castigos físicos y espirituales que la hacían sentirse humillada y ya estaba harta de toda esa situación. Quería librarse de los yugos que le habían impuesto sin su consentimiento.

Miró con arrebató la imagen de su ángel. El arcángel Miguel era considerado el guerrero más poderoso del cielo, el Jefe de los ejércitos de Dios. Un ser temerario, capaz de luchar contra cualquier perversidad o acechanza. Sin embargo, su rostro paciente y determinado a ella le inspiraba una sensación de calma y regocijo, lo veía más como a un padre y no como a un ángel vengativo y castigador, uno que procuraba su seguridad por encima de los peligros del mundo.

Respiró hondo, sintiéndose una hija malagradecida y obstinada. Desde niña su madre le había

enseñado a respetar y obedecer a sus protectores, volviéndose una costumbre tan arraigada en ella que le era difícil llevarle la contraria.

En medio de un suspiro se puso de pie y tomó la caja de cerillas para encender de nuevo la vela.

—¿Qué quieres? ¿Qué lo busque? ¿Qué me acerque a él a pesar del peligro que representa? — se quejó—. Ayer lo golpee, ¿no estuviste allí? Me mostró a su bestia y me aseguró que me llevaría a su infierno.

Trini se dio cuenta que su mano temblaba cuando encendió la vela. El miedo la embargó al recordar el aura oscura que cubría al joven De Sousa y el rugido feroz de la bestia que atormentó su sueño.

Miró fijamente la llama, logrando divisar en ella la silueta de la cara de aquel joven, esa que había visto en su memoria cuando él la tocó. Era un rostro de facciones duras, fuerte y varonil, pero de mirada tierna y seductora, capaz de robarse un alma con su hipnótica calidez.

Pasó un dedo por la lengüeta de fuego, como si quisiera acariciarlo, dejándose quemar con el fuego que lo rodeaba.

—Si es lo que quieres, lo haré —dijo decidida, anclando aquella imagen en su memoria.

Capítulo 5. Incomodidades

Deibi comenzó a impacientarse al ver la pila de papeles que estaba ubicada frente a él.

—Es mucho, no podré leer todo esto en un par de horas.

—Esperan una respuesta —aportó Javier, haciendo que su hermano bufara con extenuación.

—No estoy hecho para estas cosas.

Javier se irguió en la silla donde se hallaba sentado, frente a Deibi, y miró a este con reproche.

—Para invertir en un proyecto debemos conocer cada aspecto de él. Nuestro dinero tiene valor.

—Lo sé, pero no soy hombre de leer, sino de escuchar. Prefiero que tú leas todo y me cuentes de qué va la cosa.

Javier resopló y negó con la cabeza mientras evaluaba el informe que tenía entre las manos, aunque dio una ojeada hacia su amigo viéndolo derrumbado con teatralidad sobre los documentos, como si se hubiera desmayado.

—Las empresas constructoras Innovar y Proyecta se unieron a «La ruta del chocolate» propuesta por los líderes, para reactivar el turismo. Participarán reconstruyendo varios hoteles y posadas en La Costa. Eso atraerá a más inversores y a excursionistas que ayudaran a regresar a nuestras tierras la vida social y comercial. Es decir, dejaremos de ser un pueblo fantasma.

Deibi levantó el rostro de los papeles y observó a Javier complacido.

—Excelente, invertiré en ese proyecto.

—¿Sí? ¿En cuál? —inquirió Javier, muy serio, y sin apartar su atención del documento que leía. Deibi arqueó las cejas con incredulidad.

—En eso de reconstruir hoteles y posadas.

Javier respiró hondo y dejó a un lado el informe para observar a su hermano con fastidio.

—Innovar pretende reconstruir dos hoteles y cinco posadas en el pueblo de La Costa y Proyecta invertirá en varias posadas en los pueblos de Cata y Cuyagua, estudiando la posibilidad de trabajar también en La Ciénaga, por ser una bahía que atrae a muchos turistas extranjeros. ¿En cuál de esos proyectos invertirás?

Deibi dudó un instante.

—En... ¿todos?

Javier volvió a resoplar retomando la lectura del informe.

—Si tienes tanto dinero podrías llevar a cabo tú solo los proyectos, así no tendremos que depender de inversionistas externos.

Ahora fue Deibi quien respiró hondo y miró con fastidio los papeles. Para poder saber en cuál proyecto debía invertir tenía que estudiar cada propuesta con atención. La reactivación de la vida en La Costa dependía del trabajo y del aporte de todos, pero odiaba leer. Siempre fue de los que elegía la película en vez del libro, sin embargo, ahora no tenía escapatoria.

Tomó uno de los documentos al azar y lo levantó observándolo con inquietud. No obstante, una discusión producida en el exterior del despacho del padre de Javier lo salvó de iniciar la lectura.

—No creo que tengas mucha experiencia con niños. No has logrado que se calme desde hace media hora. —Esa voz provenía de Jesenia.

—¿Lo dice quien lo hizo llorar? —La pregunta desafiante la había hecho Mary.

Deibi cerró los ojos frotándose el puente de la nariz, con cansancio. Aquel par de mujeres un día se trataba con amor y el otro parecía que se comerían entre ellas. Javier se levantó enfadado, dispuesto a salir y detener aquellos constantes enfrentamientos.

—No lo hice llorar a propósito. No me pude contener cuando me dijeron que me aceptaron el tema de la tesis. ¡Tuve que gritar de emoción! —exclamó Jesenia mientras Rebeca e Isabel subían apresuradas las escaleras para llevar a Max a la habitación y refrescarlo, serenando su rabieta y su llanto.

—Ese es tu problema, ¡siempre gritas! Es insoportable —aseguró Mary.

—Mira, estúpida...

—¡Ya basta! —gritó Javier, deteniendo la pelea—. Si la idea era calmar al niño, hubieran comenzado por calmarse ustedes.

Jesenia lo observó enfadada.

—Es culpa de ella, ¡se molesta por todo lo que digo!

—No. ¡Es por todo lo que gritas! —aclaró Mary, posando sobre la mujer una mirada intransigente.

Javier resopló y apretó la mandíbula para no mandar a callar a ese par como se lo merecían.

—A ver, ¿qué tal si intentamos bajar un poco la voz? —propuso Deibi, conciliador, y pasó junto a su hermano para aquietar a las chicas.

—Deibi, me llamaron de la universidad. ¡Aceptaron el tema de mi tesis! —gritó Jesenia, dando saltitos de alegría, feliz por la noticia que había recibido, y se lanzó al cuello de su amigo para darle un abrazo.

Deibi sonrió y la apretó entre sus brazos para felicitarla. Mary se enfadó y salió de la casa mascullando inconformidades. Deibi fue tras ella, dejando a Jesenia confundida. Javier la tomó de la mano y la llevó a la cocina.

—Ven, ¿te gustaría que tomáramos agua de papelón para celebrar tu triunfo? —dijo en tono suave y abrazó a la chica por los hombros.

A Jesenia había que explicarle las cosas con mucha delicadeza para que pudiera comprender sus errores, sin alterarse.

—¡Me encantaría! ¿Podemos echarle ron? —exclamó con emoción y lo siguió.

Deibi logró alcanzar a Mary antes de que esta llegara a la calle. Estaba dispuesta a marcharse a pie de aquel lugar.

—Amor, por favor, espera. —Ella expulsó toda su rabia en un resoplido antes de que él la tomara por los hombros y la obligara a encararlo—. Mary, preciosa, no te enfades. ¿Sí? Sabes cómo es Jesenia de cariñosa. Es mi amiga y la quiero mucho, pero tú eres la dueña de mi corazón —recordó, encerrándole el rostro entre sus manos.

Los ojos de la rubia estaban nublados por una bruma de pena y rabia.

—No es eso, Deibi, aunque me molesta un poco, he comenzado a entenderlo. El problema es que no logro encajar en este lugar. ¡Me esfuerzo, pero es difícil!

Deibi respiró hondo y le frotó los brazos buscando él también llenarse de fortaleza. Habían tenido esa conversación muchas veces durante esos meses, pero no parecía suficiente.

—Escucha, sé que Jesenia es difícil, hablaré de nuevo con ella...

—¡No!

La negativa de Mary lo angustió. La observó aturdido, temiendo que ella decidiera irse y alejarse de él. Ese duro golpe no lo soportaría, ya había perdido demasiadas cosas en su vida. No

estaba dispuesto a perderla a ella también.

Mary pareció captar la ansiedad que a él lo abrumaba prefiriendo relajar la postura y utilizar un tono de voz más sosegado. Aquellos meses estaban siendo difíciles para ambos, Deibi debía superar todas las penas y derrotas que sufrió en el pasado y ella tenía que adaptarse a convivir con una familia por primera vez en su vida. Una que estaba llena de errores y altibajos, pero que era unida y solidaria, queriéndose a su manera.

—Estoy siendo injusta, por eso te pido perdón.

—No, amor. Tú no eres quien... —Ella lo silenció posando los dedos de una de sus manos en los labios del hombre. La mirada desesperada que él le dedicó le laceró el corazón.

—Mi mal humor de hoy no ha sido solo por la discusión con Jesenia —reveló, con los ojos húmedos por las lágrimas—. Desde hace semanas estoy sintiéndome inquieta. No estoy haciendo nada aquí en La Costa, más allá de ser tu novia o el chofer de Rebeca.

Él apretó la mandíbula con enfado, reconociendo que lo que Mary decía era cierto. Mientras todos intentaban retomar sus vidas, luego de los fatídicos hechos ocurridos en esas tierras, a ella le había tocado ser solo una espectadora. Por su condición de «sospechosa» no le fue posible pensar en actividades que realizar porque debía rendir declaraciones en la policía, hasta que pudieran atrapar a los miembros de la secta Yoruba que había acosado a la población, pero luego de eso, no habían pensado en nada. Se encontraba en una etapa de transición que no sabía cuándo detener, acompañando en el día a Rebeca y en la noche a él.

—Javier y tú han estado muy involucrados en la recuperación de la región, y Gabriel y Jonathan en la administración y las mejoras de la cosecha —expuso la chica con desolación—. Jesenia e Isabel continuaron sus estudios y pronto se graduaron. Serán unas profesionales exitosas y podrán aportar su grano de arena en el levantamiento de la empresa cacaotera. Rebeca decidió ser madre a tiempo completo y es feliz dedicando su vida a su hijo y a su marido; hasta Gregory se atrevió a arriesgarse y explorar el mundo para encontrar su lugar, yo soy la única que aún está como perdida y eso me pone de muy mal humor —acentuó, apretando los labios para no dejar salir las lágrimas. Estaba harta de llorar.

—Está bien, te comprendo y... hay una solución. —Ella lo observó con rostro afligido—. ¿Recuerdas que hablamos de hacer unas excursiones a la montaña? —La chica asintió, más relajada, observándolo con atención—. Hablé con los líderes y, aunque me costó convencerlos, logré que entendieran que es un buen tiempo para retomar esas actividades. —Ahora Mary se notaba más esperanzada—. Ha sido difícil que superen el miedo a que ocurran situaciones riesgosas, pero, aceptaron intentarlo y que tú estés al frente de esas expediciones. ¿Qué te parece?

Ella lo pensó mientras él le acariciaba el rostro con dulzura.

—¿Y si algo sale mal? —quiso saber la joven.

—Lo enfrentaremos juntos.

Mary se mordió el labio inferior, sopesando sus posibilidades.

—Asumiré todas las responsabilidades.

—Mary...

—Esa será mi empresa, Deibi, y no soy irresponsable.

Él respiró hondo, costándole asentir. Ella tenía razón, debía dejarla crecer. No podía cuidarla siempre como si fuera una mujer débil. Su Mary era más fuerte que él.

—Pero, ¿me dejarás estar a tu lado?

La chica sonrió, aproximándose para tener los labios del hombre cerca de los suyos.

—Dijiste que nunca me abandonarías —susurró, acariciándolo con la punta de su nariz.

—Y jamás lo haré —gimió, tomando por asalto su boca para invadirla con su lengua, que anhelaba su sabor.

Capítulo 6. El animal depravado

Ella se ocultó tras un árbol para tener una mejor visión. Él salía de la oficina de Control de Estudios, aún gestionaba su inscripción en la universidad. Se notaba inseguro e insatisfecho, daba miradas al campus como si estuviera poco convencido de querer estudiar allí.

Trini sentía una fuerte curiosidad por lo que él estaría pensando. Detalló su rostro, tenso por las inconformidades, pero con un brillo melancólico en las pupilas, como si buscara en cada rincón algo que le faltaba.

Se escondió tras el tronco y encerró en un puño el collar de calaveras que llevaba colgado en el cuello, la única protección que había podido tomar esa mañana de la habitación de su madre sin que esta se enterara. Su ángel la había agobiado toda la noche con la imagen del joven De Sousa, empujándola a acercarse a él, pero ella tenía miedo, necesitaba resguardar su alma. El aura que rodeaba a aquel sujeto le anunciaba un peligro apremiante.

Volvió a asomarse viendo como él caminaba por los jardines con su atención puesta en su teléfono móvil, pensó que sería una buena ocasión para sorprenderlo, aunque no estaba segura de la excusa que utilizaría para tocarlo de nuevo. Necesitaba saber qué tenía aquel joven que su ángel necesitaba con tanto interés que ella se le acercara. No comprendía su misión, pero supuso que con su contacto obtendría una visión reveladora, como había ocurrido en el gimnasio.

Salió andando en puntillas hacia unos arbustos de trinitarias ubicados al borde del camino, para interceptarlo, pero fue interrumpida en medio de su faena.

—Ey, brujita, ¿tienes en mente alguna travesura?

Trini respiró hondo y se irguió soltando el collar de calaveras. Luego se giró y así enfrentó al idiota que había entorpecido su trabajo. Endureció la mandíbula al ver a uno de sus antiguos compañeros del liceo, que se aproximaba acompañado por otro y sonriéndole de manera seductora. En los ojos le brillaba la picardía, Trini sabía que él buscaría divertirse con ella, como lo había hecho en el pasado.

—¿No tienes otra cosa qué hacer, Daniel? Quizás... ¿encontrar a alguna chica ingenua que puedas llevarte a la cama antes de que se esconda el sol?

—Te vi a ti, hermosura —dijo el joven quedando muy próximo a ella, pretendiendo intimidarla con su altura y con su mirada hambrienta—. ¿Te gustaría venir conmigo a la cama? —preguntó, y tocó el collar de calaveras con su lápiz sonriendo con burla.

Ella lo manoteó alejándolo de sus protecciones y apretó los labios para mostrar su enfado.

—Me gustaría que te fueras para siempre, Daniel Ulloa —recitó y pasó una mano frente a la cara del chico con la palma abierta—, que estés por debajo de mis pies y no encima de mi cabeza.

Por un instante reinó el silencio, hasta que el compañero de Daniel explotó en una carcajada.

—¿Acabas de lanzarme un hechizo? —quiso saber Daniel y forzó una sonrisa buscando burlarse de la chica, aunque en realidad, aquello lo había puesto nervioso.

—Déjame en paz —pidió y lo empujó haciendo que el joven se enfadara aún más.

—Eres una idiota, María Trinidad. ¿Cuándo comenzarás a respetar?

Daniel se aproximó a la chica con evidentes malas intenciones. Trini amplió los ojos, espantada. No era la primera vez que alguno de sus compañeros la tomaba con rudeza en público y le arrancaba las protecciones del cuello despedazándolas, o le daba besos violentos

mordiéndole los labios hasta hacerlos sangrar, e incluso, la manoseaban con descaro y rompían su ropa pretendiendo desnudarla delante de todos, buscando humillarla. De esa manera hacían alarde de su fuerza y superioridad, sometiendo a la «rara de la escuela», a la bruja de la que todos rehuían porque se veía o actuaba diferente.

Infinidad de veces Trini tuvo que soportar esas ofensas, sin poder recurrir a nadie por ayuda o consuelo. Solo su fuerza y su rabia le resultaban armas de defensa. En el mejor de los casos, lograba arañar el rostro de su agresor, pero casi siempre terminaba siendo ella la única violentada. Se desquitaba al final con algún embrujo de mal de ojo que hacía en la soledad de su habitación luego de llorar sus frustraciones, pero muy pocos funcionaban. Para que fueran más efectivos debía valerse de magia negra y ella temía hacer uso de esa herramienta.

Sin embargo, no fue necesario gritar y arañar con desesperación para librarse de un castigo. Una mano fuerte se apoyó en el pecho de Daniel y lo hizo retroceder.

—Ella acaba de pedirte que la dejaras en paz —exigió Gregory, apretando con fuerza su mandíbula para controlar su rabia.

Era una costumbre que le había quedado del tiempo en que poseía a la bestia. Para no dejar escapar a su animal interior tenía que hacer un gran esfuerzo por mantener la serenidad.

Aunque no llegó a transformarse en un demonio del inframundo, Trini pudo apreciar que su aura ennegrecida aumentaba a su alrededor y en ella resonaban débiles gruñidos. Retrocedió, asustada, viendo como Daniel también reulaba aunque esforzándose por enfrentar la bravura de su contrincante.

—¡Quítame las manos de encima!

Daniel tomó la mano que Gregory había apoyado en su pecho aferrándola por la muñeca con intención de apartarla con rudeza, pero Gregory enseguida movió su otra mano y apretó el cuello del joven haciendo presión. En segundos el rostro de Daniel comenzó a ponerse azulado.

—¡No! —pidió Trini, angustiada por la vida del joven. Se asfixiaría si no lo soltaba.

Gregory se relajó un poco al escucharla, su agitada ira se sosegó, pero no retiró su agarre. Lanzó una mirada por el rabillo del ojo a la chica, notando como ella le rogaba calma aunque sin atreverse a acercarse.

—Por favor, déjalo —pidió en un susurro que él pudo captar a la perfección. La mirada desesperada de la joven, cubierta por un velo de lágrimas, lo conmovió produciéndole un estremecimiento.

Lo soltó, dejando que Daniel cayera al suelo dando grandes bocanadas para buscar oxígeno. Gregory lo observaba con rabia mientras Trini se mantenía alejada con los ojos llenos de espanto.

El amigo de Daniel, quien se había quedado al margen siendo un testigo mudo y aterrado de los hechos, se acercó a su compañero y lo levantó para llevarlo casi arrastras consigo. Mientras se alejaban, Daniel le dedicó una mirada horrorizada a Gregory, antes de perderse entre la masa de estudiantes que se habían acercado para conocer el motivo de la pelea.

Gregory se intimidó por las acusaciones silenciosas que le dirigían. Aunque ya no poseía a la bestia, le era imposible controlar sus instintos violentos. Aún no había comenzado a estudiar en esa universidad y ya suponía que no sería bien recibido.

Con el corazón fragmentado por la decepción giró el rostro hacia la rubia que había defendido. Era la misma chica que lo había golpeado el día anterior, con la que sintió una extraña conexión al tocarla.

Cuando la descubrió discutiendo con aquel sujeto, sintió una furia incontrolable rugir en su pecho. La bestia, que desde hacía semanas lo atormentaba con sus inestabilidades, le aprisionó el

alma demostrándole su ansiedad por salir y devorarse a su enemigo. Por un instante pensó que aparecería de nuevo y no sería capaz de controlarla. Tuvo miedo, pero aquello casi se le olvida cuando vio al joven amenazar a la rubia y abalanzarse sobre ella.

Pudo captar el rencor acumulado en el corazón de ese chico y sus intenciones violentas, ese tipo de empatía no le ocurría desde que lo había abandonado la bestia. Si no hubiera intervenido, él habría sido capaz de agredirla de manera espantosa delante de toda la universidad.

Su desesperación le nubló la mente, sintió que debía protegerla a pesar de su obligación por alejar a su espíritu salvaje de quienes no podrían defenderse de su ataque. Solo quería cuidar de ella, su corazón se lo exigía. Por un milagro, el problema no pasó a mayores, pero, al ver el miedo y la confusión tallados en las pupilas oscuras de la chica, se sintió un miserable.

Ella no le pudo mantener la mirada, se dio la vuelta y corrió huyendo de él, como el animal depravado que era.

Cerró los puños con rabia sintiendo aún el fuego de la desaprobación que le dirigían los estudiantes que se hallaban en los jardines, y habían sido testigos de su arrebato. Bajó el rostro y guardó las manos en los bolsillos apresurándose por salir de aquel lugar y no regresar nunca.

Capítulo 7. Una mano amiga

Había hecho una lista de las personas en las que les podía confiar sus problemas y la observó con suma atención sentado en el borde de su cama.

«Javier». Él ahora tenía su cabeza completamente hundida en sus nuevos proyectos turísticos y, cuando no pensaba en eso, dedicaba toda su atención a Isabel. No tenía descanso nunca.

«Gabriel». Él menos que nadie tenía cabeza para escucharlo. Rebeca y Max, más el duro trabajo que tenían en la cosecha haciendo crecer los cultivos que habían sido dañados en el pasado, lo acapararon por completo.

«Jonathan». Su hermano siempre encontraba un tiempo para atenderlo, pero en ocasiones, le daba respuestas muy prácticas que le permitieran desocuparse rápido de esa obligación pudiendo seguir trabajando con los extensos libros de contabilidad de la cosecha, que se habían convertido en su obsesión, o haciéndole frente a las constantes exigencias de Jesenia, que para él resultaban placenteras. Jonathan no sería ideal para ayudarlo, necesitaba de alguien que le prestara más atención.

«Deibi». Ni hablar. Su hermano se reiría de él y le recomendaría que dejara la timidez y secuestrara a la rubia que lo había golpeado y le bajara las rabetas a punta de besos y caricias. Típica estrategia que aplicaba para calmar los berrinches de Mary, algo que no resolvería su gran cantidad de problemas.

«Baudilio». El líder había sido el más allegado a él luego de la muerte de Albert. El resto siempre estaba ocupado en un sinfín de tareas que tenían que ver con el trabajo, con sus vidas o con los problemas que se suscitaban. Sin embargo, tenía la costumbre de hablar con acertijos y en ese momento él no estaba de humor para resolver sus charadas. Quería respuestas claras y consejos acertados, no más rompecabezas que complicaran su vida.

Hizo una bola con el papel al ver que se habían acabado sus opciones. El corazón se le contrajo en el pecho sintiéndose cada vez más solo y aislado. Comenzó a arrepentirse de haberse ido a la capital. Lo hizo al ver que todos encauzaban sus caminos mientras los observaba orgulloso, sin saber si después de trabajar iría a la playa para sentarse a ver el mar o se quedaba en casa jugando con la consola de videojuegos.

Eligió Caracas porque era el único sitio conocido luego de La Costa. Como estaba tan inseguro, no tenía ánimos de aventurarse por otras tierras, mucho menos, en soledad. Pero lo que halló allí fue demasiado rechazo, tanto de parte de su familia como del resto de la población. No sabía cómo hacerse querer, como encajar en ese mundo tan exigente que odiaba lo desconocido.

Respiró hondo y entrelazó las manos apoyando los codos en las rodillas, dejando la bola de papel dentro de su puño. Bajó la cabeza, sintiéndose derrotado. Necesitaba ayuda, no podía enfrentar aquello solo. Estaba muy confundido por las cosas extrañas que le ocurrían.

Pensó en Albert y en aquella maldita cabaña derrumbándose encima de su hermano. Las lágrimas se le agolparon en los ojos estando a punto de derramarse, pero él endurecía las facciones para impedirlo. La culpa por la muerte de Albert lo corroía. Si hubiese tenido la valentía de dejar en libertad a la bestia, quizás ella habría podido salvarlo.

Si su hermano no hubiera muerto, él no estaría pasando por esa encrucijada. No habría salido nunca de La Costa, encontrándose con esa chica extraña que afectaba a sus emociones y al

recuerdo del animal salvaje que había heredado de sus antepasados.

Lo necesitaba, ahora más que nunca.

—Debí morir con él esa tarde —masculló, dejando en libertad algunas lágrimas.

Pensar en Albert le trajo a la memoria la imagen de la rubia a la que había defendido. La mirada de la chica era como la de su hermano, oscura y cálida. Los ojos grandes y negros de ambos les inspiraban sensaciones. En el caso de Albert, amistad y comprensión, y en el de la chica, ternura y curiosidad. Ella era como un imán que lo atraía invitándolo a hurgar más profundo dentro de ella para que descubriera sus secretos. Era una emoción poderosa, que le costaba controlar. Lograba hacerlo al notar el miedo que encontraba en la chica cuando lo veía. Ella le temía, porque debía saber que era una fiera torpe y violenta.

Se levantó enfadado consigo mismo por no saber controlar sus pensamientos. Comenzaba a sentirse deprimido por culpa de su soledad y de sus insatisfacciones, y no deseaba eso. Necesitaba encontrar a alguien en quien confiar sus secretos, que lo escuchara y aconsejara.

Pensar de nuevo en Albert le trajo una idea a su cabeza: le recordó a Pablo Robles, el padre de su amigo, el líder de la sociedad a quien le habían rebajado la carga de responsabilidades al quedar entristecido por la pérdida de su segundo hijo.

Su hijo mayor había fallecido en la tragedia ocurrida hace ya dieciocho años en La Costa, cuando la sociedad fue atacada por cazadores. Un hecho donde también murió su padre y muchos otros miembros de la sociedad. Con la partida de Albert, Pablo e Irma, su esposa, quedaban completamente solos. Su pena se volvió muy profunda, siendo comprendida por el resto de los miembros.

Asintió, pensando que Pablo sí tendría tiempo para escucharlo y sabiduría para entender su problema y ayudarlo a conseguir una solución. Él era un líder respetable en La Costa, un guía político, acostumbrado a dar solución a las dificultades de su gente.

Enseguida tomó el teléfono móvil que estaba sobre una mesita auxiliar y buscó su número telefónico. Lo llamó sin retraso. Si se lo pensaba mucho, se cohibiría y detendría la comunicación.

—Gregory.

El líder lo saludó con emoción, haciendo sentir querido al chico, que no pudo evitar sonreír satisfecho.

—¿Cómo está? ¿Cómo se encuentra doña Irma? —respondió, sentándose de nuevo en el borde de la cama. Aquella voz familiar tranquilizó sus nervios.

—Triste, muchacho. Todos aquí estamos muy tristes por tu partida. ¿Qué haces en Caracas? ¿Comenzaste los estudios? ¿Sabes que aquí también puedes estudiar lo que quieras?

El chico se frotó el rostro.

—Solo vine a explorar un poco. Estoy de paseo. No pienso estudiar —reveló, recordando la difícil situación que había vivido horas antes en la universidad, que hundió sus pretensiones educativas.

—Pero Javier me dijo que estabas tramitando tu inscripción.

Gregory respiró hondo.

—Tuve intención de hacer algunos cursos, pero... finalmente no me parecieron divertidos.

Por un momento hubo silencio en ambos lados de la línea. Pablo pudo sentir la confusión del chico.

—Y entonces, ¿qué te ha parecido la ciudad?

Gregory volvió a respirar hondo sabiendo que no podía alargar más la conversación, comenzaba a ponerse ansioso.

—Pablo, disculpe. Necesito hablar con alguien de un problema que tengo. Es sobre la bestia —confesó, y bajó los hombros al sentir que el peso que se afianzaba sobre ellos se hacía menos molesto.

Reconocer lo que le ocurría con la bestia y la experiencia que había tenido con aquella chica lo aliviaba. Esa carga le parecía muy pesada para llevarla solo, más aún, en ese momento de tanta inestabilidad. Una palabra amiga le serviría para comprender el camino que debía tomar sin tener que cometer de nuevo otro error, perdiendo a más seres queridos.

Capítulo 8. El medallón del jaguar

Trini se había ocultado en un rincón oscuro de su habitación para tratar de controlar los temblores de su cuerpo y la impresión que le dejó lo ocurrido en la universidad. Estaba sentada en el suelo, abrazada a sus rodillas y con su mirada asustada y copada de lágrimas fija en la nada.

De todo lo ocurrido, lo que más la perturbó fue la imagen que apreció en el aura que cubría al joven De Sousa. A los diez años inició su capacidad para ver el aura, pero no lograba apreciarla en todos, sino en algunas personas. Normalmente lo hacía en las que tenían muy malas intenciones, o algún espíritu maligno invadiendo su corazón. A las consultas de santería de su madre era habitual que llegaran clientes con esas características, pero no eran tan oscuras como la del chico de La Costa. La de él parecía una bruma sucia, que se hacía más grande cuando estaba enfadado. Tal cosa era nueva y desconocida para ella, por eso le temía.

Pero en la universidad se presentó otro cambio que le resultó terrorífico. Mientras él ahorcaba a Daniel, su aura desprendía tenues y silenciosos rayos en su interior, que hacían visible a una figura que se movía con ansiedad, como buscando un camino para salir. Era un animal grande y robusto, parecía un felino de piel amarillenta y grandes manchas. Su cara tenía un semblante feroz, con la boca semiabierta, dejando a la vista unos colmillos gigantes.

El miedo la atenazó. Ella sabía que si aquel espantoso ser era liberado, acabaría con todo. La furia que mostraba parecía excesiva, estaba prisionero y eso le molestaba.

Recordó a la fiera que la asustaba y perseguía en sueños, pensó que debía ser la misma. Su ángel protector se lo había anunciado, pero lo que no comprendía era que, en vez de motivarla a alejarse de él, le insistía en que debía acercarse.

Miró horrorizada la imagen del arcángel Miguel, preguntándole internamente qué pretendía al entregarle esa misión. La cara furiosa de la bestia la tenía ahora sellada en la memoria, haciéndole entender que contra ese espíritu no debía existir ninguna protección efectiva. Ese era un ser infernal que estaba sediento de venganza.

Se acurrucó más en su abrazo, temiendo lo peor, pero pensar en la bestia la ayudó a recordar un detalle importante que la levantó enseguida del suelo para correr hacia su cama.

Bajo el colchón tenía ocultas algunas pertenencias, tomó una bolsa negra de terciopelo y la vació sobre una mesita de noche. De ella salieron varios objetos, entre ellos, un medallón de plata con la figura de un felino rugiendo. En todo el borde, y en el ojo del animal, estaban incrustadas pequeñas piedras de cuarzo transparente. Aquella joya la había encontrado de niña entre las prendas de su madre, quedando enamorada por el brillo de la pieza. Malena se la regaló, exigiéndole que la cuidara con sumo cuidado, que aquel era un talismán de jaguar que la protegería de espíritus malignos. Con manos temblorosas ella lo engarzó en una cadena que siempre llevaba colgada del cuello, junto a una medallita del arcángel Miguel.

Respiró hondo al tener aquella protección encima, el alivio que le aportaba era mágico. Encerró ambas medallas en su puño, sabiendo que con ellas podría enfrentar cualquier peligro. La defendería de lo que fuera, aunque no estaba muy segura si lo haría de la desconfianza de su madre.

—¿Dónde estabas?

Malena irrumpió en la habitación sorprendiéndola, deteniéndose tras la chica con las manos

apoyadas en su cintura. La veía con desaprobación. Trini la enfrentó sin soltar su nueva protección.

—En la universidad. Me llamó una amiga —mintió, sabiendo que su madre podía leer sin problemas su gestos y descubrir su treta.

—Esta noche tendremos una sesión de espiritismo importante y necesito que compres algunas cosas y prepares lo necesario.

—¡Mamá! —lloriqueó la chica. Odiaba que la mandaran a hacer las compras y la obligaran a participar en esos encuentros perturbadores.

—No quieres hacer nada, María Trinidad —se quejó—. Ni estudiar, ni trabajar, y yo no pienso mantener a vagos en mi casa. Si deseas seguir viviendo bajo este techo, tendrás que colaborar.

Trini la miró impactada.

—¿Me estás echando?

—Ya tienes dieciocho años. A tu edad yo era madre soltera y trabajaba limpiando casas para que no te faltara la comida, tú ni siquiera tienes idea de lo que vas a hacer en los próximos minutos. Como estás tan perdida en la vida, he tomado la resolución de encauzarte. Serás mi aprendiz.

La chica amplió los ojos en su máxima expresión y soltó las medallas.

—¡No quiero hacer eso!

Malena observó lo que su hija le había estado ocultando. Al descubrir el medallón del jaguar apretó la mandíbula, pero se esforzó por mantener la calma.

—En este mundo existen fuerzas muy poderosas que desconoces. —Aquello estremeció a la chica, más aún, el rostro adusto de su madre. Sabía que lo que le diría sería premonitorio—. Si las quieres enfrentar tendrás que estar preparada, porque de lo contrario, se llevará tu alma a las profundidades del infierno y las de todos a tu alrededor. Si estás decidida a hacerlo, debes entender que esto no es un juego, por eso debes formarte.

Trini no pudo responder. Era consciente de que su madre sabía algo, por eso le daba aquel consejo, pero ella no tenía sus ideas claras. No sabía qué preguntar y qué no.

Luego de un instante de compartir miradas, Malena salió de la habitación dejando a su hija con sus pensamientos. Afuera, la mujer respiró hondo, y miró con angustia el altar santero que tenía frente a la puerta de su casa.

Rogó protección a todos sus santos, porque sabía que lo que se le vendría a su hija era demasiado peligroso. Aquello marcaría para siempre su vida y, aunque se esforzó por alejarla de ese mundo, esa realidad la atraería, regresándola a los suyos.

Cuando vio por televisión las noticias dantescas que ocurrieron en La Costa en los últimos dos años, era consciente de que los espíritus pronto llamarían a su hija. Más aún, luego de la muerte de Albert Robles. Se arrodilló frente al altar para encender un velón. No tenía más opciones. Negarse sería peligroso e intervenir mucho más. María Trinidad estaba educada para enfrentar aquella situación, solo esperaba que la niña tuviera la fortaleza necesaria para no echarse para atrás o aquel peligro infernal saldría de esas tierras tomando todo a su paso.

En su cuarto, Trini era ajena a los pensamientos y preocupaciones de su madre. Creía que las pesadillas y las advertencias de su ángel protector eran solo para ella, siendo aquella carga un peso agobiante por ser impuesto.

Se sentó en el borde de la cama mientras una pesadumbre se le extendía en el pecho. El miedo por la difícil e imprecisa tarea que tenía pendiente y la poderosa curiosidad que sentía por el

joven De Sousa se debatían en su interior.

Las ganas por estar cerca de él y volver a tocarlo se reñían con el recelo que le producía la bestia atrapada en su aura. Si llegaba a él, lo hacía también a esa fiera y temía porque ella se la devorara cuando se viera en libertad. Apretó los puños sobre sus piernas para controlar sus confusiones, prefiriendo dejarse llevar por su corazón.

Siempre actuó movida por sus pasiones, aquello la había salvado de muchos problemas. Esperaba que ahora su buena estrella no la abandonara, ni su ángel guardián.

Tomó del altar la figura del arcángel Miguel y la abrazó, pegándola a su pecho. Él era el único que la acompañaría en esa absurda misión.

Capítulo 9. Me cautivas

Al día siguiente, Trini había asistido al gimnasio. Estaba algo nerviosa, pero se sentía más segura. La noche anterior su madre le había enseñado una decena de embrujos que podrían ayudarla a controlar espíritus infernales, o al menos, lograr protegerse de ellos.

Subió con rapidez las escaleras que la llevaban a la planta donde se hallaban las máquinas de ejercicios e intentó ocultarse tras un Multigym que nadie estaba utilizando. Miraba con interés cómo el joven De Sousa se ejercitaba en el área de boxeo, aunque no evaluaba sus técnicas para golpear la pesada bolsa de arena, sino su cuerpo cincelado.

Cada vez que él daba un golpe, los músculos de los brazos y la espalda se le tensaban, quedando más definidos. El sudor le hacía brillar la piel morena, resultando apetecible. Parecía acaramelada, un bocado caliente que sería fascinante para el tacto y para el gusto. Trini se hallaba tan extasiada observando su anatomía perfecta, que no pudo darse cuenta de que en esa ocasión él no poseía el aura oscura. Reparó en ello cuando el joven detuvo el entrenamiento para mirarla con fijeza.

Ella se sobresaltó y ahogó un grito de asombro al recibir aquella mirada intensa, profunda y atrayente. No podía moverse ni dejar de verlo, él había neutralizado su voluntad. La mente de la chica le gritaba que corriera, que saliera cuanto antes de aquel edificio y se alejara del peligro, pero le fue imposible. Él se acercó a grandes pasos, quitándose las vendas de las manos sin dejar de vigilarla, ella solo podía concentrarse en respirar mientras su corazón palpitaba con más fuerza a medida que él avanzaba.

Cuando lo tuvo a solo un paso de distancia, sintió como era atrapada por la burbuja de su espacio personal. Su calor y magnetismo la envolvió como una red lo hacía alrededor de un incauto pez, llevándolo hacia la superficie, haciéndolo su prisionero.

—¿Vas a golpearme?

La pregunta de Gregory la sacó de su mutismo. Trini tragó grueso y se irguió tratando de recuperar la compostura.

—Cometí un error y vengo a... pedirte disculpas.

Gregory apretó el ceño, pero sin enfurecerse. Mientras ella dudaba, él evaluaba las formas de su rostro, de líneas suaves y perfiladas, con los ojos un poco almendrados. Su mirada apacible y temerosa le traía poderosos recuerdos, pero también, le producía un cúmulo de emociones que iban desde su pecho a su estómago como si fuera un oleaje de excitación y deseo.

Sus labios, delineados con forma de corazón, hinchados y sonrosados, y entreabiertos por los nervios, lo provocaban. Con besos mansos los relajaría y haría más intenso su color.

—¿Por qué me temes? —preguntó, dirigiendo de nuevo su atención a los ojos de la chica.

Trini había ablandado un poco su postura tensa, pues pudo percibir el interés del joven. El cosquilleo que su piel experimentaba con la cercanía de aquel sujeto, era posible que lo estuviera sintiendo él también.

—No te tengo miedo... a ti —reveló, tímida.

Gregory se irguió, algo confundido al principio, pero luego, procuró esconder su inquietud. Pablo le había explicado que si la chica compartía una especie de conexión con él, o era practicante de alguna religión santera o de brujería, sería capaz de sentir presencias espirituales,

como los rastros de la bestia que aún quedaban en su cuerpo. Los líderes estaban casi convencidos de que la bestia no se había ido del todo, por eso los guerreros seguían percibiendo su poder.

Si la chica no le tenía miedo a él, podía ser a esa fiera. Aquello lo turbaba, pues no deseaba que ella lo rechazara.

—Gregory Briceño —se presentó, extendiendo una mano hacia la joven para presentarse.

Trini se alarmó y la observó con los ojos muy abiertos. Temía que su contacto le produjera otro efecto perturbador. Por instinto, encerró en su puño el talismán de jaguar y la medalla del arcángel Miguel, llenándose de valor para dar aquel paso. Era lo que había ido a buscar en ese lugar, un contacto. De esa manera podría entender la misión que le imponía su ángel de la guarda.

—¿Briceño? —preguntó confundida, sin lograr controlar los nervios—. ¿No eres De Sousa?

—De Sousa era mi madre. Ese es mi segundo apellido. Soy Gregory Briceño De Sousa —aclaró, y le mostró una sonrisa conciliadora.

Las barreras de Trini se agrietaron por aquella sonrisa. Lo miró embobada, bajando así todas sus defensas. Soltó sus protecciones para estrecharle la mano, dándole la posibilidad a Gregory de observar el talismán de jaguar.

—¿Ese medallón...?

Ella enseguida se apartó asustada, al ver que él pretendía tocar el talismán.

—Es mío —alegó por costumbre, pues muchas veces la habían acusado de ladrona por su apariencia gótica.

Gregory la evaluó con mayor atención, despertándose dentro de él muchas inquietudes. Alzó las manos en señal de rendición al verla asumir una actitud defensiva.

—La piedra que lo adorna me resultó familiar, es todo —alegó en referencia al cuarzo transparente.

Ella envolvió de nuevo la joya en su puño, cerró los ojos con fuerza y empezó a murmurar oraciones.

—Aléjate de mí... protege mi alma... aléjate de mí... protege mi alma... —Eran algunas frases sueltas que Gregory podía captar.

—¡Ey, espera! —dijo y se acercó a ella para tomarla por los hombros y sacudirla.

Trini lo miró espantada, esperando que algo sobrenatural le ocurriera por su contacto, que apareciera el aura negra con la imagen de la bestia rugiéndole furiosa, o algo por el estilo, pero nada de eso sucedió. Sin embargo, igual quedó de piedra. Él estaba a escasos centímetros de su rostro, ocupando por completo su campo de visión. Ella no podía ver nada más que sus ojos cautivadores y captar un aroma varonil que la embriagaba.

Su mano libre se movió como con vida propia y acarició la mandíbula del joven. Era fuerte, de tacto cálido y rugoso, ya que los vellos de su barba le raspaban los dedos resultándole agradable.

Gregory se había enfadado al descubrir que ella pretendía lanzar algún hechizo sobre él. No aceptaría tal cosa, estaba harto de las maldiciones y los malos embrujos. Quiso detenerla, pero para eso debía acercarse más de lo permitido. Pablo le había recomendado que se ganara primero su confianza manteniendo la distancia, luego buscaría las maneras de conocerla mejor y acercarse.

No obstante, la tenía allí, casi entre sus brazos. Su proximidad lo seducía e hipnotizaba sus instintos. Las ganas que sentía por besarla y aferrarla a sí crecían de manera alarmante, más aún, con esa caricia inocente y tierna que ella le prodigaba.

—¿Necesita algo, señorita Hinojosa?

Ambos se sobresaltaron ante la intervención de Paolo De Sousa. El hombre se había acercado a ellos quedando detrás de Gregory. No podía ver el intercambio de miradas apasionadas y la caricia que la chica le dedicaba a su sobrino porque la ancha espalda del joven se lo impedía, pero la había visto conversar con él y le inquietaba su presencia en su establecimiento.

La pareja se separó y Gregory giró un poco para encarar a su tío sin darle la espalda a ella. Lo traspasó con una mirada inconforme y apretó la mandíbula reflejando su enfado. Paolo apretó el ceño al notar el estado del chico, pero lo ignoró para ocuparse en sacar de su negocio a esa joven antes de que hiciera otro escándalo.

—¿Busca información sobre los entrenamientos?

Trini retrocedió un paso evidenciando nerviosismo. Sus labios se sellaron sin poder decir ni una sola palabra que justificara su asistencia a ese lugar.

—Vino a darme las gracias porque ayer la defendí de un acosador —intervino Gregory al notarla indispuesta.

El silencio fluyó un instante mientras la incredulidad se mostraba en las facciones de la chica y de Paolo.

—¿Sí? —expresó el hombre poco convencido—. Entonces... ¿ya hicieron las pases? —preguntó hacia Trini para saber si existiría otra confrontación.

Ella asintió con la cabeza y se mordió los labios antes de dirigir su atención a Gregory.

—Gracias —dijo en voz baja y se marchó casi a las carreras.

Gregory no pudo dejar de mirarla mientras la joven bajaba las escaleras y escapaba de su vista. Tenía muchas ganas de seguirla y propiciar una situación que lo llevara a obtener algo más de ella, pero los consejos del líder Pablo resonaban con fuerza en su cabeza exigiéndole actuar de manera comedida.

—¿La defendiste de un acosador? —quiso saber Paolo al quedar solos.

Gregory respiró hondo antes de encararlo, evidenciando que le molestaba aquella pregunta.

—Sí, lo hice —respondió con desdén y pasó por su lado para ir al área de boxeo a recoger sus pertenencias y esconderse en su refugio.

Quería estar solo para recordar la tierna caricia y la forma del rostro de aquella chiquilla extraña, que lo cautivaba con su dulzura.

Capítulo 10. Una presencia en la montaña

Mary había reunido a un grupo de unos seis miembros para recorrer una de las rutas de senderismo que brindaría a los turistas a través de las montañas. Deibi la había ayudado a delimitarla en un mapa de la región, pero no podía acompañarla a evaluarla por culpa de la gran cantidad de trabajo que tenían en la cosecha. Pronto llegaría la fecha de la recolección del fruto y era necesario revisar los sembradíos.

La chica ya conocía algunos caminos porque los había andado con su banda meses atrás, cuando quiso molestar a los guerreros. Un joven pescador, amigo de la sociedad, se había ofrecido a conducirlos hacia unos lugares paradisíacos que solía visitar de niño y podían ser atractivos para los turistas.

El grupo se reunió en la plaza del pueblo, luego se encaminó al río por la tupida vegetación. El buen ánimo y la curiosidad por la aventura los dominaba, aunque Mary no podía dejar sentirse recelosa.

Al hallarse al abrigo de la selva, recordó los momentos en que tuvo que ocultarse en ella para vigilar a los guerreros, siendo agobiada por el animal interior que la atormentaba, alterando sus emociones. Allí no podía estar del todo oculta, pues el espíritu maligno de la bestia la seguía a donde fuera, así como los integrantes de la secta Yoruba, que parecían conocer aquel paraje tan bien como los nativos.

Atravesaron el río haciendo chapotear sus botas en las cristalinas aguas antes de sumergirse por senderos de tierra, rodeados de palmas, enredaderas y enormes helechos. Las aves los observaban desde la cima de los árboles, con timidez, mientras los animales rastreros se escondían bajo ramas viejas o piedras.

A medida que avanzaban, las sombras de la selva los abrigaban, así como su frescura y sus aromas. Los sonidos del pueblo se desvanecían siendo sustituidos por la canción incesante de la naturaleza, de los seres vivos que la habitaban y del viento, que jugueteaba entre la vegetación silbando melodías.

Mary sonrió al recordar todas las veces en que había utilizado a esa selva como escondite para encontrarse con Deibi. En varias ocasiones esa tierra fértil les había servido de colchón para amarse. No era mullida, pero la pasión que desataba en ellos los hacía arder como si las poderosas llamas que los envolvían salieran del interior de un volcán. Para ella, La Costa era como un tierra de fuego, ardiente y acogedora.

Comenzaron a subir la montaña mientras algunos de sus integrantes conversaban sobre temas triviales. El calor, producto del esfuerzo por la caminata en un terreno escarpado, les producía sudores. La chica se mantenía atenta a cada rincón de aquel vasto paraíso, se sentía intranquila. La sensación de estar siendo observada venía acompañándola desde que se habían alejado del río, pero todo se mantenía sereno, incluso, el comportamiento de los animales, algo que le transmitía cierta confianza.

—¿Escuchan el agua? —preguntó el joven pescador que iba con ellos—. Cerca están las caídas de agua de las que les hablé, esa podría ser la primera parada en la ruta. Es un lugar fresco.

—Yo aguanto un poco más, pero si vamos a incluir a turistas novatos en esta travesía, sería bueno darles un descanso —comentó otro miembro del equipo.

Mary asintió y decidió salirse del camino para seguir al pescador hacia el riachuelo, revisando al mismo tiempo el mapa que Deibi le había facilitado para marcar la ubicación de aquel lugar.

Su tarea se vio interrumpida por un movimiento brusco ocurrido en unos matorrales ubicados frente a ellos. El pescador, que iba liderando la expedición, gritó y perdió el equilibrio resbalando hasta caer sentado.

Ella corrió para ayudarlo, guardando con rapidez el mapa, y lanzó miradas nerviosas hacia el sitio donde se había producido el movimiento. El corazón le martilleó con fuerza en el pecho.

—¡Mary! —gritó el que caminaba al final. Ahora los movimientos se producían entre la vegetación que estaba alrededor como si algo corriera en círculos, sin atreverse a acercarse.

—¡Todos juntos! ¡Vengan aquí! —indicó ella, ayudando al pescador a ponerse de pie. Los jóvenes se agruparon a su lado, dándose la espalda entre sí para ver lo que ocurría en la selva que los rodeaba.

El movimiento volvió a quedar frente a ella y generó una sacudida expulsando tierra y pequeñas piedras hacia los senderistas, obligándolos a correr de nuevo hacia el camino. Al llegar allí, volvieron a detenerse. Mary apretó el ceño, repasando la selva con la mirada. La vegetación se había aquietado, incluso, el sonido de los animales. Solo el viento y la lejana caída de agua podían oírse.

Pero algo se hallaba cerca, su piel erizada le indicaba que una energía se encontraba muy próxima y en estado de alerta. Desde hacía meses había perdido las capacidades que la bestia le había otorgado, nunca volvió a experimentar en su cuerpo sensaciones similares, sin embargo, sabía que algo estaba allí. Su cuerpo se hallaba totalmente estremecido por la cercanía de un ente sobrehumano.

—¿Pueden sentirlo? —quiso saber, consultando a sus acompañantes.

—Tengo miedo, hace frío —comentó uno de ellos, temblando de forma visible.

Mary respiró hondo. No sentía frío, pero sí una sensación extraña, espeluznante, y no era algo que solo podía captar ella. Era una presencia que los afectaba a todos por igual.

El silencio y la calma que reinó por casi un minuto la angustiaban tanto como los movimientos que se habían producido antes, pero el repique del teléfono satelital que Deibi le había facilitado los hizo saltar a todos de pánico.

—Maldita sea —masculló mientras lo atendía— ¿Deibi? —respondió nerviosa.

—¿Dónde estás?

—¿Lo sientes?

—¡¿Dónde estás?! —preguntó con apremio.

—Como a media hora del río, en la ruta.

—¡Regresa ya...!

La conversación se interrumpió porque algo saltó de la vegetación hacia el cielo, haciéndolos gritar y tumbarse al suelo para cubrirse la cabeza. Ella soltó el teléfono, aunque sin poder apartar su atención de la bola de polvo y humo que volaba por los aires, en dirección al barranco.

El resto de los integrantes de su equipo se había ovillado cubriendo sus rostros para llorar y gritar por el terror. Ella, sin embargo, se puso de pie para seguir con la mirada el rumbo de aquel fenómeno. Lo veía horrorizada, percibió una figura fantasmal trazada dentro de ese cúmulo de tierra y bruma con la forma de un felino, grande y de piel clara. No había oscuridad en aquel ser, como lo hubo en el pasado.

El fenómeno cayó entre los árboles que cubrían el barranco, moviendo la vegetación como si

algo enorme y asustado corriera hacia el fondo de la montaña. Enseguida desapareció, perdiéndose además la sensación que la chica había captado de estar siendo observada.

Cuando recuperó la respiración y la normal cadencia de su corazón animó a los jóvenes a ponerse de pie y regresar a La Costa. Ellos la obedecieron apresurándose por recoger sus pasos, manteniéndose unidos y mirando con nerviosismo la selva a pesar de que Mary les aseguraba que el peligro había pasado.

Cerca del río se toparon con los cuatro guerreros que habían ido en su búsqueda.

—¿Qué pasó? —le preguntó Deibi al llegar a ella. Javier también se acercó para saber lo que había ocurrido mientras Jonathan y Gabriel tranquilizaban a los jóvenes.

—No sé, fue extraño. Él huyó —explicó entre jadeos.

—¿Él? —indagó Javier, evidenciando su ansiedad.

—Era un fantasma, un felino. —Ambos la observaron con enfado e incredulidad—. Pero no era oscuro. No es el mismo —alegó en susurros, preocupando a los guerreros.

Deibi y Javier compartieron una mirada entre sí, que luego dirigieron hacia Jonathan y Gabriel, quienes estaban atentos a lo que ellos hablaban.

Cuando lograron calmar a los chicos regresaron al pueblo, echando ocasionales miradas a la montaña.

Lo que tanto habían temido se estaba haciendo realidad y ahora ellos no tenían a la bestia para que los defendiera del enemigo.

Capítulo 11. Te busco

Gregory caminaba por las calles de aquel barrio sintiéndose un poco inquieto. Algo tenía atorado en el pecho, una sensación que no sabía identificar, pero que lo volvía irritable.

Procuraba serenar sus emociones mientras andaba por los alrededores de una plazoleta poblada de vendedores ambulantes. Agudizaba la mirada para intentar ubicar en ella a la hija de Malena Hinojosa.

Pasó casi una hora fastidiando a su tío para que le diera información sobre la chica. Paolo se negaba a darle lo que quería, porque conocía lo conflictivos que podían ser los Hinojosa y si su sobrino se involucraba con ellos, tendría problemas que él luego debía resolver. No deseaba meterse con esa familia, cuyos miembros tenían prontuarios delictivos.

Gregory no solo se enteró del pasado criminal y violento del fallecido tío de la joven, sino de las malas andanzas de su hermano y de las terribles mañas de su padrastro, a quien señalaban como un adicto a las apuestas y un estafador. Su madre, aunque no poseía reputación de mujer agresiva o de ladrona, era una bruja. Ya con eso se ganaba el repudio de quienes se consideraban «personas de bien», aunque muchos de ellos, en la oscuridad de la noche, la buscaban para encargarles algún trabajo espiritual. La efectividad de sus hechizos y pociones era reconocida no solo en el barrio, sino en toda la ciudad y sus alrededores.

A María Trinidad Hinojosa, o Trini, como supo que llamaban a la chica, se le conocía por su actitud arisca y su aislamiento. Si no la molestaban, podía pasar desapercibida, pero si la incordiabas, era capaz de transformarse en una fiera ofensiva y agresiva. Su habilidad leyendo las cartas parecía mejorar, por eso solía rondar la universidad y la plazoleta cercana a su casa en busca de clientes, con los que pudiera practicar su destreza en la lectura del destino. Quienes la abordaban, eran mayormente jóvenes o curiosos que se divertían con sus predicciones. Pocas personas le daban seriedad a sus palabras, la consideraban una chica necesitada de afectos, que se valía de la mentira y el chantaje para llamar la atención y ganar un poco de dinero.

Gregory no podía dejar de pensar en ella. Por más que se esforzaba, el rostro de esa joven se le había clavado en la memoria y le generaba miles fantasías. Recordar sus labios húmedos, sus cabellos brillantes y su mirada dulce se estaba transformando en su mayor actividad, un hecho que nunca antes le había ocurrido, por eso estaba tan perturbado.

Los ojos oscuros y melancólicos de la joven era lo que más curiosidad le despertaba. Y no solo por esa ternura que transmitían a través de una mirada dura o retrechera, y por la tristeza que empañaban sus pupilas, sino porque la consideraba similar a la de su fallecido amigo y hermano Albert.

Desde el primer momento en que la vio eso fue lo que más la impactó, ese parecido oculto con su hermano. Al salir de La Costa comenzó a soñar con los restos del viejo hotel, donde él se hallaba tumbado en el suelo, vencido y derrotado, mirando con agonía el cielo encapotado con nubes de lluvia. Albert se acercaba y le insistía que se levantara, que era hora de ponerse de pie, pero él no hallaba fuerzas para hacerlo. Sin embargo, desde hacía tres días, cuando conoció a Trini, ella se colaba en ese mismo sueño y caminaba hacia él, invitándolo a seguirlos.

«Síguela...», le pedía Albert. Solicitud que le alteraba los nervios.

El tiempo que había vivido en La Costa, sufriendo las consecuencias de la maldad y de la

codicia, le enseñaron a prestar atención a esas señales, pues ellas podían traer instrucciones que salvaran su vida y la de los suyos.

Lo supo cuando se enteró de lo ocurrido con los sueños de Isabel, de las corazonadas de Rebeca o de las llamadas de auxilio que los muertos le hacían a Jesenia, incluso, de lo ocurrido con Mary, a quien le habían hecho beber sangre de un guerrero agitando dentro de ella el espíritu de la bestia.

Trini había ocasionado una extraña conexión con él al tocarse, mostrándole imágenes que podrían ser del futuro. Además, fue capaz de serenar sus instintos asesinos cuando estuvo a punto de ahorcar a aquel chico en la universidad, un hecho que hasta ese momento solo podían hacer sus hermanos, y descubrió que poseía un medallón con el símbolo de la sociedad: el jaguar, decorado con piedras de cuarzo transparente incrustadas, las mismas que habían salvado el alma de los suyos en varias ocasiones. Ella debía tener alguna relación con sus oráculos, pero sus inseguridades le impedían acercarse más.

Esa mañana decidió buscarla, no podía soportar más tiempo sin verla, sin encontrar otras señales que lo acercaran a esa joven. Anduvo por los alrededores de la plazuela escudriñando entre la gente, hasta que la vio sentada sobre unas cajas de madera en medio de unos puestos de verduras. Leía las cartas a un chico de rostro burlón que estaba acompañado por otro que poseía también una apariencia divertida.

Se aproximó con lentitud, tratando de escuchar la conversación. Eso le permitió notar que, mientras ella trataba de traducir lo que querían decir las cartas, los jóvenes se reían y compartían miradas cómplices con una mujer y dos hombres que atendía los puestos de verduras, mofándose de la chica. Eso lo enojó.

Logró estar más cerca sin que nadie lo notara. Todos estaban concentrados en su actividad: ella en las cartas y los jóvenes en sus risas.

—El diablo —dijo Trini, y señaló la carta que había tomado—, debes ser prudente para que evites una condena, o te sucederá un hecho brusco que cambiará tu vida.

—¿Sí? ¿El diablo me saldrá por la noche y me *jalará las patas*? —bromeó el chico, sin creer ni la mitad de las cosas que le advertía la rubia.

—No, el diablo no ronda la noche —intervino Gregory, sobresaltándolos a todos, y se inclinó hacia el joven a quien le leían las cartas, para intimidarlo con su postura amenazante—. Siempre está cerca, al acecho. Capaz de aparecer en forma de bestia salvaje, con garras filosas y colmillos fuertes, y te arrancarán la cabeza de un solo tajo si...

Calló de repente al sentir la mano de Trini cubriendo la suya. Giró el rostro para sumergirse en la profundidad de su mirada, cálida y profunda, y sintió una turbación en el abdomen que luego se le extendió por todo su cuerpo como si fuera una corriente eléctrica. La piel se le erizó y su mente se reseteó olvidándose de la rabia que la burla del chico le había producido, desatando sus deseos.

Movió su mano para atrapar la de ella y aferrar los dedos de la chica entre los suyos. Acarició las puntas mientras una sensación de tranquilidad y paz lo bañaba por completo.

—¿Algún problema, muchacho?

Tardó algunos segundos en reaccionar ante la pregunta de uno de los sujetos que atendía los puestos de verduras. Los chicos que antes se estaban mofando del trabajo de Trini se habían alejado de la mesa improvisada buscando protección entre los mayores, ya que la actitud desafiante del recién llegado los inquietó.

—Está conmigo. Ya me voy —dijo Trini poniéndose de pie. Soltó a Gregory, sin notar la

turbación que la separación produjo en él, para enfrentar al hombre que había hablado.

—¿Te vas? No hemos terminado —se quejó el joven que había pagado por la lectura de su destino.

—No has atendido ni creído nada de lo que te he dicho. Sin fe, las cartas dejan de funcionar —explicó y guardó en su bandolera su herramienta de trabajo.

—No es justo, te pagué para que me leyeras las cartas y solo has sacado cuatro.

—Cuatro es más de lo que te mereces.

Gregory se envaró al ver que otros sujetos, que atendían los puestos cercanos, se aproximaban al escuchar la discusión. Había muchos y todos tenían mala actitud. Solo no podría controlar la situación si las cosas empeoraban. El miedo que antes había sentido al temer que se desatara la bestia en medio de inocentes y creara un caos de dimensiones apocalípticas, ahora lo experimentaba al saber que sin ella, él estaba perdido. Aquellos hombres podrían destrozarle la vida si se lo proponían y sin darle oportunidad a defenderse.

—Te pagué. Tienes que cumplir con tu trabajo —exigió con enfado el joven, siendo secundado por otros que comenzaron a reclamarle a Trini su falta de seriedad.

Ella discutía con ellos de manera aireada, atrayendo la atención de más personas que comenzaron a verla con desprecio, dispuestos a echarla a patadas de ese lugar. Él no permitiría que la tocaran, pero cada vez sus condiciones empeoraban.

Su nerviosismo agitó una sensación de ansiedad en él, se alarmó al captar un aleteo agitado en su pecho. El mismo que antes precedía a la aparición de la bestia.

—Es igual a su padre, ¡una estafadora!

—¡Él no es mi padre! —gritó Trini y empujó la caja de madera donde había estado sentada, haciendo que esta cayera y emitiera un sonido fuerte.

Gregory se apresuró a tomarla por los hombros para calmarla. Ella se sobresaltó con su agarre, observándolo con los ojos muy abiertos y cubiertos de lágrimas.

—Tranquila, confía en mí —le susurró, apretando la mandíbula. Hacía un gran esfuerzo por calmarse y serenar a la bestia.

No esperó a que ella respondiera. Encaró a quienes se habían ofendido con la reacción de la chica y sacó su billetera del bolsillo de su pantalón.

—¿Cuánto pagaste por el trabajo? —preguntó al joven a quien Trini había estado leyendo las cartas.

—No lo hagas —pidió ella, pero Gregory la ignoró. Sacó varios billetes de alta denominación de su cartera y se los entregó al chico.

—¿Suficiente?

El joven sonrió complacido.

—Sí, pero no tengo cambio.

—Quédate con el vuelto —respondió con rapidez y tomó a Trini de la mano para salir de allí.

Aunque nadie los detuvo, todos les dedicaron miradas llenas de reproches y desprecio, como si ambos fueran dos parias que se habían colado entre ellos para interrumpir la excelente armonía que existía en aquel lugar.

Trini rugió furiosa, pero no dijo nada hasta que se hallaron lejos de la plazoleta, fuera de la vista de aquella gente.

Se soltó con brusquedad de su agarre y se detuvo logrando que él la encarara.

—¿Qué hiciste? —bramó a punto de llorar por la ira.

—Salvarte de un posible linchamiento —justificó, furioso.

—Yo no te pedí que lo hicieras. Además, fue tu culpa, no tenías que haber interrumpido mi trabajo.

—¡Se estaban burlando de ti! —exclamó con irritación.

Trini amplió las órbitas de sus ojos al ver como su aura se agrandaba y se oscurecía. Cuando Gregory apareció en medio de la lectura de las cartas, apenas se notaba y era como gris, pero ahora se hacía más visible y en la bruma oscura que lo recorría aparecían tenues rayos. Recordó a la bestia y retrocedió, apretando en una mano el medallón del jaguar.

Gregory siguió sus movimientos llenándose de confusión. Entendía que ella podía captar el cambio de sus emociones, y quizás, sentir o ver a la bestia, por eso se esforzó en recobrar la calma.

Le dio la espalda respirando hondo para calmarse, pero sin poder evitarlo la tristeza lo invadió. Un hoyo comenzó a abrirse en su pecho, ganando profundidad, haciendo que se sintiera un desdichado, a quien todos rechazaban por su condición diferente.

Seguía siendo una bestia, a pesar de que aquel espíritu sobrenatural lo había abandonado. Un idiota incapaz de recibir la aceptación, ni siquiera, de quien podía estar marcada en su destino.

Se metió las manos en los bolsillos y caminó alejándose de aquella chica, sin darle la cara. Así no se obligaría a soportar tanta vergüenza.

—Espera —pidió Trini, pero él no se detuvo—. ¡Espera! —gritó y se apresuró a alcanzarlo, antes de que lo perdiera de vista.

Capítulo 12. Problemas

Las piernas largas de Gregory lo ayudaban a ser más rápido cuando quería escapar. Trini tuvo que correr a través de una ancha avenida para alcanzarlo, pendiente de que ningún auto la atropellara.

—¡Espera! ¡Espera, maldición! —exigía, respirando con resuello.

Se apresuró por atravesarse en su camino para obligarlo a detenerse. Él la miró desde su altura, muy serio, con una mezcla de enfado y pena reflejada en el rostro.

—Eres muy susceptible —se quejó ella, recibiendo un resoplido como respuesta—. No tenías que meterte en ese asunto.

—¿Te gusta que te humillen? —quiso saber, molesto. Trini apretó la mandíbula.

—Es mi trabajo. Sé manejarlo.

—No tienes que hacer eso para ganarte la vida.

La chica lo observó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué no tengo que hacerlo? No soy rica, no provengo de una familia millonaria como tú.

—Yo no provengo de ninguna familia millonaria.

—En La Costa tienes propiedades.

Él sonrió con poca gracia y se cruzó de brazos observándola con agudeza.

—¿Propiedades? ¿De dónde sacas esa información?

Ella dudó un instante.

—Lo supe.

—Tu fuente no está muy familiarizada conmigo.

—¿Tu primo es una fuente no familiarizada contigo? —inquirió burlona. Gregory respiró hondo para controlar la rabia— En el liceo tu primo decía que te habías ido con tus tíos ricos a La Costa.

—No soy de familia rica. Solo tengo unas tierras que si no las trabajo, no producen.

Trini lo observó con arrogancia.

—Si es así, entonces, ¿qué haces aquí? —Gregory quedó en silencio. ¿Qué hacía allí? Esa era una pregunta que se había hecho muchas veces desde que había puesto un pie en la capital—. ¿Es por esa maldición que te ronda?

El chico posó una mirada neutral en ella, aunque se mantuvo alerta por lo que la joven podía descubrir. Debía proteger el secreto de la bestia por el bien de su gente, pero había notado que la chica era capaz de ver algo en él que otros no hacían.

—¿De qué hablas?

Trini dio una ojeada a los alrededores con recelo. Por esa vía pasaban muchos autos y pocos transeúntes, sin embargo, se sentía incomoda.

—Ven —dijo y caminó invitándolo a seguirla. La emoción la embargó superando sus temores, era momento de averiguar qué conexión podía existir con él que su ángel de la guarda le insistía en que se acercara.

Gregory la observó con precaución un instante, antes de atender a su llamado. El corazón se le agitó inquieto, lleno de expectativas.

Debía aprovechar esa oportunidad para conocer más de ella e indagar si estaba ligada a su

destino. Si así fuera, no tenía idea qué hacer. Pablo le había recomendado que primero se ganara su confianza, de esa forma le sería más fácil establecer cualquier vínculo en un futuro.

Caminaron varios minutos hasta llegar a un parque. Atravesaron los puestos de comida y las áreas de picnic y de juegos al aire libre hasta alcanzar un pequeño bosquecillo. Eran pocas las personas que paseaban por esa zona, algo que Trini agradecía. Quería privacidad para poder hacer lo que deseaba.

Subieron una colina baja y se sentaron sobre unas piedras, desde donde se podía apreciar un jardín de orquídeas y un camino de tierra por donde pasaban ciclistas o aquellos que se ejercitaban trotando.

Se colocaron uno frente al otro por petición de la chica, y con las piernas cruzadas. Gregory la complació sintiendo una fuerte curiosidad por lo que vendría a continuación.

—Pon tus manos así —indicó ella, y apoyó sus brazos en sus rodillas abriendo las palmas en dirección al cielo. Gregory la imitó.

Trini cerró los ojos y respiró hondo y con lentitud, como si se concentrara. Él aprovechó la ocasión para mirarla con detalle.

Las suaves ondas de su cabello dorado le enmarcaban el rostro de líneas perfiladas y pómulos altos, y su pequeña nariz hacía simetría con sus labios delgados y sonrosados. Esos que a él le inspiraban sueños deliciosos y le arrancaban suspiros placenteros.

Cuando ella abrió los ojos, él sintió una punzada en su abdomen. El pecho le palpitó con mayor ánimo al recibir la calidez de su mirada hipnótica, que lo observaba con detalle, como queriéndose colarse entre los poros de su piel para llegar a su alma.

Esperó mientras ella lo apreciaba sin parpadear, primero la cabeza, luego los hombros y los brazos, hasta detener su atención en sus manos. Con lentitud pasó sus palmas abiertas por encima de las de él, sin tocarlas, pero provocando un cosquilleo en la piel de Gregory que casi lo desesperó. El calor que emanaba de Trini lo hacía temblar de forma imperceptible. Deseaba atrapar aquellas manos y envolverlas en las suyas para no dejarlas escapar.

—Es raro —comentó la chica en un susurro.

—¿Qué?

—Tú aura. Ya no está.

Gregory arrugó el ceño.

—¿Ves mi aura?

Trini subió el rostro y lo cautivó con su mirada hechicera.

—Al parecer, es solo cuando estás... molesto.

Gregory apretó aún más el ceño y quitó las manos por instinto para que ella no siguiera calcinándolo con su calor.

—¿Qué es lo que ves?

Trini se mordió los labios sin saber cómo explicar sus visiones.

—Un aura oscura que se agranda según el nivel de tu enfado y posee... algo dentro.

Gregory se acomodó sobre la roca, inquieto, y dio una mirada al medallón de jaguar que ella llevaba colgado del cuello. Debía confiar en su destino y no sentir temor.

—¿Algo como qué?

La chica negó con la cabeza, evidenciando confusión. Subió las rodillas para abrazarse a ellas y procuró relajarse. Él no se mostraba asustado por lo que le confesaba, sino que parecía alerta. Esa era señal de que sabía lo que le ocurría.

—Rayos, bruma... y la silueta de un felino lleno de cólera.

Compartieron una mirada intensa y desafiante. Él la invitaba a continuar y ella a revelarse.

—¿Y no le temes a ese felino?

Trini sintió un aleteo de ansiedad en su pecho. Él parecía confirmarle la presencia de ese ente maligno que hasta en sueños la atormentaba.

—Está enfadado. Quiere salir. —Gregory apretó la mandíbula—. Puedo ayudarte a liberarlo.

Las cejas del chico se arquearon.

—¿De qué hablas?

Trini alzó los hombros aparentando indiferencia, pero en realidad, comenzaba a ponerse nerviosa.

—Está atrapado, pude verlo, y eso lo irrita. Alguien debió maldecirte, pero no lo hizo como era debido, así que él quedó allí, como a medio camino, esperando a que lo liberen. ¿Puedes sentirlo?

Gregory quedó pensativo y recordó a la secta de los Yoruba, quienes meses atrás lo habían llevado a la cima de una montaña junto a sus hermanos por medio de engaños, con intención de entregarlos al demonio que los perseguía y robarles el espíritu de la bestia, apoderándose de aquel poder. Sus acciones fueron detenidas gracias a la oportuna intervención de la naturaleza, que movió sus entrañas rugiendo de furia por la afrenta que recibía, impidiendo que los embrujos que ellos aplicaban hicieran un efecto total.

La montaña se tragó a todos sus atacantes, incluso a ellos, quienes luego lograron salir de allí, pero sin la bestia. Siempre pensaron que ella se había marchado con aquel demonio, dando por cumplido el pacto. Sin embargo, su recuerdo los atormentaba día y noche desde hacía semanas, produciéndoles dolor e inquietudes. Era evidente que ella seguía allí, dentro de sus almas, aunque afectada por los malos hechizos que los Yoruba habían aplicado.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el contacto de Trini. La chica le había tocado el brazo al verlo perdido en sus recuerdos, buscando llamar su atención.

Al unir sus miradas, una llamarada de pasión y deseo se desató dentro de Gregory, encendiéndole las emociones y el organismo. Sus ojos se volvieron fuego, impresionando a la chica. Trini recibió aquel foganazo de excitación como si fuera una onda expansiva. Respiró hondo y exhaló por la boca, dejando entreabiertos sus labios, atrayendo la atención de Gregory.

Él se aproximó a ella, buscando el elixir de aquella boca provocativa. Todo en su interior se agitó. Sabía que Trini lo deseaba, lo necesitaba, y él estaba dispuesto a darle todo lo que le pedía.

—¿Interrumpimos?

Se sobresaltaron al escuchar una voz masculina y se separaron. Gregory enseguida se puso de pie y observó con atención a los cinco jóvenes que se aproximaban a ellos.

—¿Daniel? ¿Qué haces aquí? —preguntó Trini, molesta.

Su compañero veía a Gregory con nerviosismo, ocultándose detrás de uno de sus secuaces, que poseía cara de pocos amigos. La chica se alarmó al reconocerlo. Era el Topo, el delincuente juvenil de mayor peligrosidad en el sector donde ella vivía.

—¿Este es el sujeto que intentó ahorcarte en la universidad? —preguntó el Topo, divertido—. Mira qué casualidad, si es el «raro». Tú tienes una cuenta pendiente conmigo.

Gregory se envaró sabiendo lo que se venía. Daniel se había aliado con esos buscapleitos para enfrentarlo, por el problema que habían tenido en la universidad, los mismos que lo molestaban insistiéndole en que se fuera de su barrio porque no les agradaba tener a sujetos que pudieran ser más fuertes o ágiles que ellos, pensando que él aún poseía las mismas capacidades del pasado. Como unos cobardes lo abordaban entre varios, en público, y frente a Trini, dejándole

pocas posibilidades de defenderse.

—¿Crees que puedes venir a Caracas haciendo alarde de tus superpoderes para joder a los nuestros? —dijo el Topo aproximándose a Gregory con amenaza.

—Daniel, detén esto. No sabes a qué te enfrentas —intentó mediar Trini, dirigiéndose a su amigo.

—¿Y a qué nos enfrentamos, brujita? —quiso saber el delincuente, posando en la chica una mirada interesada y burlona. Daniel prefirió hacerse el desentendido.

—Lárguense de aquí —advirtió Gregory, intuyendo las malas intenciones del grupo.

—Lo haremos, pero cuando terminemos contigo —ofreció el Topo, y golpeó un hombro de Gregory empujándolo para provocarlo.

Trini quiso interponerse para evitar una pelea, pero Daniel la apartó.

Gregory observó con enfado como ella gritaba y forcejeaba con el chico mientras la alejaban de él, pero los otros cuatro sujetos lo rodearon impidiendo que hiciera algo para ayudarla.

Era momento de demostrar que podía defenderse sin la bestia.

Capítulo 13. Mi ángel de la guarda

Ante los gritos de Trini y los sonidos de la pelea, algunas personas se habían agrupado en el camino de tierra para observar de lejos el lío. Nadie se atrevía a acercarse, debido a la mala apariencia de los sujetos que se enfrentaban a Gregory. Algunos grababan el hecho con sus teléfonos móviles, otros corrieron para avisar a los guardias de seguridad del parque.

Él recibió infinidad de golpes, pero también, dio muchos otros. A uno de sus atacantes lo lanzó por la colina y a otro le fracturó un hueso de la pierna con una patada. Su fuerza no era despreciable, pero nada en comparación a cuando tenía a la bestia. Por eso, entre los dos chicos que lo golpearon, lograron tumbarlo al suelo, donde aprovecharon para darle infinidad de patadas en el estómago y la espalda.

Daniel luchó con Trini procurando evitar los golpes y mordiscos de ella, e incluso, sin atender a los supuestos hechizos que la chica vociferaba imponiéndole un mal de ojo. Pero cuando vio que se acercaban con rapidez unos vigilantes, soltó a la chica y avisó a sus amigos antes de huir por otro sendero.

Al verse liberada, Trini corrió hacia Gregory y evaluó sus heridas con las manos temblorosas y el rostro marcado por las lágrimas.

—Perdóname, perdóname... —le susurraba mientras acariciaba los cabellos del joven, logrando que él se esforzara por girarse hacia ella en medio de sus quejidos.

Su labio inferior sangraba y tenía un corte bajo el ojo derecho.

—No llores —masculló él, estirándose, soportando las dolencias de su cuerpo.

—Fue mi culpa, todo es mi culpa —lloriqueó la chica, pero enseguida fueron rodeados por vigilantes y otras personas que lo ayudaron a ponerse de pie.

—No te alejes —pidió, cuando pretendían llevarlo arrastras hacia la entrada del parque.

Trini asintió y cumplió su promesa manteniéndose a su lado. Lo sentaron en una silla de aluminio haciendo que él se retorciera de dolor y en una patrulla de policía lo llevaron a un centro de salud para atender sus heridas.

Daniel, el Topo y el resto de los delincuentes pudieron escapar. Los vigilantes habían pasado la novedad a la policía y ahora los buscaban.

Ella se había quedado junto a él mientras era atendido por los médicos y enfermeras, pero, aunque estaba muy golpeado, ninguna de las heridas eran de gravedad. La chica quería hacerle muchas preguntas, pero nunca estuvieron solos, mucho menos, cuando llegó Paolo De Sousa, con su rostro molesto y sus quejas. Le fastidiaba haber tenido que dejar el gimnasio a cargo de uno de sus clientes de mayor confianza para ir en busca de su sobrino.

Trini prefirió marcharse prometiéndole a Gregory que lo visitaría luego en el gimnasio. Él aceptó para evitarle un inconveniente, aunque no deseaba tenerla lejos. Así impedía que se produjera algún comentario incómodo de parte de Paolo que los hiciera discutir. El hombre la miraba con desaprobación, como si la culpaba de lo ocurrido.

—Te dije que te alejaras de esa chica —reprochó su tío al llevarlo a la azotea donde Gregory se residenciaba—. Es problemática, tanto ella como su familia. Tienes que aprender a escuchar consejos.

—Trini no tiene la culpa de nada —aseguró entre quejidos mientras se recostaba sobre

almohadones. Si tío lo observó con severidad.

—No es buena compañía.

—Es mi asunto.

—No quiero a esa niña aquí.

Ambos compartieron una mirada intransigente.

—Ella vendrá luego a visitarme. Espero que no le hagas un desplante —advirtió, aunque procurando utilizar un tono sereno para no enfadar a su tío aún más.

El hombre apretó la mandíbula con enfado, demostrándole a Gregory que no estaba de acuerdo con la resolución, pero no dijo nada. Luego de un instante de debate de miradas, Paolo se marchó.

Gregory respiró hondo, sintiéndose impotente. Era hora de tomar decisiones. No podía seguir dependiendo de la benevolencia de otros. Había reunido algo de dinero trabajando en la cosecha y como dueño de una parcela de terreno le correspondía una comisión mensual que le permitiría mantenerse por su cuenta. Debía salir de ese lugar y buscar un sitio propio, donde pudiera hacer su vida a su manera, sin tener que soportar imposiciones de nadie.

Sabía que Paolo respetaría ese día la presencia de Trini en su refugio, pero luego, pondría límites y condiciones que él debía acatar por ocupar un espacio que no le pertenecía. Si deseaba ser libre, tenía que independizarse.

Cuando logró ponerse cómodo en su cama, sin que las dolencias le molestaran y mientras esperaba con ansiedad la visita de Trini, recibió una llamada de La Costa.

En medio de un suspiro respondió.

—Ey.

—Ey, ¿cómo has estado? —quiso saber Javier.

—Bien, haciendo mucho ejercicio —mintió.

—Te necesitamos. —Gregory respiró hondo sintiéndose molesto por la insistencia de sus hermanos—. Pero esta vez, es en serio.

—¿Antes no lo era?

—Regresó.

Aquello paralizó al chico. El temor se le expandió por el cuerpo.

—¿Quién?

—Aún no lo tenemos claro, pero hay un espectro rondando las montañas.

—Maldita sea —exclamó, y se apretó los ojos y el puente de la nariz con cansancio.

—No es como el de antes, oscuro y siniestro. Mary fue quien lo vio mientras hacía senderismo en la montaña —explicó con seriedad—. No la atacó, solo la molestó, a ella y a cinco jóvenes del pueblo que la acompañaban.

—¿Jóvenes del pueblo? Con eso nos aseguramos que se reiniciarán las habladurías de fantasmas y ánimas en pena.

—Los líderes se encargan de calmar a los chicos, pero te necesitamos. Ya no tenemos a la bestia y eso rebaja nuestras posibilidades. No podemos descuidar el trabajo en la cosecha, pero es necesario vigilar las montañas.

Gregory suspiró, sintiéndose derrotado. Comprendía que las cosas podían complicarse en sus tierras y la única forma de resolver los problemas era estando juntos. Su lejanía agrandaba los obstáculos.

—Déjame resolver unos asuntos aquí para intentar ir hoy mismo a La Costa, o mañana a primera hora.

—Mientras más rápido, mejor. Sabes que estamos cortos de personal.

Una punzada en el pecho atormentó al chico, sabía que su hermano se refería a que ahora eran menos los vigilantes de esas tierras, pues habían perdido a Albert hacía poco. Se despidió de Javier y cortó la llamada recordando a su amigo. Cuánta falta le hacía en ese momento. Nunca antes había necesitado tanto de su consejo como en ese instante de su vida, en que no solo sus emociones se alteraban por la posible presencia de la chica marcada por sus oráculos, sino por su inestabilidad personal. No estaba seguro qué rumbo tomar para no fallarle a los suyos y encontrar su lugar.

—Hola.

El saludo de Trini lo sobresaltó. Había estado tan concentrado en sus pensamientos que no la sintió llegar a la terraza.

—Hola.

—¿Cómo sigues?

—Mejor —aseguró, e hizo un esfuerzo por sentarse en el borde de la cama entre quejidos.

—No deberías hacer eso.

—No debería estar en estas condiciones.

Ella se sentó a su lado, suspirando, y dio una ojeada por los alrededores. Media azotea estaba techada, pero no poseía paredes. Se hallaba completamente despejada, siendo capaz de obtener vistas maravillosas de la ciudad mientras te encontrabas sentado en la cama.

—Que genial este lugar.

—Es provisional —confesó Gregory y movió su mano derecha que parecía rígida. Una de las tantas patadas que habían dirigido a su rostro logró detenerla con esa mano, lastimándola.

Ella lo observó con atención.

—Pensé que los harías pedazos. Tu aura se engrandeció, pero no apareció el felino.

—Me abandonó hace varios meses. Lo siento, pero ya no me ayuda —reveló sin verla, atendiendo a los ejercicios que hacía a su mano.

Se sentía cómodo junto a ella y luego de la conversación que habían tenido en el parque, pensó que podía confiarle su secreto, pues la chica ya había visto a la bestia y parecía no temerle.

—Es una lástima. Me hubiera gustado ver cómo pateabas los traseros de esos idiotas.

Él sonrió con poco ánimo y le dedicó una mirada penetrante que a ella le erizó la piel de los brazos.

—Es una fiera peligrosa y muy violenta. No mide sus acciones. Es como un animal salvaje, solo que posee una fuerza y una agilidad sobrenatural.

Trini arqueó las cejas asombrada por sus palabras.

—Es decir, que...

—Si hubiese aparecido, no solo habría pateado traseros. De un mordisco les habría arrancado las cabezas y con un solo manotazo les hubiera desprendido los brazos y las piernas. Sus garras son capaces de traspasarte y la ira despiadada que siente por quienes la atacan es imposible de controlar. La enceguecen, pudiendo embestir, incluso, a inocentes. —La chica no podía salir de su asombro—. No es como esos espíritus que los santeros atraen en sus sesiones de espiritismo, es un demonio del infierno, feroz y salvaje.

—¿Cómo lo obtuviste? —preguntó desconcertada. Él respiró hondo, inseguro si revelarle toda su verdad el primer día en que pudieron conversar sin agredirse con ofensas.

—Es una historia larga que luego te contaré.

Ella sonrió complacida.

—Eso sonó como a una amistad duradera.

—Y, ¿no te gustaría? —quiso saber. Su intención era lograr algo estable, pero recordó su compromiso en La Costa y eso ensombreció su felicidad. No tenía tiempo que dedicarle a la chica porque debía volver.

En Trini, sin embargo, esa promesa la llenó de júbilo. Algo especial por ese chico se despertaba en su interior, aunque no se atrevía a dar un paso firme por culpa de sus inseguridades y de las constantes muestras de rechazo que recibía.

No obstante, deseaba ayudarlo. Así que rebuscó en su bandolera para sacar el collar que le había robado a su madre antes de ir a visitarlo.

—Mira.

—¿Qué es? —consultó Gregory al ver el collar largo confeccionado con piedras energéticas.

—Cuando vi al felino dentro de tu aura, en la universidad, noté su desesperación. Está furioso porque lo han encerrado, por eso afecta tus emociones. Creo que puedo ayudarlos.

—¿Crees? —interrogó el chico con algo de preocupación.

—Nunca había hecho un trabajo como este, pero sé que puedo lograrlo. Y eso los ayudaría a ambos, a ti y al... demonio.

A Gregory aquella idea le pareció terrorífica.

—¿No escuchaste lo que te dije hace un momento? Es un animal peligroso y violento. Si llega a desatarse aquí, delante de ti, pudiera lastimarte, y luego saltaría a la ciudad para acabar con todo a su paso.

—No lo vamos a desatar, solo a... acomodar dentro de tu alma. Para que no te moleste y se vaya.

—Trini, no me parece que sea una buena idea...

—¡Mi ángel me lo recomendó! —Él la observó con desconcierto—. Escucha, así como tú tienes un demonio del infierno habitando en tu alma, yo tengo un ángel de la guarda que me guía y me protege. No deberías de extrañarte por eso —alegó con arrogancia, viendo como Gregory parecía ceder—. Antes de venir, le oré, porque él me ha estado molestando todos estos días obligándome a acercarme a ti.

—¿Tú ángel te obliga a estar conmigo? —preguntó con incredulidad.

—Sí. Nunca podrás imaginar lo insistente que es —confesó la chica con desagrado—. El asunto es que no comprendía por qué debía buscarte y pienso que podría ser por el tema de tu demonio. Tal vez mi ángel lo que quiere es que te ayude, por eso le pedí consejos y él me señaló el collar.

Gregory la observó con suspicacia un instante, pero debía reconocer que no existía nada fuera de lo habitual en lo que le decía. Él estaba guardando para otro día el tema de que pertenecía a una sociedad étnica que había hecho un pacto con la naturaleza cientos de años atrás, atrayendo a una bestia sobrenatural con la que podían defender sus tierras; también tenía que contarle sobre todos los hechos misteriosos que habían ocurrido en La Costa, como el ataque de un demonio de ultratumba y el de una secta de santeros que jugaban con los muertos; ahhh, y no podía olvidar comentarle sobre su oráculo y el hecho de que ella podría estar ligada a él. Es decir, el asunto del ángel de la guarda parecía una nimiedad frente a todo eso, por eso no debía alarmarse.

—¿Qué tengo que hacer?

Ella sonrió satisfecha.

—Solo... ¿puedes ponerte de pie?

Él asintió y en medio de quejidos lo hizo.

Capítulo 14. El embrujo

Gregory intentó erguirse a pesar de las dolencias mientras ella se ubicaba frente a él. Trini le tomó las manos y colocó las palmas hacia arriba.

Al tocarlo, no pudo evitar degustarse un instante con su tacto suave. Él tenía las manos callosas por el trabajo constante en la tierra y se notaban fuertes, pero a ella la piel le parecía tersa y muy cálida. Sintió deseos de posarlas en sus mejillas y restregarse en ellas como si fuera un gatito en busca cariños. Deseaba besarlas y pasárselas por el cuerpo para que tocaran cada curva y cada rincón oculto...

Cuando se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo adorando aquellas manos masculinas, alzó el rostro hacia él. Se estremeció al recibir el fuego de su mirada anhelante, las emociones le estallaron en el vientre creándole un oleaje de sensaciones que la volvió susceptible. Pronto descubrió que él estaba casi encima de ella, a punto de besarla, bañándole el rostro con su aliento cálido, que le hacía temblar los labios.

El loco latir de su corazón la intimidó. Nunca había sentido nada igual en su vida. En un par de ocasiones se interesó por algún muchacho, pero jamás había palpitado por él, por su cercanía, por su olor o por su contacto. Esto era muy nuevo y algo inquietante, porque no sabía hasta dónde sería capaz de llegar con él.

Así que se aclaró la garganta y retrocedió un poco para iniciar su trabajo, procurando concentrarse.

Gregory se tensó ante el rechazo de ella. El corazón se le apretó en un nudo que le dolía más que los golpes recibidos, pero decidió no hacer ningún comentario, o mostrar sus emociones. Trini lo confundía, le hacía experimentar tantas sensaciones que podía enloquecerlo. Sin embargo, debía recordar que aún era pronto para pretender establecer algún vínculo. El problema era que no quería guardar distancias.

—Este collar atrae energías. Creo que tu demonio quedó atado a ti, pero se salió de su sitio. ¿Comprendes? Para que pueda salir, hay que acomodarlo.

Él asintió, posando su mirada deseosa en ella, provocándole sutiles estremecimientos.

—Como a un auto que se le salió una rueda.

—Exacto —dijo sonriente—. Intentaré ajustarla para que no te moleste y así se pueda marchar.

—Si se altera, ocurrirán cosas desagradables —advirtió él, sintiendo temor por la seguridad de la chica.

—Tranquilo. Seré delicada. Confía en mí —pidió, reflejando en sus pupilas cientos de ruegos.

Nunca habían depositado su fe en ella, ni siquiera, quienes la buscaban para la lectura de las cartas o para solicitarle pequeños trabajos de brujería. Al ser una joven de personalidad inestable, con marcadas diferencias físicas con el resto de su familia y sin un vínculo paterno conocido, no era considerada de fiar. Pero, por algún extraño motivo, necesitaba que él creyera en sus capacidades; su confianza le importaba más de lo que podía expresar.

—Hazlo, pero no le llares demonio. Dile bestia.

—Bien —aceptó la chica y respiró hondo elevando el collar para dejarlo colgando de su mano, encima de las palmas de él—. Busquemos a la bestia para liberarla de su cautiverio —dijo, y balanceó la prenda haciendo círculos.

Trini cerró los ojos y comenzó a susurrar oraciones mientras las piedras brillaban con el reflejo del sol. Gregory se impacientaba, al principio, no sentía nada extraño en su interior, pero de pronto experimentó como un bullir en su pecho, como si lanzaran miles de burbujas hacia todo su organismo.

Con suavidad se movía, buscando no afectar el trabajo de ella, ansioso por liberarse de esa sensación incómoda. Traqueó los huesos del cuello y enderezó la espalda empezando a sentirse molesto. Apretó los labios con irritación, necesitaba moverse más, le costaba respirar. Algo se agitaba bajo su piel, saturándolo, y estaba a punto de producirle un ataque de pánico.

Alejó una de las manos del collar, porque la palma le ardía con cada balanceo. La otra no pudo retirarla, ya que Trini la sostenía por la muñeca con firmeza, pero él intentaba liberarse del agarre de ella, sintiendo el ardor aumentar. Sin embargo, la joven la apretó aún más haciéndolo enfadar.

—Trini, por favor —pidió, pero ella parecía no escucharlo. Estaba inmóvil, como poseída por algún espíritu. Solo movía sus labios para seguir susurrando sus oraciones.

Gregory se preocupó al sentir que la mano con la que la chica le rodeaba la muñeca se había puesto tan dura que parecía de cemento, impidiéndole algún movimiento, y que el collar continuaba su balanceo de forma independiente, pues ella ya no lo controlaba.

—Trini —la llamó, sin obtener respuesta.

Con su mano libre la tocó por el hombro para sacudirla, sintiendo su piel tan fría y dura como el hielo.

—No, maldita sea. No —se arrepintió, e hizo fuerza para que lo soltara, pero le fue imposible.

El miedo lo embargó. Trini estaba siendo dominada por algo que escapaba de su entendimiento y no podía ayudarla de ninguna manera. La mano donde se balanceaba el collar le ardía tanto que lo hizo quejarse, era como si la piel se le consumiera en llamas, produciéndole un dolor que rayaba en la desesperación.

Quiso empujar a la chica para apartarla, pero por más que se esforzaba no lograba ninguna diferencia. Rugió con frustración al no poder hacer nada, con su desesperación rozando niveles alarmantes al sentir un movimiento familiar dentro de él: la bestia de nuevo se agitaba en su interior y amenazaba con salir.

Las oraciones de Trini se hicieron más rápidas, al tiempo que la palma de Gregory humeaba. El ardor se le había transformado en fuego y le brotaba la cólera. Sus ojos se aclararon volviéndose amarillentos y de sus dedos comenzaron a brotar garras. El cuerpo le mutó, dándole paso a la bestia, que emitió un potente rugido antes de caer de rodillas.

Trini soltó la mano de Gregory para dejar que este cayera al suelo, desmayado. Ella no modificó su postura. Sus oraciones se fueron apagando a medida que el collar dejaba de balancearse. Al detenerse, ella inspiró profundo, como si hubiera estado mucho tiempo sin respirar, y abrió los ojos.

Se sintió desubicada un instante mientras recordaba lo que había ocurrido. Con extrañeza miró el collar que sostenía en su mano, sin comprender por qué lo tenía. De momento no recordó nada, era como si saliera de un sueño.

Al ver a Gregory inconsciente en el suelo, soltó la prenda y se abalanzó sobre él. Sintió terror. A gran velocidad bajaron todos los recuerdos a su memoria y temió porque le hubiera hecho un daño irreparable. La piel del chico estaba helada y él parecía no respirar.

—No, no, no...

Las lágrimas de Trini bañaron su rostro. Lo sacudía, pretendiendo despertarlo, pero él no se

movía.

Paolo se asomó por la puerta de la terraza mirando todo con nerviosismo. Ella le gritó pidiéndole ayuda, y él, al ver a Gregory en el suelo, se atrevió a aproximarse.

—¿Qué le pasó?

—No sé —lloriqueó la joven, y temblaba por el miedo.

—Él fue quien rugió, ¿cierto?

Trini observó con desconcierto al hombre, descubriendo el terror marcado en sus pupilas. Él no temía por Gregory, su miedo se centraba en el sonido de la fiera, un rugido que ella no pudo escuchar por encontrarse en estado de catarsis.

—Ayúdeme a subirlo a la cama.

Entre ambos lo acostaron sobre el colchón. Fue difícil, ya que el hombre estaba demasiado asustado. Al lograrlo, él retrocedió.

—Iré al gimnasio. —Trini le dedicó una mirada cargada de reproches—. Asegúrate de que esté tranquilo —recomendó antes de irse, huyendo casi a las carreras.

—Cobarde —masculló ella, antes de centrarse en Gregory, que seguía inconsciente—. Por favor, despierta. No me hagas esto —rogó, y apoyó la frente en el hombro del joven para llorar sus temores—. Tráelo de vuelta a mí, te lo imploro —pronunció como una oración dirigida a su ángel de la guarda mientras le acariciaba los cabellos y el rostro.

El miedo parecía traspasarle el corazón, partiéndolo en pedazos. La desdicha la dominaba. Un minuto después, su alegría estalló al ver que poco a poco él despertaba. Tomó una de sus manos para regar besos en su dorso.

Al observar sus pupilas oscuras y brillantes sintió tanta felicidad que no pudo dominar sus impulsos y se inclinó para besarle los labios. Gregory la miró con ternura, e hizo dibujar una débil sonrisa en su rostro.

—¿Eso es parte del ritual?

Ella se carcajeó, relajando la tensión que la había embargado, más aún cuando él le acarició la mejilla para limpiar sus lágrimas. Compartieron una mirada llena de sentimientos, que les abrigó los corazones.

—¿Funcionó? —quiso saber Trini, refiriéndose al embrujo.

Gregory apretó los labios. La bestia estaba allí, dentro de su alma, con él, como lo estuvo en el pasado. La sentía tranquila, extasiada por el placer que la chica le prodigaba con su presencia.

¿Cómo le confesaba que debía vivir con ese espíritu en su alma hasta que las condiciones físicas se lo permitieran? ¿Qué estaba marcado por un pacto ancestral que lo obligaba a portar a una bestia salvaje atraída del infierno que ningún rito santero sería capaz de disolver?

Incluso para él, esas preguntas eran abrumadoras, para ella, aunque estaba acostumbrada a lo sobrenatural, serían inquietantes, y no deseaba alejarla con sus demonios, no ahora, que disfrutaba como un niño de su cercanía y de sus dulces atenciones.

—Creo que sí —fue su respuesta provisional.

Capítulo 15. El camino

—Me diste un susto de muerte —le confesó Trini cuando ambos estaban sentados en el borde de la cama.

—Tú también me asustaste. Te pusiste dura y estabas fría, hasta tuviste más fuerza que yo. No podía hacer que soltaras mi mano.

Ella sonrió con algo de vergüenza.

—Lo he visto en mi madre, creo que es una especie de posesión.

—¿Demoníaca?

—No, tonto —aclaró y lo golpeó suavemente con su hombro—. Mi ángel debió tomar mi cuerpo para ayudarte con la bestia.

Gregory la observó confuso mientras hacía mover la mano que antes le había dolido. Ahora no sentía ninguna molestia, era evidente que con el regreso de la bestia sus capacidades curativas volvían a funcionarle.

—No sabía que los ángeles de la guarda podían hacer eso —comentó—, pensé que solo los espíritus de difuntos o los demonios tenían ese poder.

Ella apretó los labios demostrando también su desconcierto.

—Eso creí. —Se miraron un instante, con suspicacia—. Es mucho lo que aún debo aprender.

—Yo también.

Trini notó que Gregory podía mover la mano sin quejarse y que las heridas del rostro se difuminaban con rapidez, aquello la contrarió.

—¡Estás sanando!

Él respiró hondo.

—La bestia solía hacer esas cosas.

—¿No te liberé? —indagó, preocupada—. Tienes que enfadarte.

Gregory la miró divertido.

—¿Por qué?

—Para que pueda evaluar tu aura.

El chico se pasó una mano por los cabellos, sin saber cómo explicarle lo que le ocurría.

—Hiciste un buen trabajo.

—Dame tus manos, quizás...

Gregory la detuvo envolviendo las pequeñas manos de la chica entre las suyas y se acercó a su rostro para atrapar su atención, aunque la proximidad de aquellos provocativos labios hacía tambalear sus emociones.

—Todo está bien. Confía en mí.

Por un momento, Trini no pudo moverse. Aquella mirada intensa la había absorbido por completo, robándose su mundo. El corazón le palpó conmovido, saciándose de la ternura que podía hallar en el interior de esos ojos negros, humedecidos por las necesidades y los anhelos. De nuevo perdió el control de sus impulsos y se inclinó hacia él para morder sus labios con los suyos. Los saboreó, apresándolos con su boca un instante.

Cuando pretendió alejarse, él se aproximó a ella para hundirse en un beso arrebatado. La invadió con su lengua, paladeando su exquisito sabor.

A ambos las emociones le hicieron erupción nublándoles la conciencia. Se volvieron puro instinto, buscando el placer en los labios del otro y utilizando sus manos para aferrarse a ese cuerpo cálido donde sabían que encontrarían cobijo.

Con un brazo, Gregory la abrazó, y con su mano libre le sostuvo la cabeza para profundizar el beso. Le acarició la nuca, enredando los dedos en sus cabellos sedosos, degustándose con cada aspecto de ella: con su sabor, su calor, su tacto y su aroma.

Nunca se había sentido tan complacido, tan copado de emociones placenteras. Hubiera estado una larga eternidad hundido en aquel goce de no haber sido por el sonido de su teléfono móvil, que comenzó a sonar de forma molesta.

Detuvo el beso, pero no se alejó de Trini. Dejó su rostro apoyado en el de ella para recuperar el aliento que había perdido y esperando que su corazón volviera a latir con una cadencia natural. Trini gemía entre sus brazos, extasiada, presa de un idilio que nunca antes había experimentado.

—¿Vas a responder? —preguntó. Gregory gruñó por la interrupción y se obligó a dejarla para tomar el aparato.

—¿Qué? —atendió de mala gana, sin ver quien lo estaba llamando.

—¿Piensas tardar más tiempo? ¿A qué hora pongo a hervir el agua para hacer café?

El chico arrugó el ceño sintiéndose desconcertado. Tardó algunos segundos en sacudirse el sopor que el beso le había dejado y reconocer la voz de la persona que le hablaba.

—¿Café? ¿De qué hablas? —consultó a Baudilio.

—¿De qué forma quieres que los reciba? ¿Con café, té, chocolate caliente? ¿Qué prefiere nuestra nueva amiga?

La confusión impedía a Gregory pensar con claridad. Trini lo observó con curiosidad.

—¿Qué pasa? —averiguó en susurros.

El chico negó con la cabeza, comenzaba a entender que las preguntas del líder eran en referencia a Trini. Quizás él sabía algo de ella, la habría visto en algún sueño o en sus caracoles. Aquello lo inquietaba.

—Iré solo. Le dije a Javier que intentaré ir a La Costa esta misma noche.

—¿Solo? ¿Acaso no has aprendido nada en estos dos años?

Gregory respiró hondo y apretó la mandíbula. Tenía miedo de incluir a Trini en los conflictos que se producían en sus tierras. Comenzaba a comprender las angustias de sus hermanos.

—Te llamaré luego —respondió, para terminar la conversación. Le incomodaba explicarle a Baudilio sus preocupaciones delante de ella.

—Tráela —pidió el líder como una exigencia. Gregory apretó la mandíbula.

—Luego te llamo, ahora no puedo hablar contigo —indicó y cortó la llamada para que no volviera a atormentarlo con peticiones absurdas.

—¿Regresarás a La Costa?

La pregunta de Trini vino acompañada de una mirada cargada de ansiedades. O eso creyó él. Sentía una incomodidad grande en el pecho por tener que dejarla luego de haber probado sus labios, pero no podía pedirle nada teniendo tan poco tiempo de haberse conocido.

—Debo hacerlo, tengo... un asunto pendiente que resolver.

Los ojos de la chica brillaron como cristales. Gregory no podía descifrar si aquello era por la decepción, el miedo o la alegría; o quizás, por una mezcla de todo eso.

—Trini, yo... —quiso explicarse, para que ella no pensara que él se había aprovechado de su vulnerabilidad besándola y luego la abandonaba a su suerte, pero la joven lo interrumpió aferrándose a una de sus manos en una actitud de súplica.

—¿Puedo ir contigo? —Aquello lo dejó sin habla—. Por favor, no seré una carga. Tengo algo de dinero ahorrado y puedo...

—Sí. —La respuesta la paralizó y empañó sus pupilas de emociones—. Pero yo me ocuparé de ti. Serás mi invitada. ¿De acuerdo?

Una enorme sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de la joven. Trini se abalanzó sobre él, apretando su cuello en un abrazo lleno de sentimientos.

—Gracias —susurró junto a su oreja, llenando de dicha a Gregory.

Aunque la reacción de ella lo confundía y más aún, la facilidad con que se estaban resolviendo sus problemas, decidió no complicarse la vida y agradecer a sus oráculos, y al ángel de la guarda de la chica, por concederle esa oportunidad.

Nunca había podido ver con claridad el sendero que debía recorrer, y ahora, con ella entre sus brazos, una luz potente lo alumbraba dándole una visión amplia de su camino. De esa forma sería capaz de iniciar su andar y encontrar ese lugar que tanto había anhelado.

Capítulo 16. El anhelo

En La Costa, los cuatro guerreros se habían reunido en uno de los patios donde se encontraban las bodegas en las que guardaban las semillas de cacao recolectadas, habían realizado inventario de equipos y se disponían a marcharse a sus casas.

—Gregory está en camino, acaba de enviarme un mensaje de texto —comentó Jonathan aproximándose a sus hermanos mientras revisaba su móvil.

—Esa es una buena noticia —dijo Javier—. Así cuatro de nosotros irán a la montaña mientras uno se queda vigilando el trabajo en la cosecha.

—¿Lo echamos a suerte? —bromeó Deibi.

—Cuándo Gregory llegue, lo acordamos —decidió Jonathan—. No viene solo.

Todos lo observaron con recelo. El moreno alzó los hombros con indiferencia.

—Gregory dice que es una amiga, pero enseguida Baudilio me envió un mensaje asegurándome que podría ser la solución a nuestros problemas.

Los guerreros mascullaron maldiciones.

—¿Cuándo se detendrá esta situación? —se quejó Deibi, dando una ojeada cansada a la selva que los rodeaba. Cada vez que a La Costa llegaba alguien nuevo era el preludio de una seguidilla de conflictos que parecía no tener fin.

—Ya hemos pasado por esto en cuatro oportunidades, creo que aprendimos algo —apuntó Jonathan—. Lo mejor es estar unidos y ser comprensibles con él y con su... amiga, aunque venga en un momento inoportuno. —Ninguno se mostró conforme—. ¿Alguien confirmó la noticia de los turistas australianos?

—Aún no los han considerado desaparecidos, no han pasado veinticuatro horas —explicó Gabriel—. Al parecer uno de ellos portaba un reloj con GPS, que hallaron cerca de un acantilado. Están formado grupos para rondar la zona.

—Mary estará en uno de ellos —agregó Deibi.

—¿Irás a la montaña? —quiso saber Jonathan. Su extrañeza se debía a la mala experiencia que la chica había vivido el día anterior con el reaparecido espectro de la bestia.

Deibi se mostró enfadado.

—Ella insiste en que aquello no es peligroso, pero podría ser perturbador para quienes no saben lo que ha ocurrido aquí. Solo quiere evitar más tragedias. No pude convencerla de no ir porque me pareció que es una intención noble, que nos ayuda.

—¿Por qué Mary piensa que no es peligroso? —preguntó Gabriel.

Él no había estado presente la noche anterior, cuando los guerreros se reunieron en casa de Deibi para conversar con la chica de lo que había visto, porque no quiso dejar sola a Rebeca y a Max luego de la confusa sensación que experimentaron ese día.

Aunque la bestia los había abandonado, ellos pudieron captar la presencia de un ente de poder en su región y se apresuraron por ir a su encuentro, pero ya no eran tan rápidos ni ágiles como antes y temía no llegar a tiempo si a ese ser se le ocurría visitar a su familia de nuevo.

—Ella asegura que ese... espectro —aportó Deibi—. No buscaba hacerles daño. Quizás, los acompañaba desde que habían cruzado el río, porque ella sentía que los vigilaban, y cuando los asustó en la montaña, lo hizo porque ellos se habían salido del camino para dirigirse a unas caídas

de agua. Posiblemente esperaba que fueran a otro lugar en esa misma ruta, como si los guiara a algún sitio.

—¿Tienes esa ruta? —consultó Gabriel. Deibi asintió con la cabeza.

—La diseñamos juntos días antes y los líderes la aprobaron por considerarla una zona sin peligros, ideal para senderismo y con unas vistas hermosas de las montañas.

—Acordamos recorrerla juntos —agregó Javier.

—Pudiéramos ir esta noche, con Gregory —propuso Deibi.

—Ya no tenemos a la bestia —reprochó Gabriel—. Si aparece en la oscuridad no tendremos como defendernos ni huir, hemos perdido la mayor parte de nuestros instintos.

—Lo sentimos cuando apareció —insistió Deibi.

—El que hayamos sentido su presencia no quiere decir que nos podamos defender de ella —reflexionó Javier, apoyando las dudas de Gabriel.

—Pero algo tenemos que hacer. Debemos reconocer que las cosas están cambiando de nuevo. —La intervención de Jonathan los silenció a todos e hizo que compartieran una mirada llena de preocupaciones y rabias—. No hemos hablado de eso, pero creo que es hora —continuó el moreno, guardando su móvil dentro del bolsillo de su pantalón.

El resto de los guerreros se mostró insatisfecho.

—Las visiones —dijo Deibi, utilizando un tono de desprecio.

—Sí, es algo que no podemos seguir ignorando —aclaró Jonathan—. Pensamos que eran parte de la memoria susceptible de los habitantes, que quedó luego de todas las tragedias que hemos vivido, pero hay líderes teniendo esas visiones. —Ninguno de los guerreros quiso mirarlo a los ojos, todos se distraían con la selva o mantenían su atención en el suelo, inconformes con aceptar esa nueva señal—. Irma asegura que Albert ha aparecido en su casa en dos oportunidades —comentó en referencia a la esposa del líder Pablo— y hasta Baudilio asegura que su esposa lo ronda desde hace varios días.

—Rebeca ha visto a su padre —aportó Gabriel con el ceño fruncido.

—Jesenia también ha visto a fantasmas caminar por la selva —siguió Jonathan—. Y hasta Isabel ha captado movimientos extraños en tu casa —completó, dirigiéndose a Javier—. Habla de una mujer de pelo largo y negro que se escabulle entre los jardines.

Javier respiró hondo y se envaró apretando los labios. Por la descripción que Isabel le había aportado, él podía suponer que se trataba de su madre fallecida hacía dieciocho años. Eso tenía a William alterado, durmiendo poco para vigilar los alrededores de la casa acompañado de velas encendidas y haciendo oraciones.

—Tenemos que aceptar que algo está pasando y que debemos actuar antes de que se salga de nuestras manos —finalizó Jonathan.

—¿Cómo? —quiso saber Deibi.

—Buscando un encuentro con ese espectro.

—¿Y si no funciona?

Jonathan alzó los hombros y observó con cansancio el suelo.

—No sé. Esperar a que otra cosa ocurra.

Gabriel se irguió y pasó una mano por sus cabellos.

—Eso no. No me quedaré sentado esperando a que llegue otra tragedia.

—Nadie quiere eso —agregó Javier con enfado.

—Entonces, vayamos por ese espectro.

—Hace rato dijiste que no podíamos ir porque no teníamos superpoderes —rebatía Deibi.

—Pero Mary asegura que no hay peligro y creo que es hora de que escuchemos a nuestras mujeres —dedujo Gabriel—. Hemos ido en contra de lo que ellas dicen porque nos hemos creído más sabios al tener a la bestia. Ahora estamos desarmados y peor de vulnerables que ellas.

—¿Peor? —inquirió Javier, confuso.

—¿No lo ves? Ellas tienen visiones, siempre las han tenido, ya sea por sueños, porque las persiguen fantasmas o los malditos criminales que nos quieren dañar. Los oráculos desde un inicio lo han anunciado: ellas son las guías, nosotros solo somos una herramienta.

Por un instante reinó el silencio mientras cada uno rememoraba su propia tragedia y observaba sus propias señales.

—¿Entonces? —quiso saber Deibi.

—Esperemos a Gregory y vayamos a la montaña —propuso Jonathan y, luego de un momento de duda y reflexión, todos aceptaron. No tenían otra estrategia qué seguir.

La recién conquistada paz peligraba. Visiones, presencias y hechos preocupantes y fortuitos, como la pérdida de los turistas extranjeros, amenazaba con romper la rutina que intentaban seguir los guerreros para recuperar la vida en la región.

Si no hacían algo pronto, todo se vendría debajo de nuevo, y ahora estaban desarmados, sería doblemente difícil intentar recobrar la calma.

Ninguno quería aceptarlo, pero todos, de alguna forma, anhelaban a la bestia.

Capítulo 17. La llegada

El auto subía por la empinada carretera zigzagueando entre sus pronunciadas curvas. Trini había iniciado el viaje pegada a la ventanilla, admirando maravillada aquel paraje selvático tapiado por una vegetación muy verde y bañado por una suave niebla.

En cada rincón podía observar la magnificencia de la naturaleza al ver los jardines de helechos mezclados con el colorido de las orquídeas, bromelias y heliconias. Las hojas de palmas se entrelazaban entre sí, dando paso en algunos lugares al crecimiento de enormes bambúes que bordeaban la vía.

Todo era hermoso, un ambiente mágico que parecía transportarte a otro mundo, pero el constante serpenteo de su camino destrozó el estómago de la chica, impidiéndole disfrutar del viaje por culpa de las náuseas.

Gregory tuvo que pedirle al chofer que había contratado para que los llevara a La Costa, que se detuviera unos minutos junto a una pequeña caída de agua que se hallaba junto a la carretera. Trini agradeció el gesto y calmó la tormenta de su estómago jugueteando un rato entre las piedras, mirando extasiada las flores silvestres que crecían entre las grietas.

—¿Te gusta? —preguntó Gregory al observarla tan emocionada.

—Es como en mis sueños.

—¿Soñaste con La Costa?

Aquello le produjo un estremecimiento.

—Mi ángel de la guarda me traía a este lugar. Por eso quise acompañarte.

Él no pudo evitar sorprenderse a pesar de que aquello no debía parecerle extraño. La Costa hacía un efecto mágico en ellos, esas tierras debían estar conectadas no solo a los nativos, sino a los que estaban relacionados con ellos.

—Cuando regresé, hace como seis años, me sucedió igual —confesó él—. Soñaba con estos paisajes, a pesar de que salí de aquí cuando tuve un año de edad, y nunca más regresé.

—¿Por qué? —preguntó y se acercó a él para observarlo con curiosidad. Gregory miraba la caída de agua, aunque en realidad, no la apreciaba, estaba sumido en sus recuerdos.

—Mi madre salió de aquí luego de una tragedia que se llevó a mi padre. No quiso volver por miedo a los recuerdos —mintió en parte.

Su madre no solo había temido a los recuerdos, sino a las posibles represalias de los cazadores que atacaron a las bestias en aquella fiesta realizada en el hotel más fastuoso de la zona. Pensaba que regresarían para terminar su trabajo, pues no habían acabado con toda la sociedad, sino con gran parte de sus integrantes.

—Al menos, tú sabes de dónde provienes. Mi madre jamás quiso hablarme de mi padre.

Él la miró con atención.

—¿Nunca le preguntaste?

Ella resopló con enfado y pasó a su lado para regresar al auto.

—Siempre, pero ella esquivaba el tema con cualquier excusa y en ocasiones se volvía agresiva para que no la interrogara, hasta que me cansé. Quise aprovechar la conexión que tengo con los muertos y con mi ángel de la guarda para encontrar alguna pista, pero no fue posible. Ni los espíritus tienen idea de quien fue el hombre que me engendró.

Gregory la siguió pensativo, nada sabía de su padre, porque lo había perdido siendo muy pequeño, y lo que le contaban los demás nunca le pareció suficiente, pero al menos, conocía algo de él, tenía unas cuantas fotos y otros recuerdos que dejó en La Costa. No haber tenido noticias habría sido más desalentador.

—Algunas veces he pensado que soy fruto de una violación o algo por el estilo, por la negativa de mi madre a hablarme del asunto —siguió la chica—. O tal vez sea la hija de un espíritu maligno capaz de engendrar vida en sus amantes vivas. —Se giró hacia él sin detenerse para que él pudiera apreciar la mueca macabra que ella hacía para dar énfasis a lo que diría a continuación—. Soy hija del demonio —canturreó—. La niña maldita escapada del infierno.

Su risa tenebrosa produjo un aleteo de emociones en el pecho de Gregory, que le causó placer. Trini se dio vuelta para seguir hasta el auto, pero él corrió para alcanzarla y hablarle al oído.

—¿Qué te hace pensar que escapaste del infierno?

Ella se detuvo al estremecerse por esas palabras, por el cosquilleo que produjo en su oreja y en todo su organismo, endureciendo sus pezones y humectando sus partes íntimas. Lo observó con precaución mientras él pasaba a su lado, con una sonrisa de superioridad marcada en el rostro y una mirada hambrienta.

Gregory no le dijo nada más, subió al auto y dejó la puerta abierta para que ella entrara. Trini había quedado inmóvil, con las piernas débiles por la descarga de ansiedad que sus palabras y su postura le habían ocasionado.

Recordó la amenaza que él le hizo el día en que ella lo abordó y le dio un golpe en el rostro: «Ya estoy en el infierno, preciosa. Y tú, también». Aquella promesa no solo era seductora, sino que lograba infundir miedo. Recordó a la bestia que ella intentó sacar de su alma y que al parecer, aún se hallaba invadiéndolo; también rememoró el rugido de la bestia que aparecía en sus sueños y que la perseguía por una selva similar a la que ahora la rodeaba.

Como una tonta, quizás había terminado cayendo en el infierno al emprender aquel viaje, dejándose llevar por los demonios que la rondaban.

Miró a Gregory, su perfil varonil y atractivo, y sintió de nuevo un cosquilleo de placer en su organismo. Si aquel debía ser su patíbulo, llegaba gustosa a cumplir con su condena.

Con una sonrisa subió al auto, ubicándose a su lado para emprender la aventura.

Llegaron a la casa de Javier, donde ya sabía que estarían reunidos sus hermanos, y bajó con la chica siendo recibidos por todos.

Mientras Gregory hacía las presentaciones, Trini observaba con atención a los cuatro guerreros. Todos poseían a su alrededor la misma aura oscura que le había visto a Gregory, aunque no se notaba muy amplia. Era evidente que no estaban enfadados en ese momento.

Se sintió temerosa, pero disimuló su estado manteniéndose junto al chico. Jesenia, con su actitud alegre, procuró hacerla entrar en confianza, pero Trini se mostraba tímida, así que decidieron no presionarla. A Gregory le costó alejarse de la chica para reunirse con sus hermanos en el porche y enterarse de lo que había ocurrido en su ausencia, y de la intención de visitar la montaña.

—Puedes dejarla aquí, con Isabel. Ella hará que se sienta a gusto —propuso Javier.

—En realidad, todas se quedarán en la casa, menos Mary, que se reunirá en el pueblo con el equipo que formaron para buscar a los turistas australianos —explicó Jonathan.

Gregory suspiró hondo. No quería dejarla sola la primera noche en que estarían en La Costa, porque la había notado inquieta.

—Estará bien —dijo en broma Deibi y le golpeó un hombro.

—Sí, creo que sí —aceptó algo inseguro, pero no podía eludir aquella tarea. Nunca imaginó que las cosas en sus tierras volvieran a complicarse.

Capítulo 18. Repique de tambores

Trini se esforzaba por ser sociable, pero las ansiedades le impedían estarse quieta en aquella casa. Isabel y Rebeca se desvivían por Max, el niño era juguetón, quería tomar todo e ir a todos lados, y ellas lo seguían. Jesenia era de esas chicas que siempre tenían algo que hacer, cuando no hablaba por teléfono, hurgaba en el clóset de Isabel probándose las prendas que llamaban su atención, buscaba a William para preguntarle un millón de cosas, o iba a la cocina a preparar bebidas para todos.

Las veía ir y venir mientras ella estaba sentada en el borde de la cama, hojeando un libro que Isabel tenía sobre una mesita de noche. Era una versión ilustrada de *Mujercitas*.

Gregory se había marchado con sus hermanos a resolver un problema y, aunque hubiera preferido estar con él, debía dejarlo atender sus asuntos, a eso había ido el chico a La Costa. Pero ella no quería quedarse allí, deseaba salir, conocer esas tierras que tanta curiosidad le despertaba. Su ángel de la guarda solía mostrarle escenarios de ese lugar, paisajes que deseaba conocer en persona.

—¿Puedo ir al jardín? —preguntó a Isabel mientras esta alzaba los objetos que el niño había tomado de su cómoda y lanzó al suelo.

—Seguro, corazón —dijo algo apenada, por no poder atenderla como era debido.

La joven se dirigió al exterior controlando sus emociones, el contacto con la selva le hacía palpitar el pecho con energía. Caminó por los alrededores observando todo con gran interés, como pretendiendo hallar pistas entre esa vegetación espesa y rebosante de vida.

Aunque la tarde caía, aún había mucha claridad, por eso Trini se atrevió a transitar los delgados senderos de tierra.

Cuando estuvo lo suficientemente alejada de la casa, se atrevió a salirse del camino y colarse entre enormes arbustos buscando un lugar que pudiera ocultarla. Así, si sus acompañantes venían por ella, no descubriría lo que estaba a punto de hacer.

Se arrodilló frente a un gigantesco árbol, en un espacio que dejaban sus raíces brotadas. Abrió su mochila y sacó de su interior la imagen del arcángel Miguel, el collar de piedras energéticas que había utilizado para liberar a la bestia de Gregory y un par de velas. Quitó los pétalos de unas flores que se hallaban en las cercanías colocándolas en el suelo como si fueran una alfombra y sobre ellas ubicó a su protector rodeado por el collar.

Encendió las velas y realizó oraciones pidiendo su presencia y su guía. Estaba en el lugar que él le había indicado, pero no sabía qué hacer, necesitaba entender cuál era la misión que su ángel le exigía.

Luego de algunos minutos comenzó a escuchar en la lejanía el golpeteo de unos tambores. Eso la inquietó, pero se esforzó por concentrarse en su tarea. Cerró los ojos y oró con mayor ímpetu. Sin embargo, mientras más lo hacía, más cercanos se oía aquel repique.

Trini no pudo evitar que sus manos temblaran por el miedo, ya que eso predecía la proximidad de algún ente sobrenatural y aún no se sentía preparada para recibirlo, pero no cesó en su trabajo, incluyendo ruegos para la protección de su alma.

Pronto el sonido de los tambores se hizo mucho más cercano, ahora parecía que repiqueteaban a su alrededor. Apretó los puños para controlar el miedo al escuchar pisadas, como si varias

personas bailaran y cantaran en círculos teniéndola a ella en medio. No podía reconocer los cantos que entonaban, pues eran en otra lengua, y sentía calor, como si estuviera cerca de una fogata.

A pesar de que el miedo la embargaba, no detuvo sus oraciones, pero tampoco abrió los ojos. Temía ver a los espíritus que la visitaban. La piel se le erizó al sentir plumas que le rozaban la cara mientras se intensificaban los bailes, el canto y la música, más aún cuando uno de ellos comenzó a gritar frases inentendibles.

El aroma a incienso y aceite le llenó las fosas nasales. El calor que antes había experimentado lo sentía más cerca, hasta podía escuchar el crepitar del fuego. Los tambores ahora parecían estar junto a sus orejas, haciéndola saltar con cada golpe.

Un súbito silencio le cortó la respiración. El rugido infernal que se produjo enseguida la hizo gritar y ovillarse asustada, cubriéndose la cabeza con las manos. Sus chillidos aumentaron al oír el romper de un objeto de cristal y sentir que trozos de algo caían sobre ella.

Se sacudió para quitárselos de encima y abrió los ojos aterrada. Miró su alrededor con la piel erizada al captar presencias cercanas, aunque no pudo divisar nada. Las lágrimas le corrían por los ojos mientras suplicaba a su ángel que las alejara y zarandeaba los brazos, porque seguía captando el roce de plumas.

Cuando todo cesó, ella estaba hecha un nudo de nervios. Temblaba y lloraba por el miedo, sin dejar de vigilar los alrededores. Una de las velas había caído e incendiaba la alfombra de hojas quemando la imagen del arcángel.

Al notar lo, ella apagó el pequeño fuego con ayuda de unas ramas y tomó la figura para aferrarla en su pecho, temerosa de que algo extraño apareciera.

El sonido de unos débiles pasos la hizo dirigir su espantada atención hacia unas plantas de hoja ancha. Casi pierde el conocimiento al ver semioculto entre ellas a su protector, o eso creyó en un principio. Él era muy similar a su ángel de la guarda, el mismo que había visto en sueños cuando quiso socorrer a Gregory, pero esta vez no estaba cubierto por una luz azulada, sino que se veía pálido y delgado, y sus ojos se notaban vacíos, sin vida.

Ella quiso preguntarle qué le ocurría, pero la voz se le había atorado en la garganta por el miedo. Volvió a erizarse al oír un gruñido que le recordó a la bestia y la obligó a escudriñar en los alrededores en busca del animal.

Cuando descubrió que no había nada, regresó su atención a la aparición, pero él ya no estaba. Muerta de miedo tomó el collar y escapó corriendo de allí dejando las velas. Por el camino guardó las cosas en su morral y llegó a la casa de los Aldama con las lágrimas humedeciéndole el rostro, cubierta de tierra y hojas.

Isabel la recibió desconcertada y enseguida la atendieron. Las chicas intentaban interrogarla, pero ella no decía ni una sola palabra, temblaba y se mantenía cabizbaja, controlando sus miedos. William la observó con atención, intentando captar en su semblante lo que había ocurrido a la joven.

—Seguro vio un fantasma —aseguró Jesenia, recibiendo miradas reprobatorias de todos.

—O un animal salvaje —aportó Rebeca.

—María Trinidad, ¿quieres decirnos qué ocurrió? —pidió con dulzura Isabel—. ¿Te encontraste con algún animal o viste algo?

La chica seguía muda, mostrándose más perturbada cuando ellos le exigían alguna explicación.

—Déjenla en paz —sentenció William.

Isabel compartió con el hombre una mirada de preocupación. Se puso de pie, excusándose de

que le prepararía un té a la chica para ayudarla a calmarse.

William la siguió a la cocina sabiendo que ella había hecho aquello para hacerle alguna consulta.

—¿Llamo a Gregory?

—No. Lo que haya pasado allá afuera, ya terminó. Ella ahora está segura. No interrumpamos el trabajo de los chicos.

—¿Crees que habrá visto a algún fantasma? —insistió mientras ponía a calentar el agua para el té.

—Pudo haber visto u oído cualquier cosa —se quejó, molesto por la falta de información—. Iré a dar una vuelta para intentar averiguar lo ocurrido. No salgan de la casa y no la pierdas de vista.

—Pero... ¿y si te pasa algo?

—No me va a ocurrir nada. Solo quiero saber qué ocurrió para que ella esté así. De todas formas, si ves que tardo más de una hora, te comunicas con Javier.

Isabel asintió y miró con angustia como el hombre salía al jardín por la puerta de la cocina.

—No la pierdas de vista —fue la última recomendación de Williams antes de marcharse, dejando a Isabel llena de más ansiedades.

Capítulo 19. La bestia

Habían recorrido casi toda la ruta trazada a través de la montaña sin haber visto, oído o sentido algo fuera de lo normal. Los guerreros llegaron a la cima pudiendo observar la magnificencia de un mar interminable por un lado y una cadena de montañas cubiertas de una selva indómita por el otro.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —quiso saber Javier, respirando con resuello.

—¿Este es el final de la ruta? —preguntó Gabriel.

—De la que yo tracé, sí —explicó Deibi—. Pablo me recomendó que no fuera tan larga ni complicada, para que pudiera ser utilizada por senderistas novatos y concediera hermosas vistas. Me pareció que hasta este punto se lograban los objetivos.

—Pero no hay nada. La teoría de que el espectro los quería conducir a algún sitio estratégico donde hubiera un hecho sobrenatural muere aquí —reflexionó Javier.

—No. Este es el final de la ruta trazada por Deibi, no de la ruta del espectro —agregó Jonathan y miró las lejanías. Al pasar las escarpadas montañas se llegaría al otro lado de La Costa, atravesando el pueblo de Turiamo, pero antes debían pasar por las ruinas del viejo hotel. Eso lo hizo arrugar el ceño.

—Tendremos que sumergirnos en las montañas —propuso Gabriel, ubicándose frente a sus hermanos para recorrer también con la mirada los profundos valles y los picos nublados—. Pero sin la bestia, para nosotros será peligroso.

Gregory apretó los labios al recordar que se había olvidado de contarles ese pequeño detalle, que él sentía de nuevo a la bestia dentro de su interior, aunque no había probado si ella lo dominaba como antes.

—O podemos provocarlo. —Todos observaron a Jonathan con curiosidad—. Mary supone que el espectro se enfadó porque ellos se habían salido del camino y los obligó a volver a él. Si hacemos lo mismo, conoceremos sus intenciones. Deberíamos tomar un camino equivocado.

—¿Y cómo sabemos cuál es el correcto? —inquirió Deibi—. Hasta este punto parece que vamos bien, pero... ¿el espectro prefiere la izquierda, o la derecha, o que sigamos recto? —dijo señalando con una mano la vía que mencionaba.

—Podríamos separarnos —propuso Javier.

—Somos cinco, si hacemos tres grupos alguien tendrá que ir solo —rebató Jonathan.

—Y repito, no tenemos a la bestia. Si estamos juntos podemos ayudarnos —recordó Gabriel.

—O regresamos un poco y nos salimos de este camino. —Todos giraron hacia Gregory al escuchar su intervención. El chico se había sentado en una roca tras ellos mientras los veía discutir—. Creo que la prioridad sería conocer a qué nos enfrentamos, antes de seguir. Hasta aquí conocemos a la perfección la vía y sabemos que no tiene riesgos. Como dice Gabriel, ya no tenemos a la bestia, continuar podría ser peligroso. Tal vez más adelante haya un foso humeante como el que hizo el demonio en la cima de aquella montaña, donde quedamos encerrados, o nos guíe hasta un grupo rezagado de la banda Yoruba, quienes nos esperan con escopetas cargadas de dardos envenenados. Somos vulnerables. Incluso una caída aparatosa de esta montaña podría matarnos.

El silencio reinó un instante mientras evaluaban aquella propuesta.

—Me parece lógico —aportó Jonathan.

—¿Y si el espectro conoce nuestras intenciones y decide no caer en nuestra trampa? —dedujo Deibi—. Podría estar escuchándonos ahora —completó, observando con precaución los alrededores. Gabriel lo imitó, pero Javier resopló molesto y compartió una mirada insatisfecha con Jonathan.

—Me ofrezco voluntario —exclamó Gregory, al ver que no se tomaban decisiones y él quería terminar cuanto antes con aquella tarea para regresar con Trini.

Se puso de pie y regresó por el camino bajando unos cuantos metros mientras sus hermanos lo observaban con atención, hasta que fue interceptado por una fuerza que salió de manera imprevista de la tierra y le golpeó el pecho haciéndolo volar por los aires hasta caer a los pies de sus hermanos.

Todos corrieron hacia él, impactados por lo ocurrido y temiendo que se hubiera hecho daño por aquella violenta caída.

—¡Gregory! ¡¿Estás bien?! —preguntó Jonathan mientras entre todos lo evaluaban para hallar alguna herida.

Sin embargo, tuvieron que alejarse al notar que el chico gruñía y sus ojos se aclaraban anunciando la aparición de la bestia.

—¡Mierda! —exclamó Javier antes de que Deibi lo tomara por la camisa y lo apartara de un empujón. Gregory comenzaba a transformarse.

Jonathan y Gabriel lograron ponerse de pie y correr un par de metros antes de que la bestia tomara la humanidad del chico y se lanzara hacia la selva en busca de su atacante.

—¿Qué...? —Deibi estaba tan contrariado que no sabía qué preguntar. Los cuatro guerreros quedaron inertes observando como la vegetación se agitaba por el paso de la bestia, que corría persiguiendo algo.

La bestia acosó al espectro mientras este atravesaba las montañas, lo siguió muy de cerca y hasta logró darle algunos fuertes golpes con sus garras. Al ser ambos espíritus del inframundo, era posible que se tocaran.

Al atravesar un valle poblado de inmensos árboles, la bestia pudo alcanzar a su enemigo enzarzándose con él en un duelo sangriento, que destruía todo a su paso. Sin embargo, el espectro pudo escapar y continuar su huida. La bestia, sedienta de venganza, no pensó abandonarlo hasta expulsarlo de sus tierras.

Los guerreros, luego de superar la sorpresa inicial que los había invadido por el ataque del espectro y la transformación de Gregory, recuperaron la movilidad y decidieron regresar con rapidez a la casa para avisar de lo ocurrido a los líderes.

No sabían si la bestia de su hermano sería capaz de acabar con aquel fenómeno, o si por el contrario, este la dañaría a ella, poniendo en peligro la vida del chico. Aunque ellos sentían leves movimientos de la bestia en su interior, aquello no era suficiente para que tomara su humanidad y ayudar a Gregory. Él estaba solo, a merced de aquel espíritu del que no sabían nada.

Todos corrieron bajando la montaña, ahogados en la ansiedad y el desespero. Si lo perdían a él también, sería un golpe casi mortal para toda la sociedad.

Llegaron sin aliento a la casa, hallando a William en el porche que miraba con preocupación a la selva. Él también había sentido la aparición de la bestia.

—¿Qué ocurrió?! —quiso saber al verlos aparecer.

—Gregory... se transformó... —trató de expresar Javier en medio de una respiración dificultosa—. Va tras él...

William no necesitó más explicaciones, enseguida comprendió la gravedad del asunto y entró para comunicarse con los líderes.

Trini escuchó el ajetreo y salió al porche esperando hallar a Gregory entre los hombres que habían llegado y se encontraban tumbados en el suelo, recuperando el aliento socorridos por las mujeres.

—¿Dónde está? —preguntó a todos al notar que solo Gregory faltaba. Los guerreros la vieron con preocupación, pero ninguno respondió.

Ella oteó la selva con el terror marcado en las pupilas, esperando que él saliera de algún escondite, pero eso no ocurrió.

—¿Dime dónde está? ¿Dime dónde está? —murmuró a su ángel de la guarda, pero Jonathan pensó que hablaba con ellos.

—Se quedó en la montaña, persigue a un sujeto que... —Su intención había sido decirle una mentira que pudiera explicar su desaparición para así, tranquilizarla, inventando la presencia de un malhechor al que le estaban siguiendo la pista, pero la chica no había atendido sus palabras y caminó al centro del jardín con su mirada fija en la selva, que se agitaba por el paso de una brisa repentina.

La noche comenzaba a caer, cubriendo con lentitud a La Costa con sus sombras.

—Dime dónde está. Apiádate de tu esclava. Dime dónde está —repetía como un mantra y sacó del interior de su blusa el medallón con forma de jaguar y la medalla de arcángel Miguel para apretarla en su puño—. Dime dónde está. Llévame a su lado. Dime dónde está. Te lo suplico, mi protector.

Todos observaban extrañados como la brisa aumentaba la rapidez de su paso frente a ellos y como la chica cerraba con fuerza los ojos y estiraba su mano libre al cielo para tocarla.

—¡Dime dónde está! ¡Apiádate de tu esclava! ¡Dime dónde está y acepta mi insignificante ofrenda!

Ninguno podía salir de su asombro al percibir como ahora el viento rodeaba a la chica en una especie de tornado leve, levantando polvo y hojas. Williams salió de la casa luego de comunicarse con Pablo y al ver aquel extraño fenómeno, quedó con la boca abierta.

Trini no podía sentir lo que ocurría a su alrededor porque su mente había sido tomada por su espíritu protector. El arcángel la guio por la selva y ella lo siguió presurosa, esquivando la vegetación que parecía crecer dirigiendo sus tentáculos hacia el sendero que transitaba con intención de atraparla y detenerla. Al atravesar una densa bruma lo vio, como en aquel sueño que una vez tuvo y la había empujado a buscarlo.

Él se hallaba tumbado en el suelo y con el rostro húmedo por el llanto, de cara al cielo. Su profundo dolor atormentaba también su alma. Ella sabía que sufría y anhelaba socorrerlo.

Miró los alrededores para recordar el lugar, detallando los restos derribados y humeantes y las decenas de fantasmas con rostro agobiados que extendían sus manos hacia ella pidiendo auxilio. Retrocedió nerviosa, pero al escuchar los tambores, los mismos que habían retumbado cuando estuvo orando a su ángel minutos antes, soltó los medallones queriendo despertar.

Como por arte de magia el viento cesó. Trini recuperó el aliento y vio como la mano que había estado apretando los medallones sangraba. Respiró hondo y encaró a quienes la seguían observando con asombro desde el porche de la casa.

—Una construcción en ruinas, cubierta por hollín, se quemaba y olía a muerte —comenzó a describir. A medida que lo hacía, todos asumían semblantes horrorizados—. Está en medio de la selva y hay fantasmas. Mucha gente murió en ese lugar y...

—Maldita sea. —La intervención de Deibi la silenció—. El viejo hotel —dijo el guerrero en dirección a sus hermanos. Los hombres asumieron una expresión dura.

—Vamos por él —sentenció Jonathan y enseguida se movieron para subir todos al auto del guerrero y dirigirse a la zona de La Costa que más odiaban y donde habían ocurrido infinidad de tragedias.

—¡Quiero ir! —pidió Trini, pero William la detuvo.

—No. Deja que vayan ellos. Si algo sucede, solo tú podrás ayudarnos.

La chica lo observó con miedo y desesperanza, con los ojos inundados por amargas lágrimas que le amellaban el corazón. Sin embargo, no insistió. Miró como los hombres se marchaban rogando internamente a su ángel protector que cubriera a Gregory con su manto y velara por él.

Capítulo 20. Latiendo al mismo compás

Williams le había asignado una habitación para que Trini pudiera descansar. Aunque la chica se controlaba y aparentaba estar tranquila, en su mirada él pudo captar angustia y ansiedad. Además, así la tendría vigilada. Temía que escapara de casa para hacer alguna otra trastada.

En su paseo por los alrededores descubrió los restos del altar incendiado y al ver el truco de magia que la joven había llevado a cabo para encontrar a Gregory, podía suponer que tenía experiencia en hechicería, una práctica que a la sociedad le había traído innumerables problemas en el pasado. Lo mejor era no perderla de vista.

Cuando llegaron los guerreros, ella salió de la habitación y bajó las escaleras a las carreras, lanzándose a los brazos de Gregory. A simple vista, él se notaba perfecto, no tenía ni un rasguño, pero su semblante estaba abatido.

Al percibir su decaimiento, Williams recomendó a la pareja de jóvenes que subieran a la habitación. El día había sido muy largo y ellos ni siquiera habían podido recuperarse del viaje a La Costa. Trini y Gregory lo obedecieron y enseguida subieron las escaleras. Abajo quedaron los guerreros y las mujeres con el líder.

—¿Y? —preguntó William cuando los chicos habían desaparecido y mientras el resto se dirigía a la sala para sentarse con cansancio en los sillones.

—Lo encontramos en la vía, regresando al pueblo. No llegamos al viejo hotel —explicó Jonathan, sin dejar de abrazar a Jesenia—. Dice que luego de que el espectro lo dirigió a ese lugar desapareció, perdiendo a la bestia al dejar de captar el peligro.

—La bestia —repitió Williams confundido—. ¿Cómo es posible que él haya podido transformarse y ustedes no?

—Nos dijo que Trini tiene que ver en ese asunto —refirió Javier, que se había acostado en un sofá con la cabeza en las piernas de Isabel, para que ella lo consintiera con caricias.

—¿Y no le preguntaron nada más? Pienso que es importante...

—Se encontró con Albert. —Deibi interrumpió la intervención de Williams, el líder lo observó con estupor.

—Con su fantasma —aclaró Gabriel, abrazando de forma protectora a su hijo y con Rebeca aferrada a su cintura—. Cuando perdió a la bestia en el viejo hotel, él estaba allí.

Williams se frotó el rostro con ambas manos.

—Son muchos los avistamientos —comentó en referencia a la constante presencia de fantasmas que se había producido esos días en la región—. ¿Ocurrió algo más?

—Está perturbado —agregó Jonathan—. Encontrarse con Albert fue un golpe duro, así que preferimos esperar a que se calmara para interrogarlo. Sabes lo mucho que lo ha afectado su muerte.

—Llamaré a Pablo y a Baudilio —dijo el líder con postura agotada—. Creo que es hora de reunir al consejo —habló mientras se dirigía a su despacho.

Los guerreros compartieron una mirada preocupada antes de despedirse y marcharse, acordando reunirse a la mañana siguiente en la cosecha y conversar con Gregory.

En la habitación, Trini estaba acostada de lado, frente a él. Le acariciaba con suavidad la mandíbula delineando con un dedo sus formas. Él se mantenía en silencio, con la mirada perdida

en la nada. Físicamente se notaba sano, pero ella sabía que algo turbaba su mente.

—¿No vas a decirme qué ocurrió?

Gregory dirigió la mirada hacia ella, abrigándola con su calor.

—Soy descendiente de guerreros indígenas que hace cientos de años despertaron a un espíritu del inframundo para defenderse de un conquistador. El pacto consistía en que recibirían su fuerza a cambio de que protegieran a estas tierras y a su gente por siempre. Ya han pasado varias generaciones luego de eso, la bestia ha pasado por cada uno de nosotros consagrándonos a esta región. Mi padre la tuvo, por eso yo la poseo desde niño revelándose en mi adolescencia, y estará conmigo mientras mi condición física pueda soportarla.

Ella arqueó las cejas, mostrándose impresionada.

—Por eso, mi hechizo no funcionó.

—Sí lo hizo —confesó, tomándola de las manos—. Desde hace un tiempo estamos siendo atacados por personas y agrupaciones que quieren apoderarse de nuestra empresa y de nuestra bestia. Unos para enriquecerse, otros para hacerse poderosos. Hace unos meses fuimos emboscados en la montaña y agredidos por un demonio, perdimos a la bestia, o eso creímos. Desde hace unas semanas comenzamos a sentirla de nuevo, pero ella no podía tomar nuestra humanidad. Tú la liberaste de esa prisión, regresándola a mi alma.

—Vaya —exclamó la chica sin poder salir de su asombro—. ¿Eso fue bueno o malo?

Gregory suspiró hondo.

—Podría ser bueno. Hoy nos topamos con un espíritu igual de poderoso a nuestra bestia. Sin ella no tenemos como defendernos.

Trini apretó el ceño.

—Suelo sentir presencias malignas y no he captado nada en La Costa.

Ahora fue él quien se mostró confundido, pero al recordar la imagen delgada y afligida de su hermano Albert y su extraña petición: «tráela», su semblante se ensombreció de nuevo. Él sufría, su mirada vacía y la mano que estiraba, como suplicando ayuda, se lo confirmaba.

—No quiero que vuelvas a ponerte triste —rogó Trini, y se incorporó para captar por completo su atención.

Se apoyó en un brazo para mirarlo desde arriba mientras su mano repasaba todo el contorno de la cara del joven. Gregory cerró los ojos y suspiró por la delicia del roce. La piel que recibía aquel sutil contacto le cosquilleaba.

Aquello era tan perfecto y tan dulce que no podía interrumpirlo. Sus sentidos se enfocaron en el camino que trazaban esos dedos, que fueron bajando por la mandíbula, hasta rodear el borde del cuello de su camisa de franela.

Para Trini, era primera vez que se atrevía a tocar a un hombre de esa manera, a pesar de haberlo deseado. Ellos siempre la miraban con recelo por las costumbres esotéricas de su madre y por su propia actitud esquiva, pero esa ocasión era diferente. Lo que le atraía de Gregory no solo era su belleza física, sino también, la ternura que él le transmitía a través de sus modales y de su trato. No se había acercado a ella con intención de aprovecharse de sus dones, o burlarse de ellos, lo hizo por genuina curiosidad hacia su persona, pretendiendo una amistad.

Eso la emocionaba, pues no había obtenido un trato similar, ni siquiera, de su propia familia, y comprendió que le hacía falta estar junto a alguien con quien pudiera sentirse a gusto, pero además, despertaba en ella un deseo inusitado, tanto por él, como por todo lo que lo rodeaba.

Acarició su pecho sintiendo la respiración profunda y acompasada que el joven tenía, imaginando al espíritu de la bestia morando dentro. Un ramalazo de celos la agobió. Aquel ser

podía fundirse con él y formar juntos una misma esencia, ella deseaba lograr una intimidad similar, una unión completa e indivisible.

Bajó la cabeza para acercar los labios a los del joven y acariciarlos con sutiles besos. Apretaba uno de ellos entre los suyos, sorbiéndolo para que la punta de su lengua lo alcanzara. Cuando la lengua de Gregory quiso colarse en su interior, Trini le dio paso. Inclínó aún más la cabeza para que ambas pudieran entrelazarse y formar parte de un mismo baile erótico, uno que absorbiera los gemidos.

Gregory tuvo que abandonar su actitud pasiva y alzó las manos tomándola por la cabeza para desatar la furia que aquel apasionado beso le había producido. Su cuerpo se tensó por el deseo, así que decidió incorporarse y cambiar de posiciones, colocándola a ella sobre el colchón. No solo besó y mordió sus labios, también lo hizo con la mandíbula y el cuello de la chica, llenándola de atenciones mientras la escuchaba jadear por el placer.

Trini experimentó un dolor agobiante en sus partes íntimas, al tiempo que en su vientre estallaban cientos de crisálidas dejando en libertad a mariposas que aletearon con fuerza y generaron un tornado de emociones. Estaba tan sensible que cuando él apresó uno de sus senos en su mano y lo apretó pellizcando el pezón por encima de la tela de la blusa, ella emitió un grito ahogado que desató el vendaval que se gestaba en su interior.

—Te deseo... no puedo controlarme... —gimió Gregory, besando de nuevo sus labios. Pensó que le había hecho daño al tocarla de esa forma tan íntima.

—No te detengas... o moriré... —exclamó ella entre suspiros.

Gregory se degustó con la mirada embriagada y empañada en deseo de la chica, y sonrió con satisfacción.

—No te dejaré morir —aseguró, hundiéndose de nuevo en su boca.

Sin poder contener sus ganas por explorarla, comenzó a mover sus manos por todo el cuerpo de ella, acariciando cada tramo y liberándolo de ropa. Al tenerla desnuda, sumergió sus dedos entre el vello púbico que descansaba entre sus piernas, hasta alcanzar su centro, que frotó con la punta de su dedo medio.

Trini sintió como si las sábanas se hubiesen encendido calcinándola con un fuego devorador. Jadeó, impactada, pues aquellas sensaciones tan vivas y salvajes que se producían en su cuerpo por aquel leve roce, eran tan poderosas que amenazaban con hacerla enloquecer.

Sus ojos se llenaron de lágrimas que no pudo contener. Gregory, al sentir las, la observó con rostro enfebrecido.

—¿Te duele? —susurró sobre la mejilla de ella, sin dejar de acariciarla. Ella negó con la cabeza mientras respiraba con la boca abierta—. ¿Y si te hago esto? —preguntó, antes de hundir con sutileza el dedo en el interior de la chica, que estaba empapado.

Ella dejó de respirar, pero sonrió por el exquisito placer.

—¿Eres virgen? —quiso saber Gregory al verla tan sonrojada y ahogada en un goce infinito con solo el toque de sus dedos.

Ella solo pudo asentir con la cabeza, dedicándole una mirada afectada por el miedo y la súplica. No quería que él se defraudara y detuviera aquel momento tan sublime, pero lo que el joven hizo fue sonreír con satisfacción.

—Mi bella virgen —susurró, y chupó sus labios—, mi bella y hechicera virgen —repitió, antes de llevar su dedo más adentro a la vez que su lengua invadía la boca de ella, tragándose el gemido sonoro que la chica emitió ante la doble invasión.

Por un buen rato la atormentó acariciando sus labios vaginales y su clítoris, penetrándola con

acometidas lentas y profundas, que la hicieron llorar por el placer. Luego, rebuscó en su billetera un preservativo, se lo colocó rápido y se ubicó sobre ella frotando con delicadeza su pene erguido en su centro, hundiéndolo de a poco, esperando a que se adaptara a esa nueva experiencia.

Ella le arañó los brazos mientras le rogaba por más, con los párpados y los labios temblando por cada profunda acometida, que le resultaba deliciosa y tomaba posesión de todo su ser de una forma más gloriosa y plácida que cuando lo hacían los espíritus.

Quería vivir allí, por siempre con él. Fundirse en un solo cuerpo, logrando una unión perfecta y excitante.

Él se vació dentro de ella, al mismo tiempo en que ella se descargó en él, liberando a su organismo de esa pasión que se le había acumulado dentro del alma, desde el día en que lo había conocido.

Un grito ahogado selló aquel pacto de amor y sudor, que ni los ángeles, ni los oráculos podían mejorar. Se transformaron en dos cuerpos sedientos y erizados que conformarían desde ese momento una misma alma, con un par de corazones hinchados por las satisfacciones, que latirían a un mismo compás.

Capítulo 21. Una dura prueba

A primera hora de la mañana, Trini se sentía adolorida, pero feliz. Lo que había experimentado la noche anterior había sido tan trascendental, que cambió su manera de ver la vida. Ya no se mostraba tímida o escurridiza con el resto de los miembros de la casa de los Aldama, sino que se animaba a sonreír y escuchar con atención las conversaciones de Isabel sobre la universidad y la buena noticia que había recibido al ser aceptado su tema para la tesis final que le permitiría alcanzar el grado de Licenciada en Informática.

Ahora tendría que comenzar a trabajar en ello, al igual que Jesenia. Ambos proyectos estarían centrados en La Costa y en la posibilidad de hacer crecer la actividad tecnológica en aquella región golpeada por las circunstancias.

A menos, la noticia sirvió para relajar los ánimos de todos durante el desayuno, por los hechos ocurridos el día anterior. Los guerreros acordaron reunirse en la cosecha luego de supervisar las actividades, para hablar sobre el espectro y la recuperada capacidad de Gregory al transformarse en la bestia. Sentían especial curiosidad por la explicación que él les daría.

Trini se despidió del joven en el porche de la casa acordando verse a la hora de la comida, él le prometió darle luego un paseo por la región para que conociera sus hermosos paisajes.

—Ella quedará en buenas manos —aseguró una voz masculina tras Gregory. El chico suspiró al reconocerla.

Se giró y quedó frente a Baudilio, que se acercaba a él sonriendo con una extraña emoción.

—Ayer me dejaste plantado —reprochó el líder—. Había preparado un budín de pan para compartirlo con ustedes.

La chica lo observó con curiosidad. Gregory se rascó la cabeza sintiéndose incómodo.

—Disculpa. Al llegar a La Costa, mis hermanos enseguida me arrastraron a la montaña y luego de eso... se me olvidó ir a tu casa. Pasaron algunas cosas —dijo a medias, dejando la idea en el aire porque aún no sabía cómo describir lo ocurrido el día anterior, mucho menos, sintetizarlo en pocas palabras.

—Sí, lo supe. Por eso traje el budín para compartirlo con mi nueva amiga mientras tú estás en el trabajo, lo tengo en el auto. —Tanto Gregory como Trini lo observaron con los ojos muy abiertos—. Vengo a servirte de distracción mientras él no está —dijo en dirección a la chica—. Isabel debe comenzar a trabajar en el tema de su tesis con Jesenia y Williams asistirá a una reunión con el Alcalde en representación de la sociedad. Nadie podrá atenderte como lo mereces.

Los chicos se mostraron contrariados un instante, compartieron una mirada y sonrieron aceptando su destino.

—Acordamos que esta tarde la llevaría a la playa a comer pescado frito a la orilla del mar —comentó Gregory para justificar que iría por ella apenas lograra librarse de sus compromisos.

—Suena delicioso, entonces, me comprometo a no permitirle comer más de dos trozos de budín para que tenga estómago para el pescado.

Trini aceptó con ánimo el plan y entró a las carreras a la casa en busca de su bandolera para ir con Baudilio. Al quedar solos, Gregory se acercó al líder.

—¿Qué pretendes?

—¿Yo? —preguntó el hombre con fingida inocencia.

—Te conozco, tramas algo. Nunca sueles compartir tus budines de pan.

El líder resopló con fastidio.

—No soy tan egoísta. Bastante que te dejé robarme grandes trozos cuando vivías conmigo, haciéndote creer que no lo notaba. ¿O no lo recuerdas? —El guerrero lo miró con los ojos entrecerrados. Baudilio volvió a resoplar y golpeó la madera del porche con su bastón—. No seas tan desconfiado, solo quiero ayudarla.

—¿A qué?

—A entender su misión.

—¿De qué hablas?

—Ella no está aquí por casualidad. —Ambos compartieron una mirada irascible—. Esa chica no solo está ligada a ti, sino a La Costa. Es parte de nosotros. Los poderes que posee no son simples trucos de espiritismo que le enseñó su madre, son parte de su herencia.

—¿De qué hablas? Trini no pertenece a la sociedad.

—Eso no lo sabemos.

—¿Qué te hace suponerlo?

—Lo ocurrido ayer —respondió el líder, pero tuvo que respirar hondo para llenarse de valor y continuar su explicación—. Los oráculos hablan de ella y... los muertos.

Gregory se mostró intrigado.

—¿Qué muertos?

—¡Nuestros muertos! —asentó el hombre con enfado—. ¿Por qué aparecen ahora y no lo hicieron antes? Algo va a pasar, o está pasando, y María Trinidad es la clave.

—No puedes asegurar eso.

—Yo no, pero los muertos sí. ¿O no recuerdas lo que viste ayer en el viejo hotel? —Gregory se tensó al recordar el rostro atribulado de Albert, que lo observaba desde la distancia, suplicante y sufriente, pidiéndole que llevara a alguien a ese lugar—. Yo también los veo, muchacho. Vienen en las noches y rodean mi casa —confesó el líder con la mirada llena de desesperación—. Nunca había visto tal cosa y eso me produce pánico y ansiedad. Mi esposa está entre ellos y la veo sufrir una gran pena. Algo no los deja descansar en paz.

—Maldita sea —masculló Gregory, sobrepasado por las dificultades—. ¿Y qué puede hacer Trini por ellos?

—No sé. Eso es lo que voy a averiguar hoy.

—¿Cómo? ¿A dónde la llevarás?

—A casa de Pablo.

—¿De Pablo? ¿Por qué?

—Porque así me lo pidieron los espíritus.

Gregory no pudo preguntarle nada más al líder porque Trini llegó en ese instante, preparada para marcharse.

Se despidieron con besos y abrazos, prometiendo encontrarse pronto. Gregory encerró el rostro de ella entre sus manos y apoyó su frente en la de la chica para aspirar su aroma y bañarse los labios con la calidez de su aliento.

—Te voy a extrañar —le dijo.

—Y yo a ti.

—Si te sientes incómoda, envíame un mensaje de texto e iré a buscarte.

Ella sonrió y le rodeó la cintura con sus brazos.

—Tranquilo, todo estará bien.

Él la miró con atención, extrañado por la repentina confianza de ella. En vez de mostrarse arisca con Baudilio, a quien veía por primera vez y pretendía llevársela toda una mañana a un lugar que para la joven era desconocido, se mostraba complacida con la aventura.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

Trini se mordió el labio inferior antes de responderle.

—Mi ángel de la guarda se me apareció en sueños anoche y me aseguró de que hoy será un día importante.

Gregory no supo qué responder. Tanto los espíritus de Baudilio como el ángel de la guarda de la chica le ponían los nervios de punta.

—¿Y confías en ese ángel?

—Totalmente. Él me llevó a ti y tú has sido lo más maravilloso que ha ocurrido en mi vida.

Fue imposible rebatir esa afirmación, pues él se sentía igual de satisfecho por haberla encontrado. Por ese golpe en la mandíbula que ella le dio días atrás, que lo ayudó a poner los pies en la tierra y desprenderse de sus utopías, y por haberlo obligado a enfrentarse a sus propios miedos e inseguridades, sacándolo de su zona de confort para encarar a su realidad.

Él más que nadie estaba feliz de tenerla a su lado, pero tenía miedo, porque sabía que los peligros que acechaban a La Costa no eran fáciles de asimilar y temía seguir perdiendo.

La abrazó con fuerza y la besó en los labios con una pasión renovada antes de despedirse y mirar con ansiedad como ella subía al auto de Baudilio para marcharse.

—Vamos —le indicó Javier, palmeándole un hombro para sacarlo de su idilio—. Sé que es difícil desprenderse, pero todos necesitamos atravesar nuestras pruebas. Te lo digo con experiencia.

Después de decirle aquello subió a su auto. Gregory lo siguió recordando las angustias que vivió su hermano cuando Isabel se vio involucrada en los conflictos en La Costa. Esa ocasión, había sido muy difícil para todos, y él esperaba que Trini no tuviera que pasar por un peligro similar, ya que no estaba preparado para superar esa dura prueba.

Capítulo 22. Una noticia perturbadora

Baudilio estuvo muy conversador por todo el camino, interrogando a la chica sobre su familia y su vida en Caracas. Ella le relataba medias verdades, manteniendo ocultas muchas cosas que no deseaba que se conocieran en La Costa. Como la afición de su madre por la hechicería, solo la describía como una bruja novata adicta a las cartas, y mentía sobre su padre asegurando que Rafael Parra, quien en realidad era el padre de su hermano Luis Alberto y no el de ella, era dueño de la flota de autobuses en la que trabajaba y se pasaba semanas haciendo viajes por toda Venezuela viéndolo poco.

La chica nunca imaginó que aquel viejo descendiente de indígenas, cojo de una pierna y de aspecto desaliñado, tenía más contactos que el servicio de inteligencia nacional, más aún, en la capital. El hombre guardaba en su privilegiada memoria todos los datos que ella inocentemente le aportaba para luego hacer sus propias averiguaciones, pues se había obsesionado con la joven y deseaba saber su verdadero origen.

Cuando llegaron a la casa de Pablo, Baudilio se dirigió con la chica hacia el hogar curioso por los collares que apenas se le veían a través del cuello de la blusa. Algunos eran de semillas y diminutos caparazones de almejas, esos eran propios de los santeros, pero ellos no solían vestirse completamente de negro, como lo hacía ella, a menos, que ya hubieran alcanzado un grado alto de espiritualidad. Cosa que dudaba que ocurriera con Trini por su corta edad. No sabía cómo pedirle que le hablara de ellos y se los mostrara. Podía sentir una energía especial recorriéndola entera y estaba seguro que provenía de allí, de algún talismán que llevara consigo o algo por el estilo.

Al abrirse la puerta, el líder sonrió con amplitud al ver la mirada sorprendida de Pablo y la forma cálida en que Trini lo observó.

—Ella es María Trinidad, nuestra nueva amiga —dijo satisfecho. A Pablo le costó unos segundos reaccionar y extender hacia ella su mano.

—Bienvenida —la saludó con una sonrisa, antes de darle paso a su casa.

Trini lo veía todo maravillada e inspiró hondo para llenarse los pulmones con el fresco aroma a flores recién cortadas que había dentro de la casa, que se mezclaba con el dulzor que salía de la cocina. De allí apareció una mujer menuda y de cabellos cortos muy rubios, cuyo semblante maternal a la joven le produjo un estremecimiento.

—¿Ella es María Trinidad? —quiso saber y se acercó para acariciarle los cabellos.

Trini no podía parar de sonreír. La ternura que aquel par de ancianos le inspiraba le resultaba tan reconfortante que pronto se sintió muy a gusto con ellos, perdiendo todo rastro de timidez o recelo.

La llevaron a la cocina para que probara unos exquisitos bombones caseros de chocolate y coco que Irma estaba realizando. Ella misma había procesado las semillas de cacao crudo que cosechaba la sociedad, tostándolo y machacándolo con un mortero, y preparando la pasta que luego transformaría en delicioso chocolate.

No tuvo reparo en relatarle a Trini todo el proceso y hacerle probar bombones rellenos de almendras, frutas confitadas o almíbar de frutas, que tenía guardados en su alacena. Era fanática de la preparación casera de ese producto.

Mientras la joven se degustaba con los bombones y con el budín de pan que había llevado

Baudilio, los líderes aprovecharon para reunirse a solas en el despacho.

—¿Qué has sabido de esa niña? —preguntó Pablo lleno de curiosidad. La chica había despertado en él muchas emociones, pudiendo notar que lo mismo había ocurrido en su esposa, como si Trini les recordara a alguien muy cercano a ellos.

—Aún nada, pero tengo muchos datos que confirmaré y desconfirmaré luego de realizar unas llamadas.

—¿Y sobre el hechizo de liberación de la bestia? ¿O sobre el que hizo ayer en la casa de William para saber dónde estaba Gregory?

—No le he preguntado sobre eso, ¡la acabo de conocer! No quiero que me tenga miedo.

—Pero necesitamos esa información —insistió Pablo, asumiendo un semblante preocupado.

—Lo sé, pero no nos podemos desesperar. Ella va a actuar por cuenta propia, los espíritus así me lo indicaron.

Pablo resopló, fastidiado y ansioso, mientras Baudilio sacaba una libreta de anotaciones de su bandolera en busca de los números telefónicos de sus contactos en la capital.

—Espíritus —repitió Pablo con cansancio—. ¿Te he dicho que Irma casi no puede dormir porque sueña con Albert, hasta cree verlo en el jardín con rostro afligido.

—Sí, me lo contó Williams. Él está en las mismas condiciones, porque Isabel dice ver a una mujer de pelo largo y negro rondar la casa. William le mostró una fotografía de su esposa y la chica la reconoció, eso lo tiene de cabeza. Jesenia también ve cosas, y Rebeca y Mary.

—Todas las mujeres.

—Sí, solo falta María Trinidad. Estoy seguro que ella será la clave para resolver este nuevo dilema.

Pablo respiró hondo y se sentó en su butaca para relajarse mientras Baudilio hacía las llamadas que tenía pendientes. En pocos minutos, el líder había descubierto mucho de Trini.

—Bueno, Rafael Parra no es dueño de la flota de autobuses, sino un empleado de mal carácter y de costumbres toscas que, a pesar de su personalidad desagradable, es responsable con su trabajo —relató Baudilio—. Posee varias denuncias por estafa, ya que además es fanático de las apuestas, y solo tiene un hijo, hermano de María Trinidad. Ella es la primera hija de su madre, Malena Hinojosa.

Pablo, que había estado escuchando la narración del líder con semblante exhausto, de pronto se mostró sorprendido, irguiéndose en la butaca.

—¿Malena Hinojosa? —Aquel nombre le produjo un estallido de emociones en su interior. Baudilio sonrió.

—Sí. Una mujer que al parecer, llegó a Caracas proveniente de La Costa, acompañada de un hermano que murió víctima del hampa y con una madre anciana que falleció hacía muchos años y era bruja. —Pablo observaba estupefacto a Baudilio. A medida de que el líder avanzaba en su historia, él se iba poniendo de pie y su rostro tomaba una tonalidad pálida—. Malena aprendió las prácticas de su madre, actualmente es espiritista y dicen que de las buenas.

—Malena Hinojosa... —repitió Pablo en un hilo de voz.

Baudilio se acercó a él sabiendo lo mucho que aquella información le afectaba, pero, para bien de todos en La Costa, aclaraba gran parte de sus dudas y sospechas.

—Sabía que esa chica tenía una relación con nosotros.

—Baudilio, no...

El líder no podía hablar, ya que la sorpresa le había alterado los nervios y le impedía expresarse.

—Tranquilo, amigo. Siéntate —le indicó y lo ayudó a hacerlo. Rebuscó en su bandolera hasta hallar unas cápsulas transparentes guardadas en una bolsita—. Tómala —pidió, y extendió una hacia el hombre un vaso con agua que se encontraba sobre el escritorio.

Con dificultad, Pablo lo hizo.

—No le digas a Irma. Tenemos que estar seguros —expresó con suavidad y frotándose el pecho.

—Cuenta con eso, intentaré encontrar todos esos datos hoy mismo.

—¿Qué edad tiene la chica?

—No sé. Tiene cara de dieciocho años, ¿no crees? —dijo socarrón. Pablo puso los ojos en blanco—. Es joven, rubia, de ojos oscuros, posee sonrisa angelical y mirada nerviosa... ¿a quién te recuerda?

Pablo apoyó los codos en el escritorio y hundió la cabeza entre sus manos. El agotamiento que minutos antes sentía le había aumentado de forma exponencial.

Baudilio le palmeó un hombro y se ubicó de nuevo en su puesto para seguir realizando llamadas. Debía confirmar todas sus sospechas antes de dictaminar alguna sentencia.

En la cocina, Irma estaba encantada con la joven. Trini no paraba de hablar, contándole sobre sus comidas favoritas y los manjares de coco y parchita que cocinaba su madre, sus preferidos.

—¿Tú madre siempre te prepara comidas especiales?

El rostro de Trini perdió su alegría al recordar a Malena. Irma lo notó, pero no hizo ningún comentario. Se ocupó de guardar en cajas los bombones que había realizado esa mañana y obsequiaría a varios de sus amigos en el pueblo.

—No siempre. Solo los hace por alguna fecha especial.

—¿Cómo por tu cumpleaños?

—Ummm, sí —mintió, cabizbaja, logrando que la mujer comenzara a conocer sus reacciones.

En realidad, Malena se afanaba por hacer recetas especiales cuando deseaba seducir a Rafael. Momentos que ella aprovechaba para tomar un trozo de sus comidas favoritas.

—Tú mamá parece una persona agradable. Seguro te quiere mucho y le gusta consentirte —siguió Irma para obtener más información de la chica.

El rostro molesto que Trini asumió y su resoplido hastiado, le dijo todo lo que deseaba saber: María Trinidad no recibía atenciones ni cariño de su madre.

—Mi hermano trabajó con un hombre que distribuía golosinas en varios negocios de Caracas —confesó la chica cambiando violentamente de conversación, lo que afianzaba la conclusión hecha por Irma—. A veces llevaba algunas a la casa, entre ellas, había unas almendras cubiertas de chocolate negro que se hacen aquí en La Costa. ¡Me encantan!

—¿Las *Nature's*? —preguntó Irma con una sonrisa. La chica asintió, emocionada—. Esa empresa es internacional, pero el cacao que utilizan para hacer sus productos es nuestro —comentó con orgullo—. Pero, ¿no dijiste que tu hermano era un chico de catorce años? ¿No es algo joven para trabajar? A esa edad hay que formarse muy bien.

Trini de nuevo perdió la sonrisa y alzó los hombros con indiferencia.

—En vacaciones suele hacer algunos trabajitos menores, ya sabe, para ganar algo de dinero y comprar sus propias cosas.

Irma la observó con atención mientras la chica jugueteaba con un capacillo de bombones que había sobrado. Escondía su mirada por vergüenza. La mujer podía notar el drama familiar que envolvía a la joven, y que por alguna extraña razón que desconocía, se sentía muy interesada en entender para ayudarla.

—¿Qué otros postres prepara con el cacao que cosechan? —quiso saber Trini, pues sabía que aquello animaba a la mujer a hablar y así la alejaba de los temas relacionados con su familia.

Le avergonzaba hablar de su madre y del poco cariño que ella le tenía, o de su hermano, que odiaba estudiar y trabajaba, y robaba, para pagar las drogas que consumía. Quería además evitar que la mujer le preguntara por su padre, no tenía estómago para inventar cosas buenas de Rafael Parra, ese era su límite. Prefería oírla hablar a ella, con ese tono de voz tan dulce que le producía sensaciones conmovedoras.

Aquella hermosa mujer era el ideal de madre con el que siempre había soñado.

—Iré a buscar el libro de recetas en el que registro todo lo que he hecho —informó Irma con renovado entusiasmo y se apresuró por ir a su habitación en busca del objeto para mostrárselo a la chica.

Trini volvió a sonreír al notar que aquel tema la llenaba de dicha. Era evidente que a la mujer le apasionaba la cocina, sobre todo, la preparación de alimentos con aquel cacao que describía como un fruto exquisito y mágico.

Sentía una profunda necesidad por saber todo de él y probar los platos que esa mujer preparaba.

Capítulo 23. El plan

Al quedar sola en la cocina, se dirigió a la sala para curiosear un poco y conocer a esa pareja de ancianos que tanta bondad le transmitían. Miró con interés la cantidad de ornamentos que adornaban las paredes y las repisas, las hermosas flores naturales que desprendían olores relajantes y los cuadros con oleos de paisajes playeros.

Le llamó la atención una placa redondeada de cobre del tamaño de un plato de postre ubicada en un estante, que poseía tallada la figura de un jaguar. Se sorprendió al reconocer que tenía la misma forma del que su madre le había regalado hacía tiempo y llevaba colgado del cuello: el talismán que protegía a su alma de espíritus malignos.

Se aproximó a él y acarició con un dedo su perfil. No podía explicar la casualidad de haber hallado ese objeto en ese lugar. Siguió hurgando en el estante, pero su sangre se congeló al llegar a un grupo de fotografías enmarcadas.

Un frío mortal le recorrió el cuerpo, perturbándola. Las dos imágenes que resaltaban en ese grupo eran la de dos hombres sonrientes. Uno de ellos era joven, pero la fotografía parecía antigua. Sus cabellos rubios y su mirada oscura la paralizaron, haciendo temblar de forma involuntaria sus piernas. Con los ojos llenos de lágrimas vio al otro, un hombre que parecía de más edad, pero, por la calidad de la imagen, era evidente que había sido tomada más reciente. Su aspecto físico era similar al primero, aunque con algunas marcadas diferencias.

Ella retrocedió, estupefacta, y se cubrió con una mano los medallones que le colgaban del pecho y estaban ocultos bajo su blusa.

—No... —exclamó en un hilo de voz, ahogada por el miedo y el desconcierto.

Se obligó a apartar la mirada de esas fotografías para recuperar la compostura, pues no quería que nadie la descubriera. No sabía cómo explicar lo que le ocurría. Con una mano temblorosa se tapó la boca para forzar a su respiración agitada a calmarse, al lograrlo, regresó sus ojos aterrados a las fotos, clavando su atención en la del hombre que estaba retratado en la antigua: ese era su ángel de la guarda, el arcángel Miguel.

Era el mismo hombre que se le aparecía en sueños y cuando ella lo invocaba. Quien la guiaba y aconsejaba desde niña.

Respiró hondo y pestañeó varias veces para borrar sus lágrimas. Escuchó voces en un pasillo, era Irma consultándole algo a Pablo antes de ir a su encuentro. Se apresuró por tomar la fotografía antigua y abrir el marco para sacar la imagen, luego volvió a dejarlo en el estante. Dobló la foto y se la guardó dentro de la blusa.

—No consigo los libros, ¿se los habré prestado a Claudia? —preguntó Irma a su esposo, refiriéndose a la tía de Deibi.

—No sé, mujer. ¿Por qué no la llamas?

Al entrar en la sala y hallar a Trini observándolos con expresión atónita, Irma se angustió.

—¿Te ocurre algo, mi niña? —quiso saber, acercándose con rapidez a ella y tomándola de la mano, que descubrió tan fría como el hielo y frotó para devolverle algo de calor.

A la chica la aturdió aquél interés. Estaba acostumbrada a que nadie se preocupara de lo que le acontecía.

—Yo... necesito ir al baño —dijo de manera repentina y se tocó con una mano la panza

logrando que Irma se apresurara por cumplir su necesidad.

Pablo y Baudilio se apartaron para que ellas pasaran al pasillo. Luego compartieron una mirada inquieta.

—¿Qué hacemos? —consultó Pablo.

—Esperemos a que Gregory venga a buscarla. —Miro su reloj de pulsera después de decir eso—. Pronto estará aquí, luego iré al pueblo y buscaré información sobre Rosa Hinojosa y su hija Malena.

Pablo asintió con lentitud, angustiado por el rumbo que estaba tomando aquella historia. Se encaminó a la cocina y Baudilio, antes de seguirlo, dio un repaso a toda la sala. Podía jurar que lo que había visto en la cara de la joven no era una expresión producida por un dolor abdominal, aquél fue un rostro aterrado, preso de la incertidumbre.

Al llegar al estante y hallar el marco vacío sonrió complacido. Faltaba la fotografía de Miguel Robles, el hijo mayor de Pablo y de Irma, quien falleció dieciocho años atrás bajo las llamas que se produjeron en el viejo hotel.

Ese hallazgo no se lo notificó a Pablo. Su amigo había quedado demasiado perturbado con lo que ya habían averiguado sobre Malena Hinojosa. Se mantuvo en silencio estudiando el nuevo comportamiento de Trini, quien ahora se notaba tímida y escurridiza.

Irma se afanaba por atenderla lo mejor posible, pero era evidente que algo había ocurrido a la joven para que cambiara por completo su actitud. Pablo no captaba aquel comportamiento por estar sumido en sus pensamientos, dando de vez en cuando ojeadas hacia la chica, descubriendo en ella similitudes que lo alarmaban aún más.

Cuando Gregory llegó, todos respiraron aliviados.

—¿Estás bien? —preguntó él al notar el semblante acongojado de Trini.

—Por favor, sácame de aquí —pidió ella, aumentando su desconcierto.

Gregory la subió al auto de Deibi, que el guerrero le había prestado para llevar de paseo a la chica, luego le indicó que esperara porque debía consultarle algo a Baudilio.

Se acercó al líder cuando este ya había subido a su vehículo. Apoyó los brazos en la ventanilla para estar a la altura del hombre y poder hablar con él de manera confidencial.

—¿Qué pasó?

Baudilio respiró hondo.

—Mucho. Pasó mucho.

—¿Por qué ella está así?

—Yo también quisiera saberlo. Su cambio fue repentino. Todo marchaba bien, ella se sentía muy a gusto con Irma, pero de pronto, todo cambio. Cuando la dejamos sola unos segundos. —El líder observó al guerrero con fijeza—. Te llamaré esta noche y me contarás lo que hablaron.

Gregory apretó el ceño.

—¿Por qué?

—Ella va a preguntarte cosas. Se interesará por un tema en específico. Quiero saber cuál será. Con eso, puedo armar el rompecabezas.

—Yo también quiero armar ese rompecabezas.

Baudilio apretó el ceño.

—Si eres lo suficientemente inteligente, te enterarás de todo antes que yo.

Gregory resopló y se irguió alejándose de la ventanilla.

—Maldita sea, Baudilio, ¿no es más fácil decirme con exactitud qué ocurre? Así podré ayudarte.

—¿Y hacer menos emocionante esta historia? —El líder negó con la cabeza mientras encendía su auto. Gregory apretó la mandíbula—. Ella está aquí por algo, muchacho. No solo por seguirte, estoy seguro de que algo la empujó a venir a La Costa. —El guerrero se tensó. Recordó lo que ella le había contado sobre su ángel de la guarda, que él la llevaba en sueños a esas tierras, despertando su curiosidad. Por eso la chica quiso acompañarlo. También recordó que había sido ese mismo ángel quien le indicó que ese día sería especial, por ese motivo ella había aceptado de buen agrado el paseo con Baudilio—. Eso será importante para resolver muchas de nuestras interrogantes y encontrar una solución a nuestros problemas.

Gregory dio un paso atrás para dejar que el auto de Baudilio saliera al camino, luego lanzó una mirada hacia Pablo e Irma, notándolos agobiados. Pablo compartió con él una mirada significativa, que llenó aún más de dudas al chico.

Se despidió con el movimiento de una mano y entró a la camioneta para llevar a Trini a recorrer La Costa. Tenía poco tiempo para sacarle la información que requería Baudilio y convencerla del plan que había trazado con sus hermanos en la reunión que habían mantenido esa mañana.

Ellos los esperarían en la montaña, dispuestos a soportar cualquier cosa para recuperar a la bestia.

Capítulo 24. ¿Quién eres en realidad?

Caminaron por la playa con los pies descalzos y los pantalones arremangados hasta la rodilla. Como nota mental, Trini estableció que para próximas visitas al mar iría vestida de otro color. La ropa negra resultaba incómoda con el ardiente sol.

Sin embargo, pudo disfrutar de las hermosas vistas y de la brisa indomable. El suave romper de las olas en aquella arena color crema producía una espuma blanca que le hacía cosquillas en la planta de los pies. Una sensación que le fascinaba.

Gregory la llevó hasta un restaurante ubicado junto al muelle, a pocos pasos del agua, sumido entre altas palmeras que los cubría con una reconfortante sombra. Sentados en una especie de picnic sobre la arena comieron el delicioso pescado frito que él le había prometido y degustaron una ensalada de mango, aguacate y rúcula. Como postre, la chica se devoró una exquisita conserva de coco servida en una hoja de naranja, que a su juicio, era más deliciosa y acaramelada que las que elaboraba su madre.

Tanto el ambiente, como los sabores, los olores y la compañía, influían en la chica para serenarla de los impactantes momentos que había vivido en la casa del líder Pablo. Ahora descansaba en los brazos de Gregory, recostada en su pecho sobre una hamaca, meciéndose con suavidad mientras admiraba las bellezas de aquella playa caribeña.

—Si tenemos tiempo mañana, te compraré un traje de baño y vendremos de nuevo al mar.

—Es más hermoso de lo que imaginé —reconoció la joven conmovida. No era la primera vez que lo veía, ya había tenido oportunidad de conocer las playas de otras regiones del país, pero desde que su ángel le había mostrado las bondades de La Costa, ella buscaba en internet información de aquella región y se dejaba encandilar con la majestuosidad de sus paisajes.

Recordar a su ángel le trajo a la memoria lo ocurrido en la casa del líder Pablo. La imagen del joven de la fotografía antigua ocupó todos sus pensamientos y la llenó de temores.

—Greg.

—Dime —respondió él, soñoliento.

—Ese señor... Pablo... y su esposa —comenzó a preguntar con indecisión, pues no sabía cómo obtener información del joven de la foto—, ¿siempre fueron una pareja sola?

Gregory respiró hondo y abrió los ojos hacia las palmeras mientras una sombra de tristeza y rabia le empañaba la mirada. El recuerdo de su hermano Albert le vino a la memoria.

—No. Tuvieron dos hijos.

Ella se mordió los labios al recordar las fotografías de los dos jóvenes.

—¿Tuvieron? Es decir, ellos ya no están.

—El mayor falleció hace muchos años y el otro... hace poco —le costó culminar.

Aunque aquella información aclaraba un poco las dudas de Trini, pues el joven de la foto antigua debió ser el hijo mayor, igualmente la perturbaba. La apariencia de ese chico era muy similar a la de su protector. Se parecía tanto, que le causaba estremecimientos. El otro, el de la foto más reciente, era el que había visto en sus sueños de hacía pocos días. El que la acompañaba a aquella construcción consumida por el fuego, donde se podía escuchar los rugidos de la bestia, y a quien se encontró en la selva el día en el que llegó e invocó a su ángel de la guarda, asustándola.

Gregory sintió su estremecimiento y enseguida le acarició el brazo apretándola más en su

abrazo.

—¿Estás bien?

Ella se acurrucó más a él, aspirando su hipnótico aroma. Introdujo una mano bajo su camisa para acariciar el camino de vellos que le bajaba del pecho al ombligo y seguía, perdiéndose bajo la cinturilla del pantalón.

Él volvió a cerrar los ojos apoyando su boca en la cabeza de ella, embriagándose con su olor y fascinado por las caricias.

—Sí, es solo... esa pareja es muy dulce, sobre todo, Irma. Lamento que estén tan solos.

—Aquí en La Costa, todos han estado muy pendientes de ellos.

—Pero no es lo mismo. Perder a dos hijos... ¿ellos eran los únicos?

—Sí —respondió en medio de un suspiro.

—Y, ¿cuándo ocurrió?

Gregory volvió a llenarse los pulmones de aire antes de responderle, sin modificar su postura, sintiendo el tierno roce de ella en su estómago.

—Miguel, el mayor, murió hace dieciocho años, en medio de un incendio. —Ella disimuló la conmoción que le produjo su explicación. «Miguel», ese nombre se quedó clavado en su mente, era igual al de su arcángel protector—. Y Albert... murió hace un año aproximadamente... también en un incendio.

Para esa última información, él utilizó un tono de voz grave y afligido que demostró el dolor que lo embargaba. Trini se conmovió entendiendo que aquello le dolía, que quizás ese joven podía haber sido cercano a su chico. Aumentó sus caricias, pero esta vez, hacia el pecho de Gregory. Pudo captar un movimiento sutil bajo su piel y, aunque le extrañó, no hizo ningún comentario, solo pensó en la bestia que habitaba dentro de su alma y alzó la cabeza para llegar hasta sus labios y darle un beso reconfortante.

Su mayor preocupación eran las emociones de él. Anhelaba consolarlo.

Sin embargo, al tocar el centro del pecho del joven, captó un calor que la contrarió, justo en el momento en que los labios de ambos se unieron.

Una serie de imágenes se pasearon por su cabeza, abrumándola, de la misma manera en que había ocurrido la primera vez en que Gregory la tocó.

Esta vez, fue de una pelea sanguinaria, con cuerpos destrozados regados a su alrededor y con mucha sangre bañándolos. Luego estuvo en una cabaña en llamas, niños llorando en los alrededores y Jesenia herida, corriendo hacia el interior de la vivienda.

«¡Jesenia!», al escuchar aquel grito, giró el rostro y lo vio. Era el hombre de sus sueños recientes, el que se parecía a su ángel, el hijo de Pablo e Irma que había muerto hacía un año. «¡Albert, no! ¡La casa se derrumba!», ella se estremeció al oír a Gregory y verlo desesperado corriendo tras el joven. Lo siguió, temiendo que le ocurriera algo malo, pero no alcanzó a entrar en la cabaña. Gregory salía con Jesenia y con una niña en brazos.

Vio como las colocaba lejos del incendio y corría de regreso a la vivienda, pero esta se vino abajo como si hubiera estado construida por delgadas láminas de cartón. «¡NO!», el grito desgarrador de Gregory le amelló los tímpanos y se mezcló con un fiero rugido de rabia y dolor. Cerró los ojos con fuerza y se cubrió las orejas para soportarlo, al abrirlos, ya no estaba en la cabaña, sino en la construcción consumida por el fuego que una vez protagonizó sus sueños.

Gregory se levantaba del suelo, mirando acongojado una imagen semioculta tras un tronco hueco y grueso, que humeaba en su interior. Era él, el mismo que había fallecido en el incendio de la cabaña, pero en esa ocasión, parecía un espíritu cubierto por una luz azulada, como solía

presentarse su ángel.

El joven estiró una mano hacia Gregory, aumentando la ansiedad del chico. «Tráela», le pidió, antes de dirigir su mirada vacía hacia ella. Trini emitió un grito ahogado por el terror, pero en ese mismo instante aquella visión finalizaba.

Quiso levantarse, se sentía aturdida por todas esas imágenes, pero le fue imposible. No solo porque era difícil bajarse de la cómoda hamaca, sino porque Gregory la apesó entre sus brazos para evitar que se alejara. Ambos compartieron una mirada sorprendida y confusa mientras sus respiraciones se calmaban.

—¿Qué viste? —quiso saber la chica, era consciente de que él también había tenido visiones por el contacto.

—Tú ángel —exclamó impactado.

Ella amplió los ojos en su máxima expresión.

—¿Qué viste? —insistió, con el miedo palpitando en sus venas.

—Tus sueños... Soñaste con Albert. —Gregory no podía salir de su asombro. Pudo ver el sueño que la joven había tenido en el viejo hotel, rodeada por Albert y por otros miembros de la sociedad que fallecieron en ese lugar—. Y vi a tu ángel... Él acudía a ti cada vez que lo llamabas, desde niña.

Trini salió de los brazos del joven y se esforzó por bajar de la hamaca dando un par de pasos hacia la playa. Los ojos se le empañaron con lágrimas, se sentía invadida, ultrajada. No comprendía por qué se producían aquellas visiones, por qué él tenía el poder de indagar dentro de su cabeza. Se abrazó a su cuerpo, experimentando un estremecimiento que le dejó la piel erizada. Él se ubicó tras ella.

—No puedo entender lo que ocurre —susurró la chica.

—Déjame ayudarte.

—¡No puedes! —Trini se desesperó, no le gustaba no poder controlar sus talentos. Sabía que eso podría ser peligroso y la dejaría vulnerable frente a algún espíritu vengativo.

Gregory la tomó por los hombros y la giró para encararla.

—No eres la única capaz de relacionarte con espíritus. Formo parte de una sociedad que desde hace más de quinientos años depende de ellos para sobrevivir.

Ambos compartieron una mirada afligida.

—Él no es un espíritu, es un ángel. El arcángel más poderoso del cielo —aseguró la chica con un toque de ansiedad en la voz, como tratando de creer ella misma esa afirmación.

—Miguel Robles no es un ángel. Fue un hombre, miembro de esta sociedad, y no comprendo por qué acudía a ti desde que eras pequeña.

Trini se alejó de Gregory dejando que el sufrimiento dominara su semblante. Recordó la fotografía que había robado de la casa del líder Pablo y pudo esconder en su bandolera cuando estuvo sola en el baño, aquella era la imagen de su ángel protector.

—Eso no puede ser posible —exclamó en un hilo de voz.

Capítulo 25. Miedos

Gregory se aproximó y encerró las manos de la chica entre las suyas, para infundirle calor y calma. Deseaba aplacar sus nervios.

—Déjame ayudarte a averiguar el motivo por el que estás relacionada con Miguel Robles. Quizás sea por eso que soñaste con Albert. Ellos eran hermanos.

Trini negó con la cabeza.

—Es un ángel, él tomaba mi cuerpo...

—Los ángeles no participan en posesiones. —Gregory la silencio, enfadado por la terquedad de ella—. Tu madre es experta en estos temas, debió explicártelo.

—¡Mi madre me aseguró que él era mi protector! —exclamó apartándose. Gregory apretó el ceño, confundido.

—¿Tu madre sabe de esas apariciones?

—Sí. Por eso ella me consagró a su cuidado, me entregó la imagen del arcángel para que le sirviera con oraciones y me dio una medalla como protección.

Al decir eso último, Trini sacó los collares que tenía colgados del cuello y estaban escondidos bajo su blusa, para enseñarle a Gregory la medalla del arcángel Miguel. El medallón del jaguar también quedó a la vista, haciendo que el chico se sintiera más contrariado.

—¿Sabes que esa figura es un símbolo de nuestra sociedad? —Ella miró los collares desconcertada, fijándose en el talismán—. La bestia que llevamos dentro es el espíritu indomable de un jaguar, en eso nos transformamos cuando ella toma nuestra humanidad. —La chica lo observó estupefacta—. Nuestros ancestros portaban medallones con esa misma figura como protección, o tenían en sus casas cualquier tipo de objeto que hiciera referencia a ese felino. Fue el símbolo que nos identificó por muchos años. Yo tengo una talla de madera de casi un metro de largo con el jaguar pintado en oro. Eso ha pasado en mi familia de generación en generación, desde hace muchas décadas.

Ella recordó la placa de cobre que vio en la casa de Pablo, que poseía la misma figura que su medallón.

—Y las piedras que la rodean es un talismán que ha protegido nuestras almas de los demonios que han acechado a esta sociedad —explicó en referencia al cuarzo transparente—. ¿Por qué tu madre te dio eso y por qué tu protector es el espíritu de un miembro de nuestra sociedad?

Ella se sintió derrotada. Se sentó en la arena con las piernas cruzadas y rebuscó en el interior de su bandolera. Gregory se ubicó a su lado, viendo como ella sacaba una foto doblada y la estiraba para apreciar con pena la imagen retratada.

—¿De dónde sacaste eso? —quiso saber, al descubrir que era una vieja fotografía de Miguel Robles.

—La robé de la casa de Pablo. —El chico apretó los labios comprendiendo el motivo por el que la había encontrado afligida—. Me asusté cuando la vi. Este es mi ángel. Él me guio hasta ti y me animó a acompañarte.

—¿Nunca habías escuchado hablar de Miguel Robles?

Trini negó con la cabeza.

—Es perturbador.

—Sí que lo es —masculló Gregory, lanzando una mirada cansada al mar.

—Tampoco de Albert. —Él se estremeció al escuchar ese nombre. Trini le tomó una mano y le acarició el dorso—. Vi cómo murió cuando te toqué. —Gregory dirigió hacia ella sus ojos ahogados en lágrimas, pero tensos por la rabia—. Lo siento. También pude ver lo que te pidió en aquel lugar... ese es el mismo sitio de mis sueños.

—Allí fue donde murió Miguel Robles.

Sin darse cuenta, Trini estaba llorando. Lo supo al sentir dos lágrimas bajando por sus mejillas que Gregory secó con sus dedos.

—Albert quiere que yo vaya a ese lugar.

Gregory respiró hondo y la abrazó, para calmar los terrores que ella mostraba en su semblante y en su cuerpo estremecido.

—No lo haremos hasta averiguar el por qué —dictaminó, molesto.

No pensaba exponerla sin conocer los pormenores del asunto. En ese lugar las fuerzas del mal se habían desatado en innumerables ocasiones y ellos no poseían todas las herramientas para defenderse. El único que tenía a la bestia era él.

Recordó que sus hermanos le habían pedido que la convenciera de que los ayudara a recuperar a la bestia, pero para eso ella tendría que dejarse poseer por su ángel de la guarda, que al parecer, no era ningún arcángel, sino el espíritu de un fallecido.

No quería arriesgarla hasta no conocer la razón por la que Miguel Robles estaba ligado a ella y qué quería de la chica.

Prefirió no tocar más el tema para calmarla. Se la llevó a dar un paseo por la cosecha y mostrarle con orgullo el trabajo que realizaban. La dirigió al río, llenándola de besos y abrazos para serenarle los nervios. Atravesaron a pie una plantación de café y plátano, disfrutando de la naturaleza y de su silencio, aprovechando para tocarse y besarse como si no hubiera un mañana.

A los pies de un enorme árbol de raíces brotadas, cayeron envueltos en caricias. La ropa de ambos comenzó a desaparecer, aunque no alcanzaron a estar del todo desnudos ya que sus ansias juveniles no les permitían soportar tanto.

Él sacó el último preservativo que llevaba en su billetera y lo aprovechó para desahogar sus instintos sobre la grama. Ninguno podía esperar para estar en un sitio más cómodo, las ansias por amarse eran demasiado poderosas.

La penetró con sutileza sin desviar la mirada de sus ojos oscuros y enamorados, detallando como la chica gemía de placer con cada estocada. Aquella había sido una de las tantas imágenes que había visto el día en que se tocaron por primera vez, ese rostro embriagado, borracho de amor y de placeres. Un placer que le estaba prodigando él y que a sí mismo le generaba una marea de sentimientos y satisfacciones que le robaban la cordura.

Tocó el cielo entre los brazos y las piernas de aquella chica, y tuvo que aferrarla fuerte porque ella también había volado, elevada por el goce que solo Gregory le hacía experimentar, sin juzgarla, sin someterla, sin burlarse de alguna de sus facetas. Con él podía ser ella misma, sin limitaciones ni cohibiciones.

Luego de recuperar la calma, se vistieron y se quedaron un rato más sentados sobre las raíces de aquel árbol, testigo mudo de la pasión que se había desatado a sus pies. Gregory la ubicó sobre sus piernas, con una mano le acariciaba la cintura y con la otra sostenía una de las de ella, que frotaba en su rostro y le daba besos tenues.

—¿Cómo haremos para saber sobre mi ángel?

Él sonrió, satisfecho porque ella comenzaba a involucrarlo en sus planes.

—Voy a hablar con Baudilio para que nos ayude. Él tiene muchos contactos.

Ella suspiró y recordó lo que había vivido en la casa del líder Pablo, del disfrute de la bondad y la alegría de Irma y de la sonrisa apacible del líder. Le habría gustado estar más tiempo allí, acompañada por ellos, donde podía sentir paz y amor, pero al hallar la fotografía de su ángel se asustó. Nunca imaginó que lo encontraría en esa región. Quizás por eso él había insistido en que la visitara.

—Hubo algo más que vi en las imágenes que pasaron por mi mente, cuando nos besamos —reveló Gregory, llamando de nuevo su atención.

—¿Qué? —preguntó ella, preocupada.

—Tu madre no sabe que estás aquí, conmigo. —Trini suspiró con agotamiento y bajó los hombros con derrota—. ¿Por qué escapaste de tu casa?

—A ella no le importa si estoy aquí o no.

—Entonces, ¿por qué saliste escondida? —interrogó, recordando las imágenes de la chica guardando con rapidez algo de ropa en un morral y tomando la imagen de su arcángel y otras cosas de que se hallaban sobre el altar. Luego salió a hurtadillas para que nadie notara su partida. Su madre había estado en la cocina con su marido y su hermano en el patio trasero fumando marihuana con otros dos sujetos.

—Yo no le importo, pero me niega toda relación con La Costa. Muchas veces le he hablado de mi ángel y de las cosas que él me hace ver y, aunque me obliga a que lo obedezca y le rinda honores, me relata horrores de este lugar, apoyándose en las noticias que han salido por televisión. Cuando supo que me estaba acercando a ti, se puso rabiosa, pero al saber que había sido por petición de mi ángel, lo aceptó aunque poniéndome miles de condiciones y enseñándome hechizos para resguardar mi alma del demonio. Por eso me fui sin decir nada, no quería soportar sus advertencias y predicciones fatalistas.

—¿Y no crees que ella vendrá a buscarte?

—No —dijo con nostalgia y con la mirada perdida en la nada—. Esperé muchos años a que ella hiciera algo como eso y nunca pasó. Dudo que lo haga ahora.

Gregory prefirió cambiar el tema para no volver a entristecerla.

—Y tú, ¿tuviste alguna otra visión aparte de... la muerte de Albert? —le costó decir.

Ella lo observó con el miedo marcado en las pupilas.

—Vi lo que hacía la bestia. —Gregory se tensó—. La forma en que asesina y acaba con sus víctimas, la sangre y la muerte que deja a su paso. Es horrible —finalizó con un hilo de voz.

Él no pudo decirle nada, solo apretó los labios con enfado antes de motivarla a ponerse de pie y regresar al auto. La bestia era un poder inigualable, pero el sacrificio que se pagaba al tenerla resultaba muy caro. Ser testigo de su capacidad de destrucción, sin poder hacer nada para detenerlo, fue lo que llevó a los guerreros a no desearla, debilitándolos cuando se acercó el enemigo.

Sus hermanos estaban decididos a rescatarla para solventar los nuevos peligros sobrenaturales que amenazaban a La Costa y a la sociedad, pero muy en el fondo preferían tenerla lejos, porque el dolor y la culpa que les quedaba luego de su «venganza», los acababa cada día.

Ansiaban detener aquel pacto, para que no siguiera afectándolos a ellos ni a los suyos.

Capítulo 26. La orden de los espíritus

Los guerreros esperaban a Gregory en un claro en medio de la montaña. Se extrañaron al ver que su hermano no aparecía, pero sí el viejo Fiat de Baudilio.

El líder llegó a ellos y bajó con una gran sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Tenemos fiesta?

Todos resoplaron menos Deibi, que se carcajeó, divertido.

—¿Trajiste ron?

—Tengo un poco de aguardiente en el maletero. Si vas por unos cocos, te preparé un licor que te hará tocar las estrellas. Traje las especias indicadas para eso.

Deibi aumentó las carcajadas, pero el resto apretó aún más el ceño.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Gregory? —preguntó Jonathan.

—Sé paciente, muchacho —dijo, sentándose con cansancio en una roca junto a Gabriel—. Pronto llegará, sin María Trinidad, pero con noticias.

—¿Y eso lo sabes porque lo viste en tus caracoles? —inquirió Javier con ironía.

—No. Él me llamó y me lo dijo. —Baudilio y Deibi rieron. El resto negó con la cabeza aunque no pudieron evitar sonreír—. ¿Están aquí para hacer alguna travesura?

Los guerreros compartieron una mirada, pero ninguno se animó a confesarle a Baudilio sobre su plan con Trini hasta no hablar con Gregory. Estaban decididos a someterse al hechizo que fuera necesario para recuperar a la bestia y así evitar a tiempo otra tragedia en La Costa.

—Hallamos viejos altares en la selva —comentó Jonathan para dirigir el tema hacia otro asunto y no delatarse.

—¿Hay más?

—Son los hechos por los de la secta Yoruba hace meses. Tienen partes de cuerpos humanos en descomposición.

Baudilio apretó el ceño.

—No limpiamos las montañas, esos hechizos siguen allí, activos. Hay que eliminarlos. Quizás es eso lo que está molestando a nuestros espíritus. Esas partes humanas deben ser trozos de los niños asesinados. Debemos sepultarlos.

Un silencio amargo fluyó en el grupo al despertar recuerdos, rabias y dolores que se esforzaban por superar. No pudieron seguir conversando del asunto porque vieron la Nissan Frontier de Deibi aparecer en el camino. Gregory llegaba solo y su rostro contrariado no presagiaba buenas nuevas.

—¿Trini no aceptó nuestra propuesta? —quiso saber Jonathan cuando él llegó hasta donde se encontraban.

Gregory respiró hondo antes de sentarse sobre una piedra chata. Se mantuvo pensativo un instante, analizando cómo les explicaría a sus hermanos la situación de Trini y qué información debía exigirle al líder para aclarar sus dudas.

—Esta mañana, mientras nosotros estuvimos en la cosecha, a Trini le ocurrió algo que la dejó muy perturbada. Luego, durante nuestro paseo por la playa, sucedió otro hecho que me llenó de más dudas y temores. No quise hablarle de nuestro plan hasta no conversar el asunto con ustedes.

—¿Tan mal está la cosa? —indagó Deibi.

—Eso lo dirá un experto —respondió el chico y compartió una mirada con Baudilio.

—¿Eso quiere decir que mis sospechas son ciertas? —consultó el líder. Gregory volvió a respirar hondo.

—¿Por qué no explican todo desde el principio? —planteó Gabriel.

—Comienza tú, muchacho —pidió Baudilio—. Esa parte me ayudará a ensamblar mis conclusiones.

Gregory se frotó el rostro con ambas manos antes de hablar.

—La madre de Trini practica hechicería y le ha enseñado a su hija algunos trucos —comenzó a relatar mientras todos lo observaban con atención—. Desde niña, Trini ha tenido la facultad de ver a un... ángel. Le comentó a su madre y esta le aseguró que se trataba de su ángel de la guarda y la obligó a rendirle honores y a obedecerlo en todo, tareas que ella cumplió sin preguntar nada. Ese ángel no solo se le aparecía mientras ella estaba a punto de cometer una imprudencia, para aconsejarla, sino que lo hacía en sueños y allí la traía a La Costa y le mostraba paisajes de esta región enseñándola a amarlos.

—¡Lo sabía! Ella está ligada a La Costa.

Todos le dirigieron a Baudilio una mirada llena de reproches por haber interrumpido el relato. El líder levantó las manos en señal de rendición y le pidió al guerrero que continuara.

—Cuando estuve en Caracas, durante mi adolescencia, comencé a mostrar los cambios de la bestia. Mi madre, como estaba muy enferma, no podía ayudarme, por eso Baudilio y Pablo me trajeron a La Costa, pero en Caracas yo quedé como el «bicho raro» al que todos le huían. Así que, cuando regresé, mucha gente me seguía rechazando y había chicos que quisieron fastidiarme para demostrar su hombría. Entre ellos, el hermano de Trini. Ella se enteró del hecho, pero no hizo nada porque decían que yo era peligroso y estaba poseído por un demonio maligno, sin embargo, su ángel, que había dejado de visitarla muy seguido porque ella estaba atravesando un período de rebeldía, comenzó a molestarla para que se acercara a mí. Ella lo obedeció porque es lo que siempre ha hecho y lo que su madre le enseñó, a pesar de que me temía porque podía ver mi aura y en ella a la bestia.

—¿Veía a tu bestia? —preguntó extrañado Baudilio.

—Sí. Ella tiene la capacidad de ver el aura en algunas personas —explicó él—. Lo hizo en mí y en mis hermanos cuando llegó a La Costa.

—Fascinante. Por eso te ayudó con el hechizo para recuperarla.

—Exacto. Ella una vez vio a su madre hacer algo similar para sacar un espíritu que atormentaba a uno de sus clientes y quiso probarlo en mí. El problema, es que en esa ocasión, Trini fue poseída por su ángel y fue su ángel quien actuó en mí para liberar a la bestia.

Aquello él lo había revelado en dirección a Baudilio. El líder se mostró impactado luego de escucharlo.

—¿Fue su ángel? Pero... ¿quién es ese ángel? La guía a La Costa, la lleva a ti, libera a la bestia... —enumeró con extrañeza—. ¿Te contó algo sobre ese ángel?

Gregory respiró hondo, sabiendo que lo que diría a continuación aclararía y complicaría aún más el asunto.

—El día en que me tropecé por primera vez con Trini, tuvimos una... discusión —alegó para no entrar en detalles—. Al tocarla, ocurrió algo que... no sé cómo explicar. Comencé a ver escenas de ella en mi mente, muy rápido, como si viera fragmentos del futuro. A ella le ocurrió lo mismo conmigo. Fue extraño.

—Fascinante —repitió Baudilio, aunque a Gregory aquello le parecía perturbador.

—Hace un rato tuvimos otro episodio como ese, justo antes de que le comentara el plan que teníamos aquí en la montaña. La vi en varios momentos de su vida, incluso, estuve en algunos de sus sueños.

—Y viste a su ángel —agregó Baudilio con evidente emoción.

Gregory asintió, algo preocupado.

—Es Miguel. —Baudilio dejó de respirar.

—¿Miguel? —quiso saber Javier.

—Miguel Robles —completó Gregory.

—¿El hijo de Pablo? —preguntó Deibi, desconcertado.

Baudilio, sin embargo, se mostró aliviado al aclarar sus dudas.

—Me enseñó la foto —dijo Gregory en dirección al líder—. La que robó en casa de Pablo.

—Reconoció a su ángel —dedujo el hombre.

—Está asustada. Ella siempre confió en la palabra de su madre, de que se trataba del arcángel Miguel. Ahora no sabe que pensar al encontrar su imagen. Y la de Albert.

De nuevo todos se mostraron confundidos. Gregory se irguió antes de explicarle.

—Ha soñado con Albert, antes de saber algo de ellos. Ha estado con él en el viejo hotel y la llama.

—¿La llama? —exclamó Gabriel sin poder comprender la situación.

—En sueños, y cuando perseguí al espectro hasta el viejo hotel y desapareció, me topé con Albert —reconoció Gregory, afligido—. Él estiró una mano hacia mí, sufría, podía sentirlo. Y me dijo: «tráela».

—Tráela —repitió Baudilio—. Eso mismo me pidieron los espíritus.

Capítulo 27. El acuerdo

Ninguno de los presente podía salir de su asombro. Ni siquiera Baudilio, que pensaba que había visto todo lo sobrenatural que podía producirse en la tierra.

—Llevé a María Trinidad a casa de Pablo porque los espíritus que me visitan día y noche me lo han aconsejado. —Ahora le tocó el turno al líder de explicar sus averiguaciones—. Cuando la chica llegó a la casa, hubo una conexión total entre ella y los viejos. Fue algo natural, se quisieron al instante y encajaron como parte de una misma pieza. Pablo se perturbó por la similitud que encontraba en ella con sus propios hijos, era como tenerlos a ellos en casa de nuevo.

—Eso suena aterrador —dijo Deibi con el ceño fruncido. Javier lo reprendió para que cerrara la boca y dejara terminar el relato.

—Mientras la llevaba a la casa de los Robles, la interrogué. Ella me habló algo de su madre y de su padre, es evidente que no tiene buena relación con ellos porque no solo rehúye el tema, sino que miente para aparentar que son una familia normal. —Gregory asintió, afianzando la reflexión del líder, pues también había descubierto la mala convivencia que había en esa casa—. La dejamos con Irma mientras Pablo y yo nos encerramos en su despacho. Hicimos llamadas a Caracas y nos enteramos de varios datos inquietantes. El padre de Trini no es su padre biológico, es un tipo vicioso y de mal carácter. Su medio hermano es la copia exacta de su padre, aunque este va por el camino de la delincuencia; y su madre... además de bruja, es nativa de La Costa. — Todos lo observaron impactados, incluso, Gregory—. Y cuando Pablo se enteró de su nombre, casi le da un infarto.

—Oh, creo saber por dónde vienen los tiros —expresó Deibi, sospechando lo que venía. El resto de los guerreros también pensaba lo mismo, por eso nadie tuvo cabeza para callarlo.

—¿Recuerdan el nombre de Douglas Tovar? —Los guerreros se tensaron al oírlo—. Cuando ese hombre llegó a La Costa pudimos detectar su carácter fuerte, pero también, el enorme talento y la dedicación que ponía en su trabajo. Le dimos un puesto como ingeniero agrónomo en nuestra empresa, pensando que podríamos manejar su temperamento, y así fue por un tiempo, hasta que Douglas conoció a una de nuestras pasantes en los patios de secado: la joven y tímida Malena Hinojosa.

—La madre de Trini —masculló Gregory. Todos los miraron con expectativa.

—Ella tenía diecisiete años y era retraída porque solía recibir burlas ya que su madre era una espiritista tosca y gritona del pueblo. Douglas se enamoró de la chica y llegaron a tener una relación de varios meses que culminó porque el hombre se volvió violento. No solo le pegaba, sino que le gritaba en público y la trataba de forma despectiva. La ruptura no fue amistosa y en esa misma época Miguel Robles comenzó a trabajar de lleno en los patios de secado porque quería implantar técnicas que estaba aprendiendo en la universidad. Al enterarse de aquellos problemas, quiso involucrarse para ayudar a la joven, de quien se estaba enamorando.

Jonathan emitió un resoplido y lanzó una mirada al cielo. Comprendían la dificultad de aquella situación, pues en esa época Miguel era un joven de apenas dieciocho años, quien apenas se estaba adaptando a los cambios de la bestia.

—Intervenimos, todo lo que pudimos. Es más, recuerdo muy bien un suceso que casi se convirtió en tragedia, cuando Miguel desató a su bestia para atacar a Douglas luego de que el

hombre lastimara a Malena. Fue terrible. A Miguel lo obligamos a permanecer más tiempo en Caracas, en la universidad, para alejarlo de Douglas, porque ya no podíamos prescindir del hombre ya que sabía nuestro secreto. Tuvimos que establecer varios acuerdos con él, entre ellos, que alejáramos a Malena de Miguel, promesa que pudimos mantener a medias, ya que ellos se la arreglaban para verse a escondidas. Douglas de alguna manera se enteró y se enfureció con nosotros. Por eso se dejó convencer por aquellos cazadores y ayudó a que ellos introdujeran sus armas en la fiesta que hicimos en el viejo hotel. El resto de la historia, ustedes la conocen muy bien.

Calló un instante mientras cada uno viajaba por aquellos amargos recuerdos. Miguel ese día había controlado a su bestia para poder rescatar a muchos miembros de la sociedad que estuvieron a punto de sucumbir a las llamas en el ataque al viejo hotel, entre ellos, a Baudilio. Luego regresó, porque Douglas había quedado atrapado bajo unas columnas de madera. Mientras intentaba sacarlo, parte del techo se vino abajo. Ambos fallecieron en esa tragedia.

—Pablo e Irma quedaron destrozados por la muerte de Miguel —siguió Baudilio—, pero además, por todas las pérdidas que tuvimos ese día. Hubieron demasiados heridos y demasiadas familias fragmentadas, no solo de la sociedad, sino también de la región. Había que encargarse de muchos asuntos, como la partida de Marian, que decidió irse de La Costa con Rebeca, y la de Julia —dijo en dirección a Gregory, refiriéndose a su madre—, que te llevó lejos temiendo que otros cazadores vinieran a nuestras tierras a terminar el trabajo de destruir a la sociedad. Pablo no tuvo cabeza para ocuparse de cada asunto y superar su duelo. Cuando recordó a Malena y la buscó para consolarla, sabiendo que la chica debió sufrir por la muerte de Miguel, ella ya se había ido también de La Costa, con su madre y su hermano. Tuvo intención de buscarla, pero como les dije, había mucho que atender aquí.

—Malena debió irse estando embarazada —dedujo Gregory, para justificar el nacimiento de su chica—. Trini tiene dieciocho años.

—Y un ángel de la guarda que resultó ser Miguel, su padre. —Baudilio había quedado mirando al cielo con semblante apesadumbrado, por las heridas que había abierto al recordar las tragedias vividas en aquel incendio. Pero de pronto, recordó un detalle importante y eso lo hizo estirar las facciones demostrando sorpresa—. ¡El ángel! ¡Eso es!

Su grito emocionado sobresaltó a Gabriel que estaba sentado a su lado.

—¿Qué pasa? —quiso saber el guerrero.

—El ángel fue quien poseyó a María Trinidad para liberar a la bestia, pero el ángel era Miguel y Miguel era un guerrero. ¿Entienden? —Todos lo miraron como si él fuera un ser de otro planeta. Baudilio resopló, fastidiado—. La sangre de un guerrero es la que puede despertar a la bestia, ¿recuerdan? Lo vimos en Mary. Así que el espíritu de un guerrero es el que puede rescatar al espíritu de la bestia. No hay ritos ni hechizos especiales, solo la acción del espíritu de un guerrero.

—Trini usó un collar de piedras energéticas —agregó Gregory. Baudilio alzó los hombros con indiferencia.

—Eso es como un puente que le permite a un espíritu pasar de un cuerpo a otro, nada más, pero la acción fue suya, no de las piedras.

—Es decir, tú podrías hacer ese trabajo. Solo tienes que invocar a algún guerrero —dedujo Jonathan.

—No. Eso solo puede hacerlo María Trinidad.

—¿Por qué? —preguntó Gregory.

—¡Porque es su don! Yo hablo con espíritus, leo oráculos a través de los caracoles y preparo unos cafés exquisitos, pero nada más —bromeó, para relajar las tensiones. Los guerreros se notaban inquietos y desesperados.

—Necesitamos a la bestia —declaró Javier.

—¿Para qué? —consultó el líder.

—¿Cómo que para qué? —apuntó Gabriel, molesto—. Hay un espectro en nuestras tierras asustando a los senderistas. Quizá fue él quien hizo desaparecer a los turistas Australianos. No han podido dar con ellos. Tenemos que buscarlos antes de que La Costa se llene de nuevo de policías, militares y periodistas y perdamos lo que hemos logrado hasta ahora.

—No sabemos si el espectro tiene algo que ver con los Australianos, él no ha hecho más que corretearnos —rebató Baudilio—. No ataca a nadie, pero debemos informarnos qué hace aquí y por qué nuestros espíritus parecen almas en pena antes de llevar a cabo cualquier plan.

—¿Y qué propones? —inquirió Deibi, harto de intrigas.

—Hablar con María Trinidad, leer sus oráculos o hacer una reunión con nuestros muertos y ella.

—Me dijiste una vez que su oráculo era el mismo que el mío —se quejó Gregory con cara de pocos amigos.

—¡Es cierto! La enredadera, la que ata todo, la que mantiene la unión, su nudo es indisoluble, pero eso no nos ayuda a entender el trabajo que ella debe hacer en La Costa. Es de las nuestras y ellos la piden. Te la pidió Albert y él la llamó en sueños. Es la única que puede hacer algo. Tenemos que averiguar qué quieren para que actúe.

—¡Está asustada! —rebató Gregory, tenso por la rabia. Temía exponerla a una situación que superara los límites de la chica perdiéndola para siempre.

—Todos lo estamos, pero para eso somos una sociedad, para apoyarnos entre todos. Ella no está sola. Nos tiene a nosotros que somos su familia. ¿O no?

Gregory suspiró hondo antes de ponerse de pie. Entendió que no podía quedarse de brazos cruzados. El destino le exigía actuar.

—Iré a hablar con ella —aseguró al líder—. ¿Me llevas? —preguntó hacia Javier, ya que había dejado a su chica con Isabel y Jesenia.

—Vamos —dijo el guerrero y subieron al auto en silencio, pensando en lo complicada que siempre había sido sus existencias.

Estaban cansados, querían algo de paz.

Capítulo 28. El renacer de la bestia

Trini aprovechó un descuido de Isabel y de Jesenia para escapar a la selva. Tenía algo en mente y deseaba probar su efectividad. Se adentró entre la vegetación con su mochila al hombro, cargando la imagen del arcángel Miguel, así como velas y otros accesorios que tomó de la casa de Williams para atraer a espíritus.

Buscó uno de los árboles más altos y de tronco envejecido. Esos contenían las energías que ella necesitaba para llevar a cabo su tarea. Con sal trazó un círculo con una estrella de David en medio, ubicó las velas en las puntas y al arcángel en el centro. Buscó flores, semillas y brotes mientras entonaba cantos que había aprendido de su ángel, que ella había canturreado cuando deseaba «relajarse con los espíritus», pero que en realidad, se trataba de canciones ancestrales de la sociedad que la chica desconocía.

Se fue creando un ambiente de paz y sosiego mientras se arrodillaba frente a su altar improvisado y continuaba con oraciones. Cerró los ojos y respiró hondo para sosegar a sus miedos. Ahora temía a su ángel, porque no sabía qué quería de ella y, al ser un espíritu, podía ser peligroso. Pero de igual manera lo invocó, anhelaba saber por qué la había guiado a aquel lugar y qué esperaba de ella.

Cuando empezó a escuchar unos repiques de tambores lejanos, su corazón comenzó a palpar con nerviosismo. Eran los mismos que había oído el primer día en que estuvo en La Costa. Los tambores se acercaban a medida que ella oraba y con ellos un canto similar al suyo, pero realizado por varias personas, todos hombres.

Apretó los puños para controlar sus temblores hasta que se sintió rodeada por ellos. Las plumas de sus trajes la rozaban y el agobiante calor de un fogón encendía su piel. Un humo espeso le acariciaba el rostro, con aroma a especias, aceite y sangre.

No tuvo tiempo de aumentar su miedo, pues aquel humo se metía con lentitud a su cuerpo a través de sus fosas nasales y por sus poros, apoderándose de su ser.

Sintió un poder emerger de sus entrañas, que se agitó con ansiedad en el interior de su cuerpo. Gritó por el dolor que le produjo y se ovilló sosteniendo con ambas manos a su vientre. Aquello crecía e iba tomando poco a poco cada parte de su anatomía, transformándola.

La voz se le apagó cuando el espíritu la invadió por completo. El dolor y la angustia se le acumularon en la garganta mientras él tomaba posesión de su existencia. Se sintió rígida, adolorida y asfixiada. Hizo fuerza para sacar de adentro lo que la molestaba, pudiendo expulsarlo con la fuerza de un rugido, que hasta a ella misma la asustó.

Trini abrió los ojos, experimentando el ardor de un fuego indetenible flamear bajo su piel. Ella no podía verse, pero sus ojos se habían vuelto tan amarillos como el sol. En su boca crecieron unos colmillos y en los dedos se alargaron filosas garras.

Al ver a su alrededor, notó que no estaba sola. Decenas de fieras de piel amarillenta y grandes manchas oscuras la rodeaban. Sus rostros fieros estaban dirigidos hacia ella y se aproximaban con lentitud, agazapadas, listas para saltarle encima si hacía un movimiento en falso.

Trini se llenó de miedo y, en un arrebatado de locura, corrió para huir de ellas, escuchando como rugían y la seguían, haciendo temblar el suelo con su trote infernal.

A varios metros de distancia, Gregory y Javier llegaban a la casa. Williams salió apresurado

apenas los vio bajar del auto.

—¡No está!

—¿Quién? —quiso saber Javier, pero la respuesta le llegó a través de estremecedores rugidos.

—Trini... —masculló Gregory antes de correr a la selva mientras la bestia tomaba su humanidad.

—Maldita sea —se quejó Javier, pero se alarmó al sentir un leve temblor en la tierra—. ¡No salgan de la casa! —ordenó a su padre, y a las chicas que habían salido al oír los rugidos, viéndolo correr tras Gregory.

Williams entró a la casa y alertó a los líderes, aunque todos en La Costa seguramente habían escuchado y sentido aquel inusual fenómeno, pero debían saber que no se trataba de sus guerreros, sino de algo diferente.

Javier corrió lo más rápido que sus piernas le permitían. A pesar de que aún le quedaban algunas capacidades de la bestia, no era tan veloz como deseaba. Por la cantidad de rugidos y por el temblor del suelo podía suponer que no se trataba de una sola bestia, había más y Gregory estaba solo. Se lo devorarían en segundos.

Para su suerte, los animales no se habían alejado mucho de la casa y todos rodeaban a su hermano, pero parecían indecisos de atacarlo o no. Las bestias que rodeaban a Gregory resaltaban porque tenían un brillo fantasmal a su alrededor. Se desesperó, no sabía cómo ayudarlo. Si se metía en la pelea sería como una brizna de paja en medio de un fuerte viento.

—¡Javier!

Dirigió su atención hacia el llamado y se sorprendió al ver a Trini agazapada entre unos matorrales, con los ojos amarillentos de la bestia y colmillos saliendo de su boca. La chica lo observaba con terror, con los ojos llorosos. Estiró una mano hacia él, invitándolo a tocarla.

Se sobresaltó al sentir que las bestias fantasmales saltaban sobre Gregory para atacarlo. Él luchaba, parecía tener más fuerza, pero ellas eran incontables.

—¡JAVIER! —El grito de Trini era exigente. Él corrió hacia ella y, apenas le tocó la mano, sintió una sacudida interna en su cuerpo y cayó al suelo como si tuviera un ataque de epilepsia.

Quería gritar por el dolor y el fuego que lo agobiaba bajo la piel. Era tan desesperante que creyó morir. Sin embargo, pronto pudo ponerse de pie, aunque no por voluntad propia. La bestia estaba poseyendo su humanidad.

En segundos él había perdido el control de sus acciones, fue la bestia la que saltó sobre el enjambre de seres fantasmales que embestían a Gregory, para ayudarlo.

Trini no podía controlar el terror que sentía por aquel hecho, había tanto salvajismo que no pudo soportarlo. Quiso huir lejos, pero a los pocos metros se topó con el resto de los guerreros. Ellos quedaron inmóviles al verla.

—¿Dónde están? —preguntó Jonathan, observándola con severidad.

La chica bajó el rostro, apenada, y señaló hacia el lugar donde se oía el conflicto.

—Se volvieron bestias —dijo estirando una mano hacia ellos, invitándolos a tocarla—. Ambos —aclaró, haciendo referencia también a Javier.

Ellos dudaron un instante, afectados por la pelea que se escuchaba al otro lado de los matorrales. Gabriel fue el primero en avanzar hacia la joven y tomar su mano.

Jonathan y Deibi miraron con estupor como su hermano se agitaba en el suelo y pronto se transformaba en una bestia. Aquel no era el modo habitual en que ocurría el cambio, pero las circunstancias tampoco eran las mismas.

Gabriel rugió lleno de cólera y de un salto se perdió tras los arbustos para inmiscuirse en la revuelta. Jonathan y Deibi no se lo pensaron dos veces, luego de compartir una mirada, se aproximaron a Trini siendo afectados por el mismo fenómeno.

Al hallarse sola, ella corrió de nuevo hacia la casa de los Aldama. Afuera se hallaba Williams con Baudilio, que acababa de llegar y bajaba de su auto con rostro preocupado. Ambos líderes, al verla, quedaron impactados, pero se conmovieron por las lágrimas temerosas de la chica.

—Ayúdame... —susurró.

Baudilio extendió los brazos hacia ella permitiendo que la chica se hundiera en su apretado abrazo.

Capítulo 29. La mentira

Había pasado casi una hora y ella aún no tenía noticias de Gregory, o de alguno de sus hermanos. «Están bien», le aseguraba Isabel, contándole las veces en que ellas habían tenido que esperar luego de la aparición de las bestias.

Cientos de ideas pasearon por su mente tratando de comprender lo ocurrido, pero cada cosa en la que pensaba le generaba más dudas. Comenzaba a sentirse copada, presa de la incertidumbre.

Se levantó de la cama y fue a la planta baja donde estaban reunidos Baudilio y Williams, conversando por vía telefónica con el resto de los líderes que se hallaban en el pueblo y en la cosecha. Los habitantes estaban nerviosos por los rugidos y los temblores que azotaron a la región minutos antes. Había quienes presagiaban que el mal de nuevo había sido liberado en La Costa, asustando a los pocos turistas y los inversores que trabajaban en los proyectos de recuperación.

Ellos debían detener cuanto antes esas hablaturías o perderían todos los esfuerzos que habían hecho hasta la fecha para retomar la vida comercial y social de la región.

—Necesito ir a la casa de Pablo y de Irma —exigió la chica a los hombres. Sentía que las respuestas a sus dudas las encontraría en ese hogar, donde había hallado la fotografía de su ángel.

Ellos la observaron con resignación, notando que ya no poseía las características de la bestia.

—Yo te llevaré —dijo Baudilio, poniéndose de pie.

—No creo que sea conveniente —rebatía Williams, recordando el delicado estado de salud de Pablo, pero Baudilio le palmeó un hombro.

—Terminemos con esto de una vez.

Se enrumbaron al hogar de los Robles y, al llegar allí, Trini se extrañó al ver el auto de Rafael Parra estacionado frente a la casa.

—Mi madre está aquí —expresó con ansiedad y bajó a las carreras dejando a Baudilio.

La puerta estaba abierta, así que entró sin anunciarse encontrando a Malena sentada en la mesa frente a Irma, que lloraba de forma silenciosa mientras su esposo la consolaba acariciándole los hombros.

Rafael se hallaba sentado en un sillón algo alejado de ellos, fumando con rostro fastidiado. Malena, al sentirla llegar, se levantó y la encaró con enfado.

—¿Ahora así hacemos las cosas, jovencita? —la retó, refiriéndose a su atrevimiento de marcharse sin avisar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Trini, furiosa por el estado en que su madre había dejado a esa pareja, a quienes le había tomado mucho cariño.

—Vine a resolver el lío que has creado.

—No te atrevas a echarle la culpa de nada —rebatía Pablo, aproximándose a la mujer. Malena se irguió y apretó la mandíbula.

—Es mi hija y cometió una imprudencia —reclamó.

—Y yo tengo derecho a defenderla y no dudes en que lo haré.

La advertencia del hombre impactó a todos dentro del hogar, incluso, a Baudilio, que en ese momento entraba a la residencia cerrando la puerta tras de sí.

Malena se giró para encararlo.

—Ella no tiene el poder para detener lo que acaba de despertar. No debió venir. La Costa

estaba mejor sin su intervención.

—No estoy de acuerdo con usted, señora —intervino Baudilio, acercándose—. María Trinidad está aquí porque fue llamada por sus ancestros, justamente para dar feliz término a lo que está ocurriendo en esta región.

—¿De qué hablas? —consultó Malena, confundida.

—¿Mis ancestros? —preguntó Trini. Su voz adoptó un tono angustiado. Las dudas crecían en su cabeza.

Irma corrió hasta ella y la abrazó por los hombros, dirigiéndose a la madre.

—Permíteme contarle todo mientras tú hablas con Baudilio.

Malena apretó la mandíbula, irritada. Su intención había sido buscar a la chica y llevársela arrastras hasta la capital, alejándola de todos ellos, pero nunca pensó que los conflictos en La Costa se complicarían con la presencia de la joven. Ahora estaba segura de que no la dejarían marchar, mucho menos, que se llevara a su hija sin decirle la verdad.

Compartió una mirada intransigente con Baudilio. El líder pudo influir en ella empujándola a aceptar.

Irma se llevó a Trini a su habitación para hablarle a solas sobre Miguel Robles, su padre, sacando del clóset una caja llena de fotografías de su hijo, con las que apoyaría su relato.

Baudilio y Pablo quedaron en el comedor con Malena y Rafael, aunque este último se mantenía ajeno a la conversación por estar jugando con su teléfono móvil y fumando sus cigarrillos.

—Antes de que comiencen los reproches y los reclamos —inició Malena, sentándose frente a ellos—, aclaremos que estuve y estoy en todo mi derecho de alejar a mi hija de este lugar. Si no hubiera sido por eso, ella habría sufrido las penas que se vivieron en esta región los últimos años.

—Es cierto que estás en todo tu derecho de protegerla —intervino Pablo—, pero tú mejor que nadie entiendes que no le has hecho ningún bien al apartarla de los suyos y de su realidad. Lo que hiciste fue propiciar una situación que tarde o temprano traería a María Trinidad a La Costa, como efectivamente sucedió.

Malena se mordió los labios para no darle la razón al viejo. Ella sabía que había sido Miguel, su padre, quien se le aparecía a su hija desde niña y que algún día él la empujaría a volver a La Costa. Lo ignoró por miedo, confiando en que aquel momento tardaría mucho en suceder.

—Ella está en peligro aquí.

—Ya no hay peligro en La Costa —rebató Baudilio.

—Las bestias están descontroladas. Vean lo que ocurrió hoy.

—Las bestias están descontroladas desde hace dieciocho años, Malena —recordó Pablo, mirándola con fijeza—. Tú lo supiste y callaste.

—¡Era una niña! —impugnó, indignada.

—Y nosotros te ofrecimos ayuda, pero preferiste escuchar a tu madre y planeaste huir.

Malena hundió la cabeza entre sus manos para soportar la rabia y la culpa que la embargaron. Las visiones que ahora tenía Trini, a ella le sucedieron en el pasado, antes de la tragedia que acabó con media sociedad. No dijo nada a nadie, solo le hizo algunos comentarios a Miguel, que este le hizo llegar a su padre para conseguir consejos, ya que ella tenía miedo y, por sugerencia de su madre había decidido marcharse para alejarse de esas extrañas visiones y del problema con Douglas Tovar.

—Es tarde para eso.

—No, es el momento ideal —apuntó Baudilio—. María Trinidad está siendo llamada por sus

ancestros, de la misma manera en que ellos te llamaron a ti estando embarazada de la niña. Fue tu don y lo rechazaste, ahora le toca el turno a ella. Si en aquella ocasión los hubieras escuchado, quizás nos habríamos ahorrado algunos sufrimientos.

—O quizás no —alegó Malena.

—Tienes razón, eso nunca lo sabremos —aceptó Baudilio, resignado—. Pero necesitamos que ahora nos aclares lo que viviste en el pasado para saber si es lo mismo que le ocurre a la niña. Queremos ayudarla y terminar con esta situación.

Malena respiró hondo, cansada de ser interpelada de esa manera. Quería marcharse cuanto antes, pero comprendía que ya no podría. Al menos, hasta no terminar lo que había comenzado dieciocho años atrás y de lo que por miedo había huido.

Habló de las visiones que había tenido en dos oportunidades, estando con Miguel. En ambas, al tocarlo, podía ver pequeños fragmentos del futuro que a ella la desconcertaron. La primera vez fue hermoso, lo vio tan vivo, feliz y enamorado a su lado, amándose sin descanso ocultos entre la espesura de la selva, que pensó que nada malo les sucedería nunca. Luego, aquellas visiones se volvieron fatalistas, vio a una bruja cruel oculta en una cueva en la montaña haciendo hechizos en contra de las bestias, sorprendida por lo que descubriría de ellas; también vio fuego y sangre, y escuchó aterradores gritos de auxilio mientras era perseguida por cuerpos que se consumían en despiadadas llamas. Aquellas imágenes no podía borrarlas de su cabeza. Cuando oraba a los espíritus por paz, oía el repique incesante de unos tambores y el canto de guerra de un grupo de indígenas. Ellos la perseguían tocándola con sus plumas, nunca pudo huir de ellos. En esa misma oportunidad comenzó el acecho de Douglas al enterarse de la relación que ella mantenía con Miguel en secreto y se sintió desesperada. Pensó que las visiones y el tormento de los espíritus tenían que ver con ese problema. Le consultó a su madre, recibiendo una confirmación a sus sospechas, por eso decidió marcharse antes de que ocurrieran tragedias peores.

—Miguel comenzaba a descontrolarse y estuvo a punto de asesinar a Douglas con su bestia. Tomé ese hecho como una premonición y convencí a Miguel de irnos de La Costa. Íbamos a hacerlo luego de aquella fiesta.

—El descontrol de Miguel no solo era por los celos —reveló Pablo—. ¿Recuerdas a la vieja bruja María Tomasa? —Malena asintió—. Muy tarde descubrimos que ella estaba aliada con nuestro socio Ildemaro Veldetta para dominar a las bestias y tomar control de la cosecha. María Tomasa les lanzaba hechizos peligrosos, que los descontrolaban, por eso él no podía dominarse frente a Douglas. María Tomasa además, descubrió el verdadero poder de la bestia y, a escondidas de Ildemaro, aprovechó el trabajo que hacía para intentar robar el espíritu y hacerse más poderosa.

—Eso es imposible.

—No. En realidad, es posible. —La intervención de Baudilio sorprendió a la mujer—. María Tomasa encontró la forma de hacerlo, pero era demasiado torpe y terminó desatando un caos de proporciones apocalípticas. Creo que supiste lo ocurrido por lo que salió en televisión. Tardamos dieciséis años en descubrir sus intenciones y dos sufriendo sus consecuencias. Ahora, queremos darle punto final.

—¿Cómo?

Los líderes suspiraron con cansancio ante la pregunta de Malena.

—María Trinidad tiene visiones al tocar a nuestro muchacho, Gregory. Las mismas que tuviste con Miguel —confesó Baudilio, haciendo que la mujer se tensara—. Además, Miguel se le presenta en sueños y la atrae a La Costa y el hermano de Miguel, Albert, quien murió hace un año

por culpa de las consecuencias que dejó María Tomasa, la llama constantemente.

—Hemos tenido avistamientos de fantasmas en la región —siguió Pablo—. Son miembros de la sociedad que murieron en el viejo hotel y están penando. La buscan.

—Necesitamos saber qué quieren, pero María Trinidad ha estado muy asustada y confundida. Quizás tú puedas ayudarnos a ayudarla, porque ya pasaste por lo mismo.

Malena se quedó pensativa. Temía sumergirse de nuevo en aquella vida llena de verdaderos demonios, pero sus reflexiones fueron interrumpidas por la entrada imprevista de su hija, que se hacía presente en el comedor con el rostro hinchado por el llanto y la rabia.

—Me mentiste. ¡Siempre! —le gritó, antes de abrazarse a sí misma y desatar su llanto.

Capítulo 30. Ser único e irrepetible

Malena quiso acercarse a la chica, pero ella corrió al exterior. Irma trató de seguirla, interponiéndose Baudilio en su camino.

—Acaba de llegar Gregory —informó—. Hay que dejarla asimilar la noticia.

La mujer se cubrió el rostro para contener las lágrimas. Pablo se aproximó a ella y la abrazó para consolarla.

Gregory bajó del auto de Javier viendo como la chica salía a las carreras. Había ido por ella a la casa de los Aldama y, al enterarse de que la habían llevado a ese lugar, su hermano le facilitó su Toyota para que fuera por la joven. Abrió los brazos para recibirla, apretándola contra su cuerpo mientras ella lloriqueaba.

—¿Qué ocurrió?

—Sácame de aquí.

El joven levantó el rostro de los cabellos de Trini al sentir que alguien salía de la vivienda. Compartió una mirada con Malena y vio a Baudilio asomado por una ventana. Creyó comprender la situación, debieron decirle a la chica la verdad.

—Sube al auto —indicó, ayudándola a hacerlo. Se ubicó en el asiento del piloto y, mientras encendía el motor, cruzó de nuevo una mirada con la madre de la joven.

En el camino, Trini no dijo nada. Estuvo pensativa, con el rostro apesadumbrado dirigido a la selva. Gregory la llevó a un mirador ubicado en la cima de una colina, donde se podía ver al mar perdiéndose en el horizonte hasta tocar el sol.

—¿Estás bien?

Ella caminó hasta una roca y se sentó en el borde, con la vista perdida en las aguas inquietas. Él se inclinó frente a la chica y le tomó una mano, jugueteando con sus dedos.

—Los demonios existen, he podido verlos y sentirlos dentro de mí.

Las palabras de Trini no eran de tristeza o desesperación, sino de reconocimiento. Había calmado su llanto y era hora de analizar lo sucedido ese día.

—Depende de a qué le llames demonio —dijo Gregory, con su atención fija en la mano de la joven. Trini, en cambio, detalló su perfil endurecido.

—¿La bestia no es un demonio?

—La bestia no daña si no la molestan —expresó, encarándola—. Es un animal como cualquier otro, aunque con un fuerte sentimiento de protección y lealtad. Yo sí he visto demonios crueles toda mi vida. Unos que se han aprovechado de mis miedos para reírse a mis espaldas, o ganar respeto humillándome, y sujetos depravados capaces de beber mi sangre para obtener poder, dispuestos a matar a las únicas personas que me han brindado su apoyo por codicia. —Ella lo miró acongojada—. Sé que lo ocurrido en la selva fue muy perturbador y quizás pensarás que eso forma parte de nuestro día a día, pero déjame demostrarte que puedo ofrecerte algo más.

—Ni siquiera sé qué puedo hacer en La Costa.

—Yo también estoy confundido. Lo único que poseo en estas tierras es un pedazo de terreno lleno de plantas de cacao y una casa que está a punto de derrumbarse. Nunca he querido asentarme, porque no sé dónde estaré mañana.

—Yo solo soy la hija de una bruja —masculló, bajando el rostro. Gregory lo subió de nuevo

apoyando su dedo en la barbilla de la joven.

—Somos hijos de guerreros, tanto de madre como de padre, que han debido batallar contra demonios terrenales para superar sus conflictos. Quizás se equivocaron, pero cada uno hizo lo que consideraban correcto. Nosotros también podemos hacerlo. Vamos a equivocarnos, pero hagámoslo juntos.

Trini dudó. Su corazón se había hecho pedazos por todas las verdades que había recibido en tan poco tiempo, le era difícil asimilarlas.

—Es mucho lo que esperan de mí.

—Y de mí también. Yo no pedí nada de esto, pero aquí estoy, porque esta tierra me pertenece y a quien atacan es a mi gente, a los únicos que me han comprendido y mostrado afecto. Dales tiempo, verás cómo te reciben con los brazos abiertos. Ellos ya te quieren sin saber nada de ti, cuando te conozcan a fondo, te amarán con la misma fuerza con que yo lo hago.

Trini se estremeció ante esa confesión. Sus ojos se llenaron de lágrimas repletas de emociones. Recordó a Pablo y a Irma, quienes le brindaron todo su cariño sin saber quién era ella y de dónde provenía. Y, al enterarse de su condición, le rogaron que los aceptara. Como si fueran ellos los extraviados que aparecían sin nada en las manos para ofrecerle.

—Él es mi padre, Gregory. Mi ángel resultó ser mi padre.

Él respiró hondo.

—Sí, lo supe.

—¿Cuándo?

—Hoy, cuando hablé con Baudilio. Luego de dejarte con Isabel y Jesenia.

La chica suspiró lanzando una mirada abatida al mar.

—Lo que ocurrió con las bestias, fue mi culpa —reveló, apesadumbrada.

—¿Por qué?

—Hice un altar y lo invoqué, quería que me dijera que debía hacer. Pero no vino solo.

—Esas bestias, eran las de todos nuestros ancestros. —Trini lo observó contrariada—. No quieren lastimarnos, solo nos retan.

—Quieren a las bestias, por eso las liberaron.

—¿Cómo lo sabes?

—Él me lo dijo. —Gregory apretó el ceño—. Mientras me poseyó, se comunicó conmigo. Me dijo que debía liberarlas y llevarlas al claro.

—¿Qué claro?

Ella alzó los hombros, demostrando su desconocimiento.

—Tengo pocos días en La Costa. No conozco la región.

Gregory se mantuvo pensativo. Recordó a Albert y la vez en que lo halló en el viejo hotel donde le pidió que la llevara. ¿Sería ese el claro al que se había referido el espíritu de Miguel Robles?

—¿No te explicó para qué tenían que ir?

Ella negó con la cabeza. El chico se conmovió por la mirada cansada y entristecida que la joven le dirigió. Ese día no solo había sido testigo de la crueldad de la bestia, sino además, desveló las mentiras y los secretos que habían marcado su vida. Supo de la existencia de sus abuelos paternos y que formaba parte de una gran familia de la que fue separada antes de nacer.

Era un egoísta al interrogarla de aquella manera. Debía darle tiempo para que asentara sus emociones y liberara a su mente de los miedos y las ansiedades.

—¿Quieres darte un baño en el mar?

Trini amplió los ojos en su máxima expresión.

—¿Qué?

—Vamos, nademos un rato antes de regresar a la realidad. El agua de mar libera y cicatriza heridas, incluso, las emocionales.

—¿De verdad?

Él sonrió de una forma tan seductora que a ella le alborotó cientos de mariposas en su estómago.

—Ven. Por aquí hay una playa escondida, pero, debemos escalar.

Trini se dejó llevar por Gregory al auto, con la sonrisa renovada en el rostro, aunque sintiendo algunos temores palpitando en su pecho.

—¿Escalar? Esa te la debo. Aprobé gimnasia en la escuela gracias a trabajos escritos. Soy mala con cualquier tipo de deporte o esfuerzo físico.

—¿Mala? Hoy te vi corriendo como una gacela en la selva escapando de decenas de bestias. Me costó seguirte el paso.

—No era yo —dijo sonriendo mientras él ponía el auto en marcha—. Mi padre me llevaba.

Pronunciar aquel calificativo le produjo una emoción extraña. Saber que tenía un padre, con rostro, nombre e historia, era algo magnífico. Quizás él ya no estuviera en su mismo plano existencial, pero había dejado muchas huellas en ese mundo. Marcas que ella podía seguir para sentirlo cerca, haciéndolo parte de su vida. Una experiencia que no pensaba perderse.

—Entonces, ahora seré yo quien te lleve —aseguró, bajando de aquella colina para sumergirse en el camino serpenteante recortado en la montaña que dirigía al pueblo de Cata.

Antes de llegar a la bahía, escondió el auto en un camino de tierra y anduvieron hacia el borde montañoso pudiendo ver la inmensidad del mar y sintiendo la fuerza de la brisa salada. Luego comenzaron a bajar por unas depresiones hechas en la roca.

Trini iba aferrada a él, temerosa de resbalar y caer en algún abismo rocoso del que nadie pudiera sacarla nunca, pero Gregory no la soltaba ni un segundo, pudiendo saltar de roca en roca con una agilidad envidiable, como si fuera un gato. Cuando llegaron al punto más difícil, ella se colgó de su espalda apretándolo con brazos y piernas, así él pudo engancharse de piedras y raíces sin inconveniente, logrando caer en un tramo de arena oculto a la vista de los turistas que iban por la carretera.

—¿Qué hermoso? —dijo la joven al poner los pies en el suelo y observar el pequeño balneario rodeado de rocas.

—Es peligroso cuando el mar se agita por las tormentas, pero la privacidad es privilegiada. Mis hermanos y yo venimos aquí cuando queremos estar solos.

—¿No es conocido?

—Sí, en lancha han venido algunas personas, pero al ser un espacio pequeño y rocoso no es atractivo. Solo hay un árbol para refugiarse. La Costa tiene infinidad de playas preciosas que visitar.

Trini comenzó a saltar sobre la punta de sus pies demostrando su ansiedad. Desde esa mañana, cuando él la había llevado de paseo, tenía muchas ganas de entrar en el mar. La emoción la embriagaba porque al fin cumpliría uno de sus sueños.

Con enormes sonrisas pícaras talladas en los rostros comenzaron a desvestirse, liberándose de todas las capas que asfixiaban a sus cuerpos. Dejaron sobre la arena sus prendas, así como los miedos, las frustraciones, rabias y desencantos que dominaban sus vidas. En ese instante, nada les preocupaba, no tenían misiones que cumplir o espíritus que soportar. Solo eran ellos dos

dejándose abrazar por el agua cálida y revitalizante del Caribe.

Arropados por el mar se entrelazaron en abrazos posesivos y compartieron besos apasionados. Disfrutaron de la libertad de amarse al aire libre, sin ningún ojo que los vigilara. Se fundieron en un solo cuerpo saciándose del placer que el contacto les brindaba, mezclando los gemidos con el romper de las olas, meciéndose en el vals que ellas creaban.

Se hicieron espuma con aquel mar, quedando desfallecidos sobre la arena sin despegarse. Al no ir preparado, Gregory tuvo la delicadeza de no acabar dentro de ella, pero no perdió la oportunidad de amarla la cantidad de veces que ambos quisieron.

Sus cuerpos chorreaban agua como si ellos fueran peces expulsados del mar, gotas que sus manos apartaban con cada caricia, pero que una ola traviesa regresaba al romper a sus pies.

—Te amo... —le susurró ella cuando ya no tenían fuerza para otra arremetida, mientras se miraban con ternura, acostados en la playa frente a frente.

Gregory sonrió al escuchar aquellas palabras. Se sentía más vivo que nunca y lleno de un poder excepcional.

Estaba dispuesto a que nada ni nadie volvieran a derrumbar sus sentimientos y lo lastimara con su rechazo, etiquetándolo como un «bicho raro» con el que se podía jugar.

El amor de ella lo fortalecía, volviéndolo único e irrepetible.

Capítulo 31. Buscando apoyo

Al regresar a la casa de Pablo, el ambiente se hallaba más relajado. Malena fumaba un tabaco al final del porche, sentada en el suelo y con la mirada perdida en la selva. Rafael se había dormido cerca de ella, despatarrado en un sillón y roncando como un oso.

Trini solo compartió una mirada dura con su madre al entrar a la casa, prefería arreglar las cosas primero con sus recién adquiridos abuelos, pues lo que pretendía hacer a continuación necesitaba la aprobación de ellos antes de planearlo con Malena.

Irma y Pablo la recibieron con emoción desbordante y le pidieron perdón sin saber por qué lo hacían, pero era lo único que se les ocurría para justificar dieciocho años de separación. Entre abrazos, y con algunas lágrimas incluidas, ataron lazos que jamás serían liberados, porque además de estar apretados por la sangre, lo hacía la necesidad de conocerse, de amarse y de recuperar el enorme tiempo que les habían arrancado de forma despiadada.

Baudilio y Gregory se quedaron en la sala mientras ellos conversaban en la habitación. El líder había tomado la iniciativa de preparar café y se sirvió una gran taza para él. El chico prefirió no beber nada.

—El viejo hotel —masculló Baudilio perdido en sus pensamientos y le dio un trago a su café caliente.

—En sueños, ella encuentra a Albert allí, y a ese mismo lugar nos guían los espectros de las bestias cada vez que aparecen —reflexionó Gregory, estrujando las manos entre sí.

—¿Nunca vamos a liberarnos de ese sitio maldito? Lo olvidamos por dieciséis años, pero estos últimos dos siempre hemos vuelto a él. ¿Por qué?

—Trini piensa que Malena podría ayudarnos a averiguar el motivo. Ella es poderosa.

—¿Y aceptará hacerlo? Ha cambiado muchísimo, ya no es tan dócil como lo fue en el pasado.

—Tiene una deuda moral con su hija.

Baudilio suspiró.

—Espero sea más fuerte que la deuda que esta región tiene con ella. Aquí perdió mucho y veo que aún no ha superado ese rencor.

Gregory apretó la mandíbula para descargar un poco de ansiedad. Su cabeza se había llenado de ideas y proyectos, pero para poder llevarlos a cabo debía antes terminar con aquel capítulo de sus vidas.

—Iré a reunir a mis hermanos para contarles la idea de Trini —dijo, poniéndose de pie—. Si Malena se niega, ella igual llevará a cabo el trabajo. Cree que esa es la exigencia que le hace su padre y que podrá contar con él.

Baudilio observó con cierta preocupación al guerrero mientras este se marchaba y al quedar solo, sacó su teléfono móvil para comunicarse con el resto de los líderes y con Ciro. Consideró prudente convocar a un santero amigo. Enfrentar a las fuerzas de la naturaleza en soledad era lo más estúpido que podían hacer. La Costa ya contaba con infinidad de anécdotas que apoyaban esa tesis.

Luego de recibir el apoyo de sus abuelos, Trini salió de la casa y se sentó junto a Malena en el suelo del porche. Miraba y acariciaba con un dedo el contorno del medallón de jaguar que había pertenecido a Miguel Robles.

—¿Por qué me hiciste creer que era un ángel de la guarda y no el espíritu de mi padre? —preguntó aún con su atención puesta en la joya.

—Si él hubiera querido que supieras la verdad, te la habría mostrado. —La chica observó afligida a su madre, detallando su perfil sereno, pero siempre alerta—. Desde muy niña aprendí las dotes de mi madre y en ocasiones la superaba. Mi timidez era lo único que impedía que creciera como hechicera —comenzó a relatar sin apartar sus ojos de la selva. Trini la escuchó con interés—. Por eso mi madre buscó una tutora, que fue capaz de detectar mis facultades desde el principio, y según ella, eran únicas y con el tiempo podían ser inigualables. Esa mujer no solo me enseñó la magia sanadora, sino también, los oscuros secretos de la magia más maligna y destructora, mezclada con la de los chamanes, sobre todo, con aquellos que pertenecieron a esta sociedad.

Las facciones del rostro de Trini mostraron algo de sorpresa. En esa ocasión, Malena dirigió hacia la chica una mirada severa.

—Donde hay poder, hay carroñeros hurgando, y esta selva se llenó una vez de cientos de ellos. Nadie ve la bondad, la fraternidad o el amor por la naturaleza que caracteriza a los miembros de esta sociedad, solo el enorme valor del fruto que producen y la fuerza mágica que los ampara. Pero, para apoderarse de alguno de ellos, es necesario eliminar a sus miembros de la faz de la tierra, porque están atados por un poder ancestral a esos dones —explicó con enfado. Sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas de rabia, que hizo brillar aún más la dureza de su semblante—. Mi tutora aprendió muchísimo de esta gente y todo me lo enseñó con intención de superarlos algún día, para vencerlos. Nunca pensó que yo terminaría relacionada sentimentalmente con uno de sus miembros y cuando se enteró, cantó victoria, porque sabía que eso era necesario para llevar a cabo el trabajo que tenía entre manos. Se aprovechó de mí para afectar a los guerreros, muy tarde me di cuenta de sus intenciones. Por eso tuve que huir y esconder en lo más profundo del olvido tu existencia.

Malena calló para respirar hondo y hundir de nuevo las emociones en el interior de su ser. Horas antes, casi se derrumbó al narrarle aquellos hechos a Pablo y a Baudilio, no quería que le ocurriera lo mismo frente a su hija.

—¿Quién era esa mujer?

—Se llamó María Tomasa y fue una de las brujas más poderosas de esta región. —Trini quedó estupefacta, recordó que aquel nombre había sido mencionado en varias ocasiones cuando le narraron los hechos fatales ocurridos en el pasado. Aquella bruja había sido la causante del suceso que propició la muerte de su padre—. Cuando naciste, me sentí muy sola y la pobreza nos consumía, estuve a punto de regresar por ayuda, sabía que Pablo no me daría la espalda, pero entonces descubrí algo sorprendente, tenías el poder de atraer espíritus poderosos, incluso, a la bestia. Eso era algo inusual, pues solo los descendientes varones de los guerreros pueden hacerlo. Por eso dudé y preferí seguir escondida. Años después supe que María Tomasa estaba buscándome, si ella hubiese dado contigo, la sociedad ahora no existiría, ni tú, y el mundo fuera otro —alegó, visiblemente afectada por los temores—. Así que busqué la única ayuda que me quedaba: invoqué a tu padre. Él creó un escudo protector espiritual sobre nosotras, para hacernos invisibles ante los poderes de aquella mala mujer. El problema es que los espíritus no dan sin recibir, por eso tuve que consagrarle a él, pudiendo utilizarte para sus fines.

—Él quiere que yo esté aquí, en La Costa.

—Ahora sí, que ya el peligro de María Tomasa se ha extinguido por completo, pero tiene un plan, uno que tendrás que llevar a cabo si esperas vivir en paz en estas tierras.

La chica se acercó a ella interesada en el asunto.

—Tengo visiones, él me llama y otros espíritus.

Malena se irguió.

—Tendrás que obedecerlos.

—¡No sé qué hacer! No los entiendo. Gregory aceptó llevarme al viejo hotel para invocarlos y saber qué esperan de mí.

La mujer apretó la mandíbula con molestia al escuchar la mención del lugar maldito donde había perdido al amor de su vida.

—Acompáñame —suplicó la chica. Malena quiso ignorarla regresando su atención a la selva, pero Trini se aferró a uno de los brazos de su madre para afianzar su exigencia—. Por favor, ven conmigo. No podré hacerlo sola.

La mujer clavó su atención en la espesa vegetación que comenzaba a llenarse de sombras sabiendo que no tenía cómo librarse de aquel asunto. María Trinidad no estaba preparada para aquel suceso, ni nadie en esa región.

Pero si no lo enfrentaban, vivirían toda la vida bajo el yugo de las consecuencias que el actuar torpe de María Tomasa había dejado. Nadie podría vivir tranquilo mientras las energías no fueran de nuevo canalizadas.

Capítulo 32. La invocación

Luego de que todo estuvo preparado, Gregory sacó a Trini de los restos pestilentes del viejo hotel y la llevó hacia el lugar donde se hallaban aparcados los vehículos, escondiéndose entre ellos.

Habían asistido a ese lugar a prepararse para invocar los espíritus y cumplir con la misión que tenían impuesta.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella cuando él se detuvo y repasó los alrededores con desconfianza.

—Solo necesitaba darte un beso —dijo, antes de encerrarle el rostro entre las manos y saborear sus labios.

Ella suspiró ante ese delicioso detalle, dejándose llevar por la efervescencia. Todo el tiempo en que estuvieron juntos, planeando aquel evento con Malena y los miembros de la sociedad, se miraban con anhelo, pudiendo solo entrelazar las manos en contadas ocasiones o darse rápidas caricias cuando pasaban uno frente al otro. Nunca lograron estar a solas y dar rienda suelta a las ganas que cada uno tenía en el otro. Ganas por tocarse y sentirse.

Gregory profundizó el beso, dejando que actuara su lengua. Con pericia degustó todo el sabor y el calor que poseía aquella boca anhelada, desatando febriles gemidos en ella. Trini quedó inmóvil por aquel asalto tan seductor, permitió gustosa la invasión, entregándose al disfrute pleno. Sus manos apenas podían sostenerse de la cintura de él mientras la conciencia poco a poco se le apagaba, borracha por el placer.

—Si algo sale mal... detendremos el ritual —jadeó Gregory sobre los labios de la joven, antes de chuparlos una vez más.

Ella intentó negar con la cabeza, pero se sentía tan débil que no estaba segura de haber logrado su cometido. Su corazón parecía un enorme tambor que repiqueteaba desbocado creándole en el vientre un tornado de emociones. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por alzar las manos e intentar detener aquella exquisita locura.

—No voy... a parar... —dijo con dificultad. Gregory no detuvo sus besos.

—Y yo no voy a perderte —gruñó, antes de besarla con mayor ímpetu, abrazándola por la cintura, encerrándola entre sus brazos y su boca sin dejarle ni una pizca de oportunidad para escapar.

Aunque, igual, ella no quería hacerlo. Se enlazó al cuello del joven y se dejó elevar mientras la lengua de él le tocaba el alma aumentando su excitación.

El cuerpo le ardió, encendido por el deseo. Se volvió sensible a su contacto y famélico de atenciones. Quería que él la tocara entera, se la llevara a algún rincón perdido y solitario de aquella selva y la poseyera con rabia, hundiéndose en su interior para siempre.

Cuando Gregory abandonó sus labios para besar y morderle el cuello, ella lloriqueó sobrepasada por las emociones. Abrió las piernas, aferrándose a su cintura, mientras él la apoyaba contra el maletero del viejo Fiat de Baudilio, recostándola, para alcanzar sus pechos erguidos y anhelantes. Los apretó y mordió por encima de la blusa, obligándola a ahogar sus gritos de goce, al tiempo que frotaba su dura erección contra el sexo húmedo de ella, que palpitó por el contacto a pesar de que la ropa de ambos impedía un toque más profundo.

—¡María Trinidad!

El llamado de Malena les enfrió la sangre por los nervios.

Aunque ella no los había visto, la escucharon cerca, por eso tuvieron que separarse con prontitud y esforzarse por recuperar el aliento.

—Greg... —gimió la chica presa del deseo y los nervios.

Él se acercó y le acarició las mejillas sonrosadas.

—Al terminar, desapareceremos —sentenció, hablándole con ternura y seguridad—. Y estaremos solos, una semana entera. Te amaré hasta el cansancio.

Trini se estremeció por esa promesa y sonrió con timidez, aunque él no pudo verla por besar de nuevo sus labios.

—¡María Trinidad!

Aquel nuevo llamado fue más cercano, haciendo que la chica saltara por los nervios y volviera a separarse de él. Malena apareció y al verlos, les dirigió una mirada dura y desconfiada, que solo Gregory le respondió. La determinación que ella vio en aquellos ojos oscuros, le trajo muchos recuerdos del pasado.

Malena no pudo evitar ser atormentada por viejos dolores y penas, producto de la pérdida de un gran amor. Ella sabía cómo amaban los guerreros, de forma intensa y estremecedora, pero también era consciente de su vulnerabilidad, a pesar de que estaban amparados por el poder de la bestia.

El amor de ellos era total, pero el vacío que dejaban al marcharse jamás podría ser reemplazado.

—¿Tienen pensado demorar el rito? —expresó de forma sarcástica—. Ya está cayendo el crepúsculo. Es buena hora para despertar a los espíritus.

Trini asintió y lanzó una mirada interrogante hacia Gregory. Él le indicó con la cabeza de que regresaran al viejo hotel, para iniciar aquel trabajo. La chica lo hizo, sin atreverse a encarar a su madre.

Gregory, en cambio, no lo dudó. Sabía que Malena poseía un carácter fuerte y tenía influencia sobre las decisiones de Trini. Aunque le dirigiera sus respetos, le dejaba en claro que estaba dispuesto a luchar por lo que sentía por ella, hasta las últimas consecuencias.

Malena fue tras María Trinidad sin seguir desafiando al guerrero. A pesar de no sentirse cómoda con ellos, por todos los dramas que la obligaban revivir, era lo suficientemente inteligente como para saber que era estúpido interponerse a ese amor. Cualquier obstáculo los acercaría aún más y haría más fuerte el sentimiento entre ellos.

Los oráculos habían cruzado sus caminos, ningún poder en la tierra sería capaz de separarlos, solo la muerte.

Se reunieron de nuevo en el claro, con el resto de los guerreros. También se hallaba Pablo, Baudilio y Williams, acompañados por Ciro. La intención era invocar a Miguel Robles, permitir que poseyera a la chica e intentar averiguar los detalles de sus exigencias.

Aunque habían decidido que Baudilio dirigiera la reunión, recordando su anterior experiencia en la Montaña de Sorte, Malena y Ciro estarían allí por ser «expertos» en la relación con espíritus. Ninguno sabía qué esperar de aquella osadía, solo eran conscientes de que los espíritus eran caprichosos y aquel lugar era demasiado inestable.

Malena había advertido de la presencia de fuerzas diversas en las entrañas de ese terreno. El sitio no solo había sido el escenario de una tragedia, donde fueron asesinadas infinidad de personas, también fue el epicentro de un demonio del inframundo, en la ocasión en que Jairo

Contreras la utilizó para dejar escapar a los monstruos que solicitaba, y fue la tumba que utilizó aquel mismo ser infernal para reunir los restos de los niños que había secuestrado para retar a las bestias. La muerte y el mal estaban esparcidos en cada rincón, por eso, aún humeaba, como si el fuego que lo había consumido en una ocasión, siguiera vivo, expeliendo calor y miedo.

Era posible que otro ser maligno aprovechara la oportunidad y tomara la débil materia de Trini para liberarse. Para evitar eso, Ciro y Baudilio le habían colocado a la joven una gran cantidad de protecciones y Malena estaba lista para alejarlo con sus ramas, tabaco y licores espirituales, dispuesta a servirle de puente, para que no lastimara a la chica, sino que se desquitara con ella.

Trini estaba nerviosa. No solo por el miedo de que algo malo sucediera, sino por la posibilidad de que no ocurriera nada. Hasta ese momento, su ángel se había presentado a ella en momentos emocionales y de forma personal, valiéndose de invocaciones torpes y sencillas, no en medio de un ritual tan complejo como el que habían preparado para ese día y con tanto público a su alrededor. Sentía que no tenía el poder de manejar aquella situación y no garantizar que se lograra el objetivo.

Temía fallarles a Gregory y a esa gente que comenzaba a sentir suya, algo que jamás podría superar.

Se sentó con las piernas cruzadas encima de una alfombra de hojas y flores que Malena había elaborado y dejó que Pablo le colocara alrededor de los hombros una especie de estola tejida con el símbolo del jaguar bordado en cada solapa, que identificaba a la sociedad. Luego, el hombre se inclinó frente a ella y aferró sus manos entre las suyas besando sus nudillos.

—Pase lo que pase, lo único importante aquí es tu seguridad. Velaremos por eso principalmente.

—Mí padre también cuidará de mí, lo sé.

La determinación que ella transmitía con esas palabras nubló los ojos del hombre con lágrimas de emoción. Besó de nuevo las manos de su nieta y se apartó para que Baudilio y Malena terminaran de prepararla.

Trini respiró hondo y lanzó una mirada ansiosa hacia Gregory. El chico le guiñó un ojo y le sonrió para relajarla, pues la notaba nerviosa, luego se sentó frente a ella. Los guerreros hicieron un círculo alrededor de la joven, dejando suficiente espacio para que Baudilio, Malena y Ciro se movieran. Todos se habían colocado varias protecciones facilitadas por Baudilio, dispuestos a controlar a sus bestias lo más que podían para no entorpecer ninguna acción.

Si se presentaba algún espíritu diferente al de los miembros de la sociedad, las bestias se sentirían amenazadas y querrían actuar para defender su territorio. Por eso, ellos tratarían con todas sus fuerzas de controlarlas, rogando internamente porque nada trágico ocurriera. La vida de Trini y de todos los presentes corría peligro, sin embargo, no podían dejar de lado aquella tarea, pues la paz de su región dependía de lo que allí se lograra.

Capítulo 33. La orden del cacique

Llevaban casi una hora esperando y los guerreros comenzaban a perder la paciencia. Baudilio se había retirado para cederle el lugar a Malena y a Ciro, quienes se dedicaron a realizar sus típicos trabajos de espiritismo. Invocaban a Miguel, aun sabiendo que podía acercarse cualquier otro. La inestabilidad de las energías asentadas en aquel lugar dificultaba los esfuerzos.

Trini intentaba concentrarse, pero con facilidad se distraía. Los ruidos de la selva y el largo tiempo de espera impedían que uniera sus fuerzas a la de su madre. En una ocasión abrió los ojos y vio el rostro decepcionado de Gregory, que seguía los movimientos de Malena y de Ciro cerca de ella con enfado. La rabia y la frustración la invadieron. Se sentía inútil. Todos esperaban mucho de ella, pero era incapaz de hacer lo único que le pedían: comunicarse con su padre.

Decidió llevar a cabo la estrategia que siempre le había funcionado. Jamás había hablado con él luego de hacer extraños rituales, sus métodos habían sido muy personales, resultándole efectivos. Al menos, con él.

En medio de un suspiro, comenzó a quitarse de encima todas las protecciones que se le habían puesto en el cuello, brazos y cintura.

—¿Qué haces? —preguntó Malena, irritada.

—Algo que funcione —se quejó, poniéndose de pie.

Salió del círculo creado por los guerreros y fue hasta la camioneta de Javier para sacar del asiento trasero su mochila. Al regresar, todos la esperaban levantados, algo cansados e inquietos. La noche había oscurecido el lugar, solo la luz de los faros auxiliares de los autos de Jonathan y de Gabriel alumbraban el sitio donde se encontraban.

—¿Qué piensas hacer? —insistió Malena, y la detuvo sosteniéndola por un brazo cuando la chica llegó hasta la alfombra de hojas abriendo su morral—. Este lugar no es idóneo para hechizos sin protección. Las energías no fluyen...

—¡Nada ha servido! Déjame hacerlo a mi manera —interrumpió Trini, compartiendo una mirada dura con la mujer—. Nunca había sido difícil comunicarme con él. Voy a intentarlo de la forma habitual. Si no funciona, podrás hacer lo que quieras.

Malena se irguió, enfadada por la forma en que su hija la retaba, y compartió una mirada con Pablo. El hombre asintió con la cabeza indicándole que aceptara, había que darle una oportunidad. A la morena no le quedó otra opción que soltarla y apartarse para que su hija preparara su improvisado altar con la imagen del arcángel Miguel y el collar de piedras energéticas.

Gregory se aproximó a ella y se inclinó para hablarle.

—¿Qué podemos hacer?

—Necesito algunas flores, semillas y brotes.

Él asintió, le dedicó una dulce sonrisa y le acarició una de sus mejillas antes de notificarles a sus hermanos lo que ella requería para que todos colaboraran. Baudilio y Williams la ayudaron a realizar el círculo y la estrella de sal y colocar las velas. Cuando todo estuvo listo, la chica se arrodilló frente a su altar y respiró hondo. Se quitó el talismán de jaguar y la medalla del arcángel, poniendo las imágenes en la palma derecha y rodeando su mano con la cadena. Finalmente, cerró los ojos, para iniciar en silencio sus oraciones. El resto se mantuvo callado y expectante.

Trini se concentró como otras veces lo había hecho, tratando de olvidarse que estaba rodeada

por un gran número de personas y pensó en su ángel. Rogó por su presencia varios minutos y le cantó, como en otras ocasiones lo había hecho, con temas que él mismo le había enseñado de niña.

Baudilio, Pablo y William se vieron las caras con sorpresa al oír los antiguos cantos de sus ancestros entonados por la suave voz de la chica, hasta Malena se mostró algo asombrada, aunque además, ese detalle le preocupó. Aquellos cantos eran viejas invocaciones indígenas que tenían la fuerza de atraer presencias extrañas. Se aproximó a Ciro para susurrarle al oído sus sospechas y ambos se prepararon para actuar en caso de que espíritus poderosos decidieran acudir a ese inocente llamado.

Por indicación de Baudilio, los guerreros volvieron a rodearla, alejados varios metros, pero esta vez, se arrodillaron. Aunque obedecieron al líder, se miraron entre sí manteniéndose alertas. Captaban una presencia muy lejana, que poco a poco iba acercándose a ellos.

Trini estaba ajena a lo que ellos hacían, se había concentrado tanto que quedó sorda de los ruidos del exterior. Solo le parecía escuchar el sonido de un retumbe de tambores que acompañaba a su música. Ahora sus manos se movían, danzando aquellos ecos, que cada vez se hacían más cercanos y la fascinaban. Ya no entonaba los cantos sola, un coro de hombres la acompañaba, bailando junto a ella, haciendo mover muy cerca sus trajes de plumas.

Esa vez, ella no tenía miedo, sentía que aquellos sujetos grandes, de contextura fuerte y con el cuerpo marcado por heridas y con dibujos coloridos, eran personas allegadas que sufrían su mismo tormento. Se puso de pie para seguirlos en su danza, o eso creyó hacer. En realidad, sus piernas se mantenían dobladas como si estuviera arrodillada, pero flotaba, estaba separada del piso unos cincuenta centímetros, algo que impactó a los guerreros, tanto como en la ocasión en que la vieron con los ojos, colmillos y garras de la bestia.

En el mundo en el que había caído Trini, ella continuaba en aquella misma selva, pero era diferente, más nutrida y salvaje. No había rastros de destrucción a su alrededor, solo un claro verde y despejado, que mostraba un cielo muy oscuro y cubierto de estrellas. Los indios que bailaban llevaban cada uno un traje diferente, parecía una congregación de varias tribus, pero todos cantaban a un mismo ritmo, en un mismo tono y en una misma lengua. La que ella repetía.

Su baile era coordinado, así como el retumbe de los tambores realizado por otro grupo que se hallaba un poco más alejado, y estaba acompañado por mujeres y niños famélicos y de rostros acongojados. En el centro del círculo había una fogata que desprendía gruesas lengüetas de fuego, dándole calor a un tazón de arcilla acunado entre ramas, donde hervía un caldo oscuro y espeso, en el que podían verse imágenes fantasmales de felinos.

Trini sintió temor. Entendió que se encontraba en una época diferente, siendo testigo de un hecho trascendental para su gente. Alzó la vista del tazón tropezando con la mirada severa de un hombre de mediana edad, pero de contextura fuerte. Un guerrero de alta posición en su ejército, como lo indicaba su corona de oro y los adornos de cintas y plumas de colores que le rodeaban la cabeza, antebrazos y muslos.

Él le habló en una lengua extraña, que ella, por algún motivo desconocido, pudo entender. «Que entreguen a la bestia», fue su petición, antes de sacar un puñal atado a su cintura, cortarse la palma de la mano y dejar caer su sangre en el tazón.

El calor aumentó considerablemente. Las llamas crecieron, cubriendo la vasija. Trini retrocedió asustada y cayó al suelo sin tener fuerzas para levantarse y correr. El miedo la inmovilizó.

El vapor que salía del tazón creció hasta formar un pequeño tornado encima del fuego, donde podían verse a las bestias luchar entre ellas, ansiosas por escapar. Los guerreros se quedaron

inmóviles mientras ese fluido se aproximaba a ellos y los invadía a través de los poros y de las fosas nasales. Cada uno fue cayendo al suelo, presas de horribles temblores.

Trini los veía horrorizada, pues sabía lo que vendría después. La bestia se haría presente y desataría su furia en aquel paraje.

Regresó la vista a la fogata y vio de nuevo al jefe indio, pero esta vez, su rostro era cadavérico. «¡Que entreguen a la bestia!», gritó en su idioma, siendo ella capaz de comprenderlo. «¡Que entreguen a la bestia!», repitió varias veces, cada vez de forma más aterradora. Trini lloró y se cubrió los oídos con las manos ovillándose en el suelo, pues ahora los tambores se escuchaban con mayor intensidad, unidos a fieros rugidos.

Ella comenzó a gritar lo mismo, descubriendo que así podía silenciar los sonidos a su alrededor. Cuando ya no escuchó nada, abrió los ojos y repasó los alrededores. Estaba sola, era de día, el fuego se había extinguido y el tazón se hallaba roto en pedazos sobre el suelo.

El tiempo comenzó a pasar con rapidez. Trini observó confundida al cielo viendo como las nubes lo recorrían sin detenerse y el día y la noche jugaban entre sí como si alguien apagara y encendiera las luces. El vértigo estuvo a punto de dominarla, pero centró su atención en los restos del tazón para no marearse. Descubrió como poco a poco estos se iban tapando con tierra y maleza, al tiempo que un árbol crecía junto a ellos, en el mismo lugar donde había estado parado el jefe indio. La selva cambiaba, hasta que los restos no pudieron verse más. Luego todo se aquietó, quedando una noche estrellada.

Trini no sabía qué hacer, temblaba por el miedo y la confusión. La piel se le erizó al sentir que no estaba sola. Al ver a su alrededor notó que la habían rodeado decenas de fantasmas, de hombres, mujeres y niños. Todos con rostros sufrientes.

Se puso de pie al reconocer entre ellos a Miguel Robles, su padre, que estaba frente a ella y junto a su hermano. Él avanzó y le sonrió con dulzura, como había hecho otras veces, y colocó una mano en su frente, haciendo que la chica sintiera un contacto frío aunque terso, que aligeró su cuerpo hasta volverlo lánguido.

Se sintió caer en una cama de nubes, hundida en un sueño liviano y apacible al que se entregó con alegría, porque supo que ya todo estaba bien.

Despertó al escuchar la atractiva voz de Gregory llamándola y sus caricias cubriéndole el rostro, sonrió feliz, mientras abría los ojos y se maravillaba con su mirada profunda.

—Ey, ¿están bien? —preguntó él, sonriendo también. El brillo de la satisfacción y el alivio le refulgía en las pupilas.

Estuvo a punto de responderle, pero en su campo de visión entró el rostro de Deibi, que la observaba de forma evaluativa.

—Está viva y sonrío. Creo que es buena señal.

De pronto, todos los recuerdos de lo vivido aquella noche le cayó de golpe en la memoria. Su semblante cambió con brusquedad, mostrándose ahora ansiosa y alterada.

—Oh, Dios —exclamó sentándose y mirando su alrededor con nerviosismo.

—¿Está en shock o salió de él? —preguntó Jonathan, pero Malena alejó a todos los hombres, incluso a Gregory, para ayudar a su hija a ponerse de pie. Ella parecía buscar algo.

—María Trinidad, ¿qué ocurrió? ¿Qué viste?

—Indios... eran muchos... bailaban... —masculló, repasando la selva.

—¿Indios? —preguntó Ciro, confundido.

—Nuestros ancestros —dedujo Baudilio y se acercó a la chica tomándola por los hombros para obligarla a mirarlo a él y dejar de evaluar los alrededores. Luego puso sus manos en la cara

de la joven, haciéndola sentir una sensación de alivio, como la que experimentó cuando la tocó su padre—. Estuviste con nuestros ancestros, ¿cierto? Cantaste como ellos y hablaste en un idioma desconocido.

—¿Hablé? —balbució la chica, desconcertada. Él asintió.

—¿Qué dijiste? ¿Cuál fue la orden?

Trini tragó grueso al recordar la cara cadavérica del jefe indio y sus gritos terroríficos, que se mezclaban con los rugidos de la bestia y con el retumbe de los tambores.

—Entreguen a la bestia.

Capítulo 34. La guerrera

Baudilio la observó con atención.

—¿Qué la entregamos? ¿Cómo? —quiso saber Gabriel.

Trini se apartó del líder y se giró hacia los guerreros buscando a Gregory. Al encontrarlo, se acercó a él y apoyó las manos en su pecho retomando su semblante ansioso.

—Necesitamos herramientas para cavar un hoyo. —Él arrugó el ceño.

—¿Cavar? ¿A esta hora? —indagó Ciro, aún más confundido.

—En las bodegas hay suficientes herramientas —dijo Gregory en dirección a Jonathan, este asintió.

—¿Dónde quieres que cavemos? —apuntó el moreno, acercándose.

La chica repasó los alrededores buscando el lugar exacto donde habían visto desaparecer las partes del tazón. Vio los restos del árbol hueco que parecía humear, reconociéndolo.

—Aquí —aseguró y se aproximó a él, aunque se entristeció al ver las pesadas láminas de cemento que cubrían el suelo—. Es debajo de este piso.

—Puede quitarse. Tenemos el equipo para eso —garantizó Javier—. Será un trabajo duro, pero con la bestia...

Los guerreros asintieron sin necesidad de que él se explicara más.

—¿Quién irá conmigo a las bodegas por las herramientas? —preguntó Jonathan, dirigiéndose a su auto.

Deibi y Gregory se ofrecieron.

—Necesitaremos más luz —indicó Gabriel—. Tengo otros faros en mi casa, necesito cable para conectarlos a uno de los vehículos.

—Tengo un rollo que puede servir —agregó Javier.

—¡Y algo para reparar una gran tinaja de cerámica! —aportó Trini al verlos dispuestos a iniciar las tareas. Todos se detuvieron y se giraron hacia ella—. Es un tazón de hace más de quinientos años, roto en varios pedazos.

Baudilio amplió sus globos oculares.

—¿El tazón del pacto? —Ella asintió. Él se mostró aún más impresionado—. Madre de Dios, ¿aquí se realizó el conjuro del pacto? —La chica volvió a asentir. Los líderes compartieron una mirada estupefacta entre ellos—. Por eso las energías son tan poderosas en este lugar.

—Fue aquí donde se desató la fuerza de la naturaleza —masculló Malena, dando un vistazo a los alrededores con recelo. Luego se dirigió a Baudilio con semblante severo—. No puedes unir esa vasija con cualquier cosa. Tiene restos de la sangre de los primeros guerreros.

Baudilio apretó la mandíbula, enfadado por no tener las respuestas que necesitaba.

—¿Qué propones? —le preguntó.

La mujer alzó los hombros, demostrando no estar muy clara en el tema.

—¿Un pegamento ecológico?

—Irma sabe hacer uno con harina y vinagre —confesó Pablo.

—Es bueno —aportó William.

—Pero, ¿soporta el calor? Tenemos que encender una hoguera —preguntó Trini.

Todos la miraron preocupados.

—Para eso necesitamos un pegamento especial —habló Gregory—. En las bodegas tenemos algunos de uso industrial.

—Eso infectaría la sangre adherida —impugnó Malena—. Podríamos poner otro tazón bajo esos restos y calentar ese.

—¿De dónde sacaremos otro tazón? —quiso saber Baudilio, desesperado.

—Mi tía tiene una vasija grande y ancha guardada en el cuarto de los trastes —dijo Deibi—. Quiere usarla para cuando tenga tiempo de arreglar el jardín —completó con ironía, pues aquel objeto llevaba más de cuatro años almacenado.

—Usemos esa —dictó Baudilio y motivó a los guerreros para que se movieran cuanto antes en la búsqueda de todos lo necesario para culminar aquella misión.

Luego caminó hacia Trini.

—Quiero que me cuentes todo lo que viste y oíste, con detalle —pidió, llevando a la chica hasta los restos de un banco de piedra que había pertenecido al viejo hotel.

Horas después, el grupo realizaba una labor titánica desenterrando los restos de la enorme vasija de cerámica. Los líderes estaban fascinados con el hallazgo, al igual que Malena y Ciro. Aquel objeto poseía un poder ancestral que, de haber caído en manos equivocadas, hubiera desatado un infierno en la región.

Con sumo cuidado sacaron cada pieza, dejándola sobre una lona hasta que fueron armando el tazón. Cuando eran más de la una de la madrugada, Trini se apartó del revuelo para sentarse sobre una pared de concreto caída. Gregory fue tras ella y se ubicó detrás la chica colocando las piernas a su alrededor. La abrazó de manera sobreprotectora, besando su cuello cerca de su oreja.

—¿Estás cansada?

—Sí, sobre todo, mentalmente —confesó antes de suspirar—. Estos han sido días difíciles.

Él frotó los hombros de la chica para infundirle calor. La selva se mantenía tranquila y silenciosa, haciendo correr alrededor de ellos una suave brisa.

—Pablo es dueño de un departamento que forma parte del complejo turístico en Cata, el balneario ubicado cerca de la playa privada donde estuvimos ayer, ¿la recuerdas?

—¿Cómo olvidarla? —dijo la chica sonriendo con picardía mientras él besaba de nuevo su cuello.

A pesar de que el día anterior se había convertido en uno de los más largos y agotadores de su existencia, ella jamás olvidaría aquella playa, porque hasta la fecha había sido el único sitio donde pudo ser ella misma, sin que juzgaran o censuraran sus acciones.

—Él no quiere que te marches de La Costa, ni Irma. Ellos desean que les des una oportunidad para conocerlos y quererlos.

—Yo también quiero lo mismo —reveló mientras veía desde la distancia a su abuelo ayudar a Baudilio a armar la antigua vasija.

En el poco tiempo que había compartido con Irma y con él pudo enamorarse de esos ancianos nobles y cariñosos. Al descubrir que eran sangre de su sangre, su alegría aumentó. Pensó que con ellos podría experimentar por vez primera lo que significaba formar parte de una familia unida, que se amara y comprendiera.

Por instinto, lanzó una mirada triste hacia Malena. Su madre nunca la había abandonado, pero jamás tuvo palabras de consuelo o apoyo para ella. Siempre desconfió de sus capacidades y nunca la involucró en algún plan, dejándola a su suerte. No sentía rencor hacia ella, pero tampoco, apego. Solo un respeto comedido.

Quizás Malena se había mantenido a una distancia prudencial de ella porque le recordaba el

amor puro e intenso que había perdido, así como la envidia y la codicia que reinaba en los corazones de muchas personas y la seguridad de que el infierno existía, tanto sobre la tierra, como bajo de ella.

La mirada oscura de su hija, tan similar a la de su amado Miguel, le traía a la mente dolores y pérdidas que deseaba enterrar para siempre en su memoria.

Para Pablo e Irma, era diferente. Trini representaba para ellos el amor perdido, la compañía robada por las circunstancias y el futuro que habían anhelado construir junto a sus hijos. Ella era la posibilidad de la continuación de su familia, una oportunidad salida de la nada, de un milagro, de la terquedad de un joven que no supo superar la pérdida de un buen amigo y se ocultó en un barrio sombrío de la capital sin saber que quien lo había llevado allí no había sido su obstinación, sino sus oráculos. Porque de ese lugar sacaría la semilla que renovarían la esperanza de ese par de viejos.

—Podemos hacer de ese departamento nuestro refugio mientras reparo la casa que perteneció a mis padres y ha estado abandonada por dieciocho años. ¿Te gusta la idea?

Ella giró el rostro para poder encararlo.

—Mi refugio eres tú. Donde tú estés, allí estaré yo.

Gregory sonrió con amplitud, complacido.

—¿Estás segura?

—¿Lo dudas? —susurró y besó sus labios.

Él respondió el beso con uno más profundo y hambriento, hasta que tuvo que apoyar la frente en la de ella para recuperar el oxígeno perdido.

—No, pero tengo miedo. Todo ha sido tan violento que temo que te arrepientas de un momento a otro y decidas marcharte.

Trini se separó de él para mirarlo a los ojos.

—¿Tú tienes miedo? Pensé que la bestia es un poder que te debe dar mucha seguridad.

—Al contrario. Es un poder tan superior que resalta mis debilidades, como el hecho de no saber cómo rogarle a la mujer que amo que no me abandone o sufriré como un cachorro dejado en la calle, bajo una triste lluvia, solo, hambriento y...

—¡Ya entendí! —dijo riendo.

A él le fascinó su risa distendida y la apretó en su abrazo besándola en los labios cientos de veces.

—La bestia me exige mucho, no solo a mí, sino a los que me rodean. ¿Estás dispuesta a asumir el riesgo a mi lado?

Ella se giró aún más para poder sostenerle el rostro con ambas manos.

—Contigo soportaré lo que sea, incluso, dejaré de dormir toda una noche para desenterrar restos centenarios y fastidiar a los espíritus con tal de regalarte un poco de paz. Seré tu guerrera, me volveré una bestia por ti —prometió, dejando decenas de besos en sus labios.

Gregory sonrió, con entusiasmo, e hipnotizado por el fuerte hechizo de sus besos.

—Me gusta eso.

—¿Qué?

—Lo de la bestia —dijo sin dejar de besarla—. Me gusta que seas salvaje.

—¿De verdad? —preguntó entre risas.

—Ummmm, me gusta mucho —repitió, buscando introducir las manos bajo la blusa de ella, pero Trini se lo impedía. Luchaban entre sí sin dejar de reír ni de besarse, disfrutando de un momento relajante hasta que oyeron que alguien se carraspeaba la garganta cerca de ellos.

Dirigieron su atención hacia el impertinente sin soltarse. Era Baudilio.

—Listo, muchachos. Es hora de empezar —informó sonriente y regresó al grupo.

Ambos respiraron hondo antes de ponerse de pie y seguirlo.

—No te alejes mucho de mí —pidió Gregory, mirándola con unos ojos ahogados por los temores.

Ella tomó su mano y entrelazó los dedos.

—Soy tu guerrera, recuérdalo —mencionó, y se inclinó para darle un último beso antes de llevar a cabo la misión que les habían encomendado.

Capítulo 35. Lllamarada

Faltaban horas para la llegada del alba, aquel era un momento de paz en la selva. Los animales nocturnos mantenían su recorrido incesante en busca del alimento mientras la suave brisa marina mecía los inmensos árboles y las palmeras arrullando a los que descansaban.

El centro del viejo hotel estaba alumbrado por el fulgor de los faros, mostrando los restos de lo que otrora fue una edificación llena de lujos y bellezas, sin saber que había albergado en su interior un portal sagrado, utilizado por los dioses que habían acudido al llamado indígena para desatar sobre ellos su poder.

En el hoyo donde habían sacado los restos de la antigua vasija, realizaron la fogata. El nuevo tazón fue acuñado entre ramas, encima de carbones, conteniendo dentro los pedazos recuperados que estaban manchados con la sangre de los ancestros. Baudilio, Pablo y Williams entonaron viejos cantos mientras el fuego calentaba la sangre, dándoles tiempo a los guerreros para prepararse.

Isabel, Jesenia, Rebeca y Mary habían acudido a la reunión, ayudando a sus parejas a dibujarse en el rostro y en el cuerpo símbolos característicos de las tribus fundadoras de la sociedad, aquellas que hacía más de quinientos años se habían reunido en ese mismo lugar para solicitar a la benevolencia de la naturaleza que calmara su sufrimiento. Malena y Ciro los ayudaron a preparar coronas de plumas, inspirados por las que Trini había visto en su visión, así como adornos para los antebrazos y las piernas. Cuando estuvieron listos, Ciro y otros compañeros santeros, que fueron convocados esa noche al considerarse de confianza, tomaron los tambores, cuyo cuero ya había sido previamente calentado para su afinación, y los hicieron retumbar.

El sonido avivó la vida en los alrededores, atrayendo hacia ellos las energías que necesitaban.

—Te ves increíble —susurró Trini cerca de la oreja de Gregory al verlo representado como un antiguo y atractivo guerrero indígena.

—¿Te gusta? —la provocó, sonriéndole de manera seductora.

—Mucho —suspiró y pasó los dedos por su pecho desnudo—. Lástima que no tengo una cámara de fotos.

—Podemos hacer esto en otro momento, en la intimidad —aseguró él, tomando la mano de ella para llevarla a sus labios y besarla. Los ojos febriles de ambos se enlazaron mientras realizaba aquel dulce gesto—. Pero tú también te disfrazarás.

Ella sonrió, divertida.

—¿Y si se molestan nuestros ancestros?

—No creo que lo hagan —alegó aferrando el rostro de la chica con su mano libre y acercándose a ella para hablarle cerca de los labios—. Por algo nos unieron —dijo, antes de besarla con ternura.

Un carraspeo cercano los interrumpió. Gregory lanzó una mirada irascible hacia el insolente, pero se obligó a suavizarla al ver que se trataba de Malena. La mujer no podía evitar dirigirse a él con recelo. Pensó que una de sus tareas pendientes era intentar hacer las paces con esa mujer.

—Es hora. Los espíritus esperan —recordó con tono desafiante, y luego compartió una mirada dura con el chico antes de alejarse.

El silencio dominó a los jóvenes hasta que la Malena estuvo fuera del alcance de sus voces.

—Me odia —mencionó Gregory en medio de un suspiro.

—¿Qué dices? Le caes bien. —Él la observó con asombro—. No te ha lanzado un mal de ojo o algo por el estilo. Eso quiere decir que aprueba nuestra unión.

Gregory resopló, poco convencido de las palabras de ella.

—¿Confío en tu opinión, o le pido a Baudilio una protección especial?

Trini tuvo que reprimir una carcajada cubriéndose la boca con ambas manos.

—No seas tonto. —Se aproximó, abrazándolo por un brazo—. Yo soy tu protección.

El chico sonrió con amplitud.

—Eso para mí es suficiente —aseguró, besándola en los labios.

No pudieron continuar la conversación porque los guerreros estaban siendo llamados para iniciar el ritual. Realizaron un círculo alrededor de la fogata e intentaron concentrarse para ponerse en sintonía con las peticiones que solicitaban los líderes.

Pasaron los minutos mientras las oraciones y los cantos aumentaban. Las chicas y Malena se alejaron de ellos por varios pasos, sintiéndose incómodas por encontrarse en un lugar que les traía a la mente tantos malos recuerdos. Pero de pronto, se pusieron alertas y observaron los alrededores con desconcierto. De la selva salían almas en pena, que se aproximaban a los guerreros con lentitud. A algunos de ellos, los reconocían, eran los espíritus de la sociedad.

La escena comenzaba a ser perturbadora, sin embargo, decidieron quedarse. No sentían miedo, solo inquietud, pues sabían que aquello sería necesario para dar fin al rito.

Los guerreros parecían no ser conscientes de lo que ocurría a sus espaldas, se habían unido a los cantos de los líderes, que entonaban con los ojos cerrados. La conexión que habían establecido con la oración los volvió ciegos al hecho de estar siendo rodeados por fantasmas, más aún, por antiguos guerreros de la sociedad.

Cada uno respondió al grito de Baudilio, que parecía llamarlos en un idioma desconocido, acercándose de forma individual al tazón. Al llegar a él, sacaban el puñal que llevaban adherido a la cintura, se cortaban la palma de la mano y dejaban caer chorros de sangre que detenían apretando con fuerza el puño.

Cuando la sangre caía en el tazón caliente, expelía chispas y humo, y hacía resonar con mayor fuerza el sonido de los tambores, como si los que estaban presentes se unieran a otros invisibles. Hasta los cantos sonaban de forma intensa, como si cientos de hombres los corearan al mismo tiempo.

Al pasar Gregory, el más joven de los guerreros, el humo que salió del tazón superó sus estaturas. Se engrandeció ante los ojos impactados de las mujeres, que veían asombradas el fenómeno. Aquel humo se acercó a los guerreros, pero no entró en ellos, sino que los envolvía y parecía absorber algo.

Todos comenzaron a sacudirse con agitación, como si fueran víctimas de una fuerte descarga eléctrica. Las mujeres se sorprendieron al ver como el espíritu de la bestia estaba siendo expulsado del interior de cada uno mientras luchaba por no ser atraídos por aquella extraña fuerza. Sus rugidos de rabia y dolor las obligaron a cubrirse las orejas.

Las llamas de la fogata tomaron gran altura a medida que cada uno de los espíritus era llevado hasta ella. Al llegar el último, se produjo una explosión de energía tan intensa, que lanzó a todos los presentes al suelo.

Los autos fueron sacudidos desconectándose la corriente que hacía funcionar a los faros auxiliares, pero activando las alarmas. La única luz que los alumbraba era la de la luna y la

intermitente de los vehículos. Los fantasmas habían desaparecido.

—¡¿Están todos bien?! —retumbó la voz de Baudilio. Algunos quejidos podían oírse mientras se ponían de pie.

—¡Por Dios, apaguen eso! —se quejó Ciro, intentando hacerse escuchar por encima del sonido de las alarmas.

Las chicas se apresuraron por rebuscar entre las pertenencias de los guerreros las llaves de los autos para desactivar el molesto ruido.

Ellos se sentaron sobre la tierra sintiéndose perturbados. Williams corrió hacia su hijo para conocer su estado.

—¿Estás bien? —preguntó, quitándole la corona de plumas.

—No está... —susurró Javier frotándose el pecho con una mano. Williams lo observó con el ceño fruncido—. La bestia... no está... —repitió, antes de compartir miradas confusas con sus hermanos.

Las chicas se aproximaron a ellos, ayudándolos a ponerse de pie. Todos se notaban descoordinados, les costaba caminar recto o fijar la mirada. Los llevaron hasta la zona de los autos para que descansaran y bebieran agua.

Pablo y Williams se afanaron por conectar de nuevo uno de los faros auxiliares.

—Hay que hacer desaparecer esto —dijo Malena, mirando con preocupación el interior del tazón. El fuego ya no ardía y la sangre de los guerreros se había vuelto polvo.

—Cuando salga al sol, lo lanzaremos al mar —dijo Baudilio, ubicándose junto a ella—. Tendremos que hacer un ritual de despedida, ¿puedes ocuparte de eso?

Ella asintió, sin mirarlo, con sus ojos copados de lágrimas. Era hora de despedirse de todos los recuerdos, las penas y los espíritus del pasado. Debía dejarlos ir para que al fin pudieran descansar en paz.

Capítulo 36. El cambio

—¿Tan extraño te resulta? —le preguntó Trini al recostarse en la cama, a su lado.

Se encontraban en una posada en el pueblo, descansando, mientras los líderes y Malena se ocupaban de dar el último adiós a los restos de la tinaja del pacto a varios kilómetros de La Costa, en medio del mar.

—Nunca me había sentido tan vacío. Ni siquiera aquella vez en qué quedamos atrapados en la montaña. Esta ocasión es diferente, puedo asegurar que ella no está. Esta vez, sí nos abandonó — respondió Gregory, frotándose el pecho.

Amanecía y al parecer, la bestia finalmente los había abandonado. La chica apoyó la cabeza en el pecho del joven dejando que él la cubriera con su brazo.

—¿Crees que pueda sustituirla?

Gregory la aferró más a él.

—No serás una sustituta, sino la única. La bestia solo dominaba mis miedos y rabias, tú lo dominas todo, incluso, mi capacidad de controlarla a ella.

La joven sonrió complacida y se encogió sobre su pecho.

—Pero ahora, ella ya no está. Eso quiere decir, que no vas a sentir más miedo ni rabias — dedujo, pasando los dedos por el estómago de él y luego dirigiéndolos a la cintura.

El cosquilleo que le produjo aquel dócil contacto lo hizo estremecer. La movió, acostándola boca arriba en el colchón, pudiendo quedar parte de su cuerpo sobre ella. Introdujo una de sus piernas entre las de la chica, apresó sus manos por las muñecas colocándolas a la altura de su cabeza y miró con fijeza su rostro sereno.

—Hazme sentir amor —pidió, hundiéndose en su boca.

Ella abrió los labios y lo dejó entrar, permitiendo que secuestrara su lengua y la hiciera bailar al son que él marcaba, atrapando todos sus suspiros, degustándose con el sabor adictivo que solo aquella boca dulce podía transmitirle.

Con facilidad se volvió un vicio, uno del que estaba encantado de dejarse embriagar. Uno que le robara los sentidos, haciéndolos volar por el cielo de la pasión, saturándolos de placeres, como si fueran un exquisito vino.

Le soltó las manos para poder tocarla, creyendo que de un momento a otro ella se volvería humo y una fuerza superior la absorbería arrancándola de su lado. Por recuperarla se haría igual de inconsistente, se transformaría en aire, pudiendo elevarse a su lado, sin separarse nunca.

El contacto fluyó entre los cuerpos como si estuvieran hechos de aceite. Las pieles nunca dejaron de estar erizadas y ardían por el calor. Estaban tan vulnerables que el simple roce del aliento del otro las hacía estremecer.

El cuarto se hizo muy chico mientras se amaban. Se volvió tan caliente, que las sábanas pronto se humedecieron con los calores del sexo. Él tomó las caderas de ella entre sus fuertes manos y la penetró mientras su cuerpo entero temblaba por el deseo y de su garganta salían profundos gemidos de placentero dolor, ese que te hacía sentir que lo perdías todo con cada estocada y que nada parecía suficiente.

Trini lo envolvió clavando las uñas en la exquisita carne de sus brazos. Quería atarlo para siempre a su interior, sentir esa invasión que la desconectaba de la realidad, tomando su espíritu,

para hacerlo volar hacia un espacio sublime e interminable.

Aunque el amor lo enloquecía, él tuvo la caballerosidad de acabar entre los muslos de ella y no en su interior, jurándose a sí mismo que no dejaría pasar un día más sin haber comprado la protección que necesitaban.

Se recostó al lado de la joven quedando ambos de cara al techo, agotados y casi sin aliento, pero palpitando por la felicidad y la dicha.

—¿Satisfecho? —preguntó ella con una sonrisa involuntaria en los labios.

—Solo un poco —bromeó él, antes de enlazar su mano con la de la joven y dejándose llevar por el sueño reparador.

Tres meses después, Gregory entraba a las carreras a la casa de Gabriel, encontrándose a Max correteando por la sala.

—¡Ey, campeón!

Lo atrapó antes de que llegara a la puerta, muerto de la risa, y de que Rebeca apareciera cansada de tanto perseguir al chiquillo.

—Oh, gracias —exclamó la mujer cuando él le entregó al niño.

—¿No has considerado encadenarlo? Baudilio y yo lo hicimos una vez con Gabriel y fue efectivo.

Ella lo golpeó en un brazo e intentó mirarlo con severidad, pero por la cara risueña del chico le era difícil estar molesta con él.

—Prefiero que sea indetenible a tener que mirarlo de nuevo abatido.

Rebeca abrazó al niño con ternura y besó sus infladas mejillas antes de que él se liberara de su maternal afecto y volviera a corretear por toda la casa, riendo con estruendo.

—¿Hablaste con Jonathan? —quiso saber Gabriel al aparecer en la sala.

—Espera en el muelle.

—Vamos —indicó hacia Gregory, dándole antes a su esposa un beso en los labios.

Ambos hombres salieron del hogar y subieron a la Nissan Patrol de Gabriel, que había utilizado Gregory una hora antes para llevarles a los líderes un refrigerio que les había preparado Irma y Trini. Los ancianos estaban reunidos con el Alcalde, y otras personalidades de importancia en La Costa, para conversar sobre varios proyectos de reconstrucción que se llevarían a cabo en la región, buscando recuperar la infraestructura turística.

—Baudilio me envió un mensaje —comentó Gabriel al ponerse en marcha—. Asegura que las montañas están limpias de altares, que los santeros de la zona se ocuparon de recogerlos, con Ciro a la cabeza del grupo.

—Sí, me llegó el mismo mensaje. Al fin quedó saldada esa cuenta con esos pobres niños. Ahora sí descasarán en paz.

Baudilio llevaba semanas trabajando codo a codo con los santeros de la zona, no solo para limpiar las montañas, sino para transformar el claro donde antes habían estado los restos del viejo hotel, y donde hacía más de quinientos años sus ancestros despertaron el poder de la naturaleza, en un jardín lleno de una gran variedad de flores y árboles frutales, colocando además cajas nido de madera en cada rincón, esperando que aquel lugar se llenara de belleza, rindiendo de esa manera tributo a todas las personas que habían perdido la vida en ese sitio.

—¿Y Deibi, logró desocuparse? —quiso saber Gabriel para cambiar el tema. No quería seguir hablando de cosas tristes.

—Sí, aunque dejó a Mary en el pueblo. Ya casi terminan de evaluar las rutas de ciclismo. Ella está muy comprometida con la causa.

Gabriel respiró hondo.

—Ruta de ciclismo, ruta de senderismo, ruta del chocolate —enumeró—. Espero todo de resultado.

—Están muy emocionados con cada proyecto y luego de haber encontrado a los turistas australianos sin inconvenientes meses atrás, los involucrados en esas actividades están confiando más en sus capacidades.

Gabriel sonrió sin dejar de vigilar la vía.

—Esos australianos casi lograron enloquecernos.

—El amor nos hace cometer torpezas.

Ambos compartieron una mirada divertida, aunque reconociéndose culpables por los delitos que cometieron en nombre del amor.

La mañana luego de que ellos se liberaran de la bestia, Mary recibió la noticia de que los turistas australianos perdidos en las montañas habían sido hallados con vida y en condiciones favorables. Se habían alejado del grupo con el que realizaban senderismo para vivir un momento lujurioso al aire libre, pero se perdieron buscando el camino de vuelta y, en vez de detenerse y esperar a que los rescataran, se sumergieron aún más en la montaña complicando el proceso de búsqueda.

—Javier me aseguró que también estaría en el muelle —continuó Gregory—. Tiene toda la documentación.

—Espero los pescadores no pretendan complicar las cosas —masculló Gabriel para sí mismo, pero el chico pudo escucharlo.

—Tranquilo, hermano. Estás muy nervioso.

—Estoy cansado. Es todo.

—¿Y qué tal la organización del viaje a Playa El Carmen?

—Viento en popa. Rebeca está muy ilusionada con esas vacaciones.

—Si hubieran dejado a Max... —bromeó Gregory.

—¡Estás loco! —exclamó Gabriel, divertido—. Rebeca no sale de La Costa sin el niño y yo no creo sentirme bien lejos de él por dos semanas. Hay heridas que costaran un poco cicatrizar.

Gregory sonrió con melancolía reconociendo la verdad en esas últimas palabras. Recordó a Albert y, aunque ya se había asegurado de que su alma descansaba en paz porque luego del ritual en el viejo hotel nunca más hubo avistamientos de fantasmas, el dolor por la pérdida de su hermano seguía amellándole el corazón. Sentimientos que solo podía calmarlo la presencia de Trini, con su alegría y su desbordante curiosidad.

No continuaron hablando porque habían llegado al muelle, encontrándose con el resto de sus hermanos. El grupo se hallaba sentado en una de las mesas de la terraza de un restaurante, acompañados por varios pescadores con los que discutían las condiciones de un contrato.

Los guerreros, que a pesar de no tener a la bestia no dejaban de llamarse así porque seguían considerándose unos luchadores, propusieron invertir en las mejoras de una flotilla de lanchas para reimpulsar la pesca. La mayoría de las embarcaciones se hallaban paradas por falta de reparaciones y por la caída del turismo en la región los pescadores habían perdido mucho dinero, siendo imposible retomar el trabajo. Aquella conversación fue larga y tediosa, pues, ambas partes aún mantenían temores y desconfianzas.

Sin embargo, pudieron llegar a un acuerdo razonable. Jonathan, que se estaba convirtiendo en un experto en finanzas, se había preparado con todo lo necesario para convencerlos de elegir la mejor opción. Ahora solo quedaba evaluar la puesta en marcha del proyecto y esperar a que

comenzara a rendir sus frutos. Con una buena pesca, los restaurantes de la zona podrían mejorar sus ofertas y volverían a importar los productos del mar a la capital y a otras ciudades de los alrededores, recuperando el valor de aquella gente y de aquellas tierras. Mucho estaba en juego y nadie deseaba dar un paso en falso.

—¿Qué harán esta noche? —preguntó Deibi caminando junto a sus hermanos hacia sus autos al terminar la reunión.

—¿Olvidaste la cena? —inquirió Jonathan, alarmado.

—Estás muerto —bromeó Javier, con voz tenebrosa, mientras Gabriel y Gregory reían.

Enseguida Deibi recordó la cita.

—¡Dios, nunca la olvidaría! —alegó golpeándose con un dedo la frente.

Jesenia estaba pasando por otra etapa en su vida, ahora tenía complejo de chef y había planeado preparar una paella luego de haber visto decenas de videos en Youtube. Para eso, necesitaba de un público que se ofreciera a probar sus especialidades y los guerreros fueron los elegidos. Ellos aprovecharían la ocasión para tener un encuentro diferente que no tuviera que ver con el trabajo, donde pudieran estrechar sus lazos de hermandad.

—Entonces, nos vemos esta noche —se despidió Deibi, apresurándose para llegar a su auto e ir en busca de Mary, que seguía reunida en el pueblo con los grupos de senderistas.

Gregory estaba a punto de pedirle a uno de ellos que lo acercara a la casa de Pablo, para ir por Trini, cuando de pronto oyó el sonido de una moto acercarse al muelle. Todos dejaron lo que hacían para dar una mirada hacia la calle y saber de quién se trataba. El ruido era potente y no habían escuchado uno igual en esa región desde hacía mucho tiempo, cuando los turistas abundaban.

Frente al estacionamiento se detuvo una hermosa Ducati negra, con aplicaciones en blanco y rojo. El corazón de Gregory bombeó por la emoción. Quien la manejaba era una persona menuda, que, al quitarse el casco, dejó libre una abundante cabellera rubia.

—¡Llegó! —gritó Gregory, corriendo hacia ella, presa de la alegría.

Trini alzó los brazos en señal de triunfo y lo recibió abalanzándose sobre el cuello de él para que la bajara de la moto.

—La trajeron hace una hora, pero mi abuela no me dejaba salir con ella. Después de mucho rogarle, la convencí —explicó la joven mientras Gregory evaluaba con ojo clínico el vehículo.

—Es más hermosa de lo que la recuerdo —mencionó, agachándose para revisar las llantas.

—¿Compraste una moto? —preguntó Deibi, sorprendido, y se inclinó para realizar la misma valoración.

—La semana pasada, cuando fuimos a Caracas —comentó Gregory a todos sus hermanos, porque el resto también se acercó a él para admirar la nueva adquisición—. No les comenté porque quería que fuera una sorpresa.

—Y sí, que lo es —respondió Deibi con entusiasmo—. Ahora sí podrás acompañarnos a Mary y a mí a la montaña. Mary enloquecerá cuando se entere.

—¿Por qué no la pruebas? —incitó Trini, logrando que el chico se animara y subiera al vehículo.

—Recuerda la cena —advirtió Jonathan al verlo tan emocionado.

—Y que somos vulnerables —agregó Gabriel, recibiendo la aprobación de Gregory al mostrarle el puño con el dedo pulgar en alto. La bestia ya no los protegía, solo su sentido de prudencia lo haría.

El chico se colocó el casco y esperó a que Trini lo imitara y subiera a la moto. Cuando la

joven ya se hallaba tras él, aferrada a su cintura, encendió el motor expresando un largo «Guaooo» por el ronco y perfecto rugido que emitió.

Se despidieron del grupo y salieron a toda velocidad hacia la vía que dirigía al balneario de Cata donde residían, mientras él terminaba las reparaciones de la casa que había pertenecido a sus padres, fascinados con el aire de libertad y felicidad que les rodeaba el cuerpo. Tomaron la carretera estrecha y serpenteante, con el interminable mar mostrándose por un lado y la imponente montaña por el otro, descubriendo las bellezas de la naturaleza, pero a la vez, los peligros que la acechaban.

Ellos decidieron asumir el reto y quedarse allí, entregándose al placer de vivir y conocerse en un mundo acechado por constantes dificultades, pero que a diario les otorgaba la oportunidad para ser grandes, únicos e independientes, valiéndose solo del esfuerzo que producían sus manos.

Aunque la bestia los había abandonado, la magia seguía en ellos. Eran capaces de cambiar el mundo que los rodeaba y dominarlo, si así se lo proponían.

¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado del cierre de esta saga, te invito a dejar tu comentario en Amazon. **Johana Connor** posee otras historias en la plataforma y pronto publicará una nueva saga de fantasía romántica tan llena de misticismo y pasión como esta.

Sigue mis redes sociales y no pierdas ninguna novedad:

Twitter: @jonaira16

Instagram: @jonairacampagnuolo

Facebook: Jonaira Campagnuolo Autor

SOBRE LA AUTORA

Johana Connor es el seudónimo utilizado por **Jonaira Campagnuolo**, escritora de novela romántica, para publicar novelas de fantasía romántica y romance paranormal. La autora nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a administrar su blog de literatura **DESDE MI CALDERO** (<http://desdemicaldero.blogspot.com>) y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora, y publicadas en Amazon.